


AÑO II — BARCELONA 3 DE DICIEMBRE DE 1883 — NÚM. 101

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL SASTRE DEL CONVENTO, dibujo por E. Grutzner

## SUMARIO



— — —

## REVISTA DE MADRID

La hospitalidad madrileña.—El príncipe Federico Guillermo.—¡Es simpático!—Los festejos.—Aficion de Madrid á las paradas militares.—El desfile.... *cortado*.—Recepcion en Palacio.—Magnificencia de la corte.—Funcion de toros.—Las labradoras de Valencia y las palomas de *Apolo*.—¡Gran Marina!—La tierra de la hidalguía.

El esmero y la eficacia con que aquí se cumplen los deberes de la hospitalidad pueden llegar á ser condiciones que acrediten á esta capital de España como una de las más ricas en materia de hospitales.

Tenemos un huésped altísimo, imperial, egregio, en nombre del cual piensan y obran hace algunos dias gran número de madrileños.

El príncipe aleman Federico Guillermo constituye la preocupacion de multitud de habitantes de esta villa y corte, donde no hay diversion ni festejo de cualquier clase que no lleve al arroyo de las calles animacion y bullicio extraordinarios.

Yo no sé lo que pensará el heredero de Prusia de esta poblacion que no se deja aventajar por ninguna otra en la exhibicion de vistosas colgaduras y en el lujo y magnificencia de sus recepciones; pero á juzgar por la serenidad olímpica de su rostro, el huésped de Alemania debe de estar satisfecho.

No son las caras del Norte las más á propósito para reflejar al exterior los pensamientos del alma. En vano buscariais la huella de una impresion grata ó desagradable en la inmovilidad estatuaria de esa figura sobre la cual han estado fijos los ojos de los madrileños durante las ceremonias y los regocijos públicos.

Aparte del temperamento tranquilo y reposado que es propio del país donde el príncipe ha nacido, tal vez aconseje la diplomacia ocultar toda impresion que ponga de manifiesto el estado del ánimo. Si esto es así, el príncipe Federico Guillermo, insigne militar fogueado en reñidísimas batallas, además de ser un esforzado adalid, tiene todas las ventajas de un hábil diplomático.

En estos climas sentimos y expresamos nuestras intimidades de otro modo.

El pueblo de Madrid ha sido, como siempre, espontáneo en sus manifestaciones. Vió al príncipe el dia de su llegada y dijo:

—¡Es simpático!

Volvióle á ver en el teatro Real miéntras se representaba en honor suyo el *Mefistófeles* de Boito ante un público distinguidísimo por su posicion, sus honores, su elevacion y su belleza, y la gente que estuvo toda la noche con los gemelos de teatro fijos en el palco real, continuó afirmando que el príncipe de Alemania era un hombre apuesto, gallardo, de arrogante figura y aspecto simpático.

Despues se le vió en la revista de tropas. Este acto militar es uno de los que más agradan al pueblo de Madrid. Acude siempre á las paradas un gentío inmenso. La marcialidad llena los aires; respíranse por doquier efluvios bélicos; los clarines suenan con agudeza estridente; las armas y los uniformes brillan heridos por los rayos del sol como si fuesen ascuas de oro; los penachos ondean majestuosamente á impulsos del aire; los caballos piafan; las cureñas rechinan; hay agitacion, rumores, movimiento extraordinarios....

Para los madrileños pudo ser la revista un despliegue de fuerzas considerable. Al príncipe aleman, acostumbrado á los grandes ejércitos de su patria y á guiar al combate numerosos miles de soldados, debió de parecerle un pobre entretenimiento aquel desfile, gallardo, eso sí, vistoso, pintoresco, como lo son siempre las tropas españolas, pero reducido á las proporciones de quince ó diez y seis mil hombres.

Nuestros soldados sabian que los miraba un gran general extranjero, y que en aquella tribuna levantada en frente del Dos de mayo estaba la Europa entera congregada en las personas de sus representantes.

Además, habia en la tribuna excelentes damas, dechado de elegancia y de belleza; y los oficiales del ejército español redoblan instintivamente su apostura marcial cuando están bajo los rayos de unos ojos de fuego.

Al pié de la tribuna el príncipe aleman, acompañado del rey D. Alfonso, presenciaba el desfile. Estaba casi inmóvil sobre su caballo, vestido con un uniforme blanco que era el *blanco* de todas las miradas. Más bien que un personaje de carne y hueso parecia una estatua ecuestre.

Concluido el paso de la infantería el desfile tuvo una interrupcion.

No se sabe por qué causa la artillería tardó unos minutos en empalmar el desfile.

No se sabe por qué causa.. Yo lo sospecho. ¿Fué el encogimiento de los cañones al saber que habian de pasar delante del príncipe heredero de Prusia?

¿Fué temor?.... ¿fué cortedad?

¡Lo cierto es que el desfile quedó *cortado!*

***

Lo sé por buen conducto; una de las cosas que más llamaron la atencion de Federico Guillermo de Prusia fué el aspecto imponente de la entrada del palacio real por la gran escalera, con doble fila de alabarderos, y al pié de la cual se hallaban agrupados en brillante conjunto los gentiles-hombres, las damas de la aristocracia y la servidumbre toda de Palacio.

La magnificencia de la corte española es ya tradicional en Europa.

El príncipe dijo textualmente estas palabras:

—¡No he visto recepcion igual en mi vida!

Para observar en el ilustre huésped otra manifestacion de asombro necesitamos imaginarlo en la corrida de toros.

Suponed todo lo más inverosímil, lo absurdo, lo imposible... pues todo ello puede suceder más fácilmente que dejar de obsequiar con corrida de toros á las elevadas personas que vienen á visitarnos.

La corrida se dió, como no podia ménos de darse, y asistió á ella, como es tambien natural, el príncipe heredero de la corona de Alemania.

El inmenso gentío de la plaza volvia sus ojos al palco régio cada vez que ocurria en el redondel alguna cosa notable.

Vióse el huésped de esta villa y corte regocijarse varias veces y dar muestras de que le gustaba el espectáculo.

Sobre todo, lo que dicen que más encanto le producia era la suerte de banderillas.

Pidió que le subieran un par de banderillas para verlas de cerca, y una pica y una capa torera.

El príncipe aleman llevará á su patria esas muestras de la bravura española.

Y cuando le pregunten sobre la fiesta de los toros, de la cual existen pocas ideas en Alemania, pues ese país donde la cultura alcanza un grado altísimo, conoce á Lope de Vega, á Calderon, Tirso de Molina y demás autores clásicos españoles, pero no ha desarrollado aún su veneracion por la escuela de Pepe Hillo,—cuando le pregunten sobre dicha fiesta, el príncipe imperial podrá contestar:

—¡Oh! hasta las mujeres... y el mismo sol en España son toreros. Las mujeres estoquean con los ojos: el sol pica.

***

Todo lo habrá visto ántes de ahora el príncipe aleman ménos corridas de toros y mujeres como las catorce que le recibieron en Valencia, vestidas de labradoras con lujosos trajes de oro y pedrería y sosteniendo en sus manos canastillas de frescas y olorosas flores que fueron ofrecidas al ilustre huésped entre eficaces muestras de galantería.

Así las ideas tiernas salieron al encuentro del egregio visitante desde que puso el pié en tierra española.

De Valencia á Madrid vino atravesando un país florido y lleno de follaje; y el festejo que la Diputacion provincial piensa ofrecerle en el teatro de Apolo vendrá á completar la delicada accion de las catorce labradoras valencianas.

En dicho teatro se representará *Marina*; los programas de la funcion serán perfumados, las señoras serán obsequiadas con ramos de flores, y en el momento en que la familia real y el príncipe de Alemania tomen asiento en su palco se soltarán multitud de palomas.

Confieso que no veo el simbolismo. Muy agradable será ver revolotear las palomas; pero aún así y todo convendria que esto significase algo.

Tal vez pretende la comision que esas aves recuerden las palomas mensajeras de tiempo de la guerra.

¡No lo sé! Yo creo, sin embargo, que al echar mano de ese recurso ornitológico, lo más apropiado á la obra que se va á representar habria sido las aves marítimas.

No me cabe duda de que la música de *Marina* gustará al huésped ilustre que se alberga entre nosotros.

¡Y en la eleccion de obra sí que se ha revelado singular talento!

Es para que diga el príncipe imperial, recordando las buenas condiciones de nuestros soldados:

—¡España tiene un brillante ejército!

Y añada, recordando la funcion de *Apolo*:

—¡Ah!... y tiene tambien una incomparable *Marina!*

***

Todo Madrid ha visto, pues, al príncipe imperial de Alemania.

¡No se ve un príncipe así todos los dias! Cierto que no pasa año sin que penetre por las puertas de esta capital de España algun personaje extranjero, algun embajador, algun potentado, alguno de esos séres cuyo privilegio es como el de los cometas en el cielo, aparecer unos dias, deslumbrar á la multitud de espectadores y perderse por último en los confines del horizonte.

La generacion actual puede recordar fácilmente la brillante serie de personalidades ilustres que han atravesado la Puerta del Sol en magníficos y lujosos carruajes. Desde Muley el Abbas y los embajadores annamitas hasta el príncipe de Gales, los reyes de Portugal y el actual atractivo del dia, el príncipe Federico Guillermo, media una brillante comitiva de hombres notables de todos los países.

Pero hay que confesarlo; en la comparacion obtiene el príncipe imperial ventajas.

Madrid le ha otorgado una simpática hospitalidad.

No podia esperarse otra cosa.

Por más que digan algunos, España sigue siendo aún la tierra clásica de la hidalguía.

PEDRO BOFILL

Madrid 27 de noviembre de 1883

## NUESTROS GRABADOS

### EL SASTRE DEL CONVENTO, por E. Grutzner

Esta composicion, en la cual compite lo natural con lo correcto, ha inspirado á cierto poeta aleman unos versos que terminan con la siguiente idea:

Las dos cosas más difíciles de remendar son el corazon humano y el hábito de un fraile.

Ahora bien, el personaje de nuestro dibujo, por ser fraile y por ser sastre, se halla en el caso de zurcir hábitos y apañar conciencias. Calculen Vds. si le ha caido qué hacer á nuestro personaje.

Por fortuna, su simple aspecto nos revela que la paciencia se halla en él á la altura de la tarea y que la misma tranquilidad con que enebra la aguja emplea en tranquilizar el ánimo de una devota ó en echar una leccion de moral á las ovejas descarriadas.

Esa apacibilidad de carácter era muy propia de ciertos elementos monásticos para los cuales se escribió el aforismo: «Nunca Fray Modesto fué guardian....»

Pues ese Fray Modesto podia muy bien llamarse Fray Util, y el aforismo no prueba otra cosa sino que en todas partes cuecen habas, y el cocinero es el único que las huele y no las cata.

Para estos casos ordena la regla propinarse una fuerte dósis de *resignacion*, virtud muy recomendable, receta de primer órden, sobre todo cuando los ahitos de arriba la prescriben á los hambrientos de abajo.

### LAS POMPAS DE JABON, acuarela por J. R. Wehle

Todos hemos tenido la envidiable edad de esa preciosa niña y todos, como ella, hemos hinchado gotas de jabon que producian esferas de esmaltados tornasoles. Juguetes del aire más leve, flotaban cortos instantes en la atmósfera, hasta que aquella brillante pompa, globo de metal pulimentado que reflejaba todos los colores del arco iris, reventaba en el aire, convirtiéndose en imperceptible gota de agua.

Todos hemos sido niños y hemos hecho pompas, y es lo malo que frecuentemente continuamos haciéndolas en edad provecta.

Los cálculos del hombre de negocios que confia haber atascado la rueda de la fortuna, las ilusiones de la jóven que cifra su orgullo en la contemplacion de su efímera belleza, las cábalas del político que sueña haber unido su suerte á la suerte de todo un pueblo, la corona que el conquistador cree tener al alcance de sus cañones, ¿qué otra cosa vienen á ser sino pompas de jabon que en el aire flotan un punto y en el aire se disipan?

Todos hemos hecho pompas como esa hermosa niña; todos sabemos lo que vale un mundo revestido exteriormente de hermosos colores y en su interior lleno de viento, nada más que de viento.

### LA INUNDACION, cuadro por Roberto Russ

Los cuatro elementos de la naturaleza son, á la vez, sus principios constituyentes y sus mayores enemigos.

De estos enemigos, el agua es, indudablemente, el más terrible.

El fuego es un contrario más leal, más altivo, más generoso. Con la misma furia que amaga se deja combatir. Si no se le puede extinguir, se le aisla; se le da, como si dijéramos, una presa á devorar, y la llama, cual si se diese por satisfecha, se debilita, se apaga, se torna brasa, la brasa rescoldo, el rescoldo fria ceniza; bien así como una fiera agitada por el hambre, despues de satisfecha su necesidad, deja de lanzar rugidos, se calma poco á poco y termina por dormirse junto á los despojos de su presa.

El agua es un enemigo más tenaz, más cruel, más implacable. Principia por lamer hipócritamente á su víctima, en seguida la envuelve, la impide toda defensa, y sin detenerse ante la consternacion de una familia, de un pueblo, de una region entera, sube, sube incesantemente; arrastrándolo todo, hombres y cosas, el ajuar del pobre, la cosecha del rico, las flores de los verjeles y la espiga, que representa el pan de toda una comarca.

El aspecto de una inundacion entristece y aterra, bien así como si la region inundada se convirtiera en vasto y monótono cementerio. El cuadro que hoy reproducimos da una perfecta idea de esa catástrofe. ¡Pobres caminantes!.... En mal hora emprendieron su viaje: el temporal se desata sobre ellos; mas quizás la mayor tempestad es aquella que destroza sus corazones al considerar que debajo de ese líquido sudario yace el cadáver de su esperanza.

### EL CAPITAN MAYNE REID

El popular escritor inglés, cuyo retrato publicamos en la sexta plana, ha fallecido en Lóndres el 22 de octubre último á la edad de 67 años. Oriundo de Irlanda, pasó en edad juvenil á la América del Norte, cuyas regiones ménos conocidas visitó como viajero y como militar al servicio de la Union; vivió seis años con los indios de las praderas, estudiando su modo de ser y sus costumbres, y fué herido

de gravedad en el asalto de Chapultepec por el ejército anglo-americano.

De regreso á la patria, establecióse en Lóndres, dedicándose á escribir sus amenas é interesantes novelas, tan populares hoy en Europa y en América, y en las cuales describe como testigo presencial los episodios é incidentes de la vida de las praderas. Su fecundidad era tal que el número de sus obras pasa probablemente de setenta. Ultimamente se ocupaba en escribir una *Historia de la guerra de México* en 1845, que la muerte le ha impedido terminar.

**PAPELERA DEL PALACIO REAL DE MADRID**

El Palacio real de Madrid encierra valiosos objetos no tan sólo en pinturas, esculturas y tapices, sino en otras obras de arte. Entre éstas figura una preciosa coleccion de muebles, con incrustaciones de bronce dorado y porcelana, de los que es un ejemplo la linda papelera reproducida en nuestro grabado. Su estilo es de la época de Luis XVI, y la porcelana de las incrustaciones, admirablemente esmaltada é incrustada, procede de la fábrica del Retiro, destruida cuando la invasion francesa de principios de este siglo, y que tan famosa se hizo en toda Europa por la excelencia y perfeccion de sus productos.

**SIR GUILLERMO SIEMENS**
**distinguido electricista**

Las ciencias físicas, y en particular la parte de estas que tiene relacion con la electricidad, están de luto. A la reciente muerte del distinguido físico francés M. Bréguet, tenemos que agregar la del célebre Siemens, cuyo nombre venía figurando en casi todos los adelantos realizados en tan importante rama de la ciencia. Nacido el 4 de abril de 1823 en Leuthe, poblacion de Hanover, y por tanto de orígen aleman, ha pasado, sin embargo, la mayor parte de su vida en Inglaterra, donde habia fundado y dado impulso á grandes empresas científicas é industriales, entre ellas la fabricacion de cables eléctricos submarinos de Charlton, West Woolwich, y la de acero de Landore, Swansea, de la cual salen semanalmente más de mil toneladas de metal. Aparte de estas empresas, Guillermo Siemens ha hecho progresar notablemente la ciencia, con sus inventos y descubrimientos, solo ó asociado con sus tres hermanos, siendo los principales el método para dorar y platear por el galvanismo, la bomba de aire, el telar de agua, la máquina de calórico, varios aparatos para anotar las observaciones científicas del Observatorio de Greenwich, el hornillo de gas, etc., etc.

Era individuo de la Sociedad Real de Lóndres y del Instituto de ingenieros civiles, Presidente de la de ingenieros electricistas, y de la de ingenieros industriales, y en abril último mereció el alto honor de que la Reina le nombrara caballero.

**LA DECLARACION, cuadro por Enrique Rasch**

Hay momentos de la vida en que el hombre vende aquellos sentimientos que más cuidadosamente oculta á la persona que los inspira. Estos momentos los determina casi siempre lo imprevisto; la hora, el sitio, la soledad, la influencia de un sol abrasador ó de una bruma pesada, algo que nos conduce insensiblemente, que nos arrastra, que nos anima, que nos arroja, digámoslo así, contra el escollo que hubiéramos querido evitar.

El galan de nuestro cuadro se encuentra en uno de esos momentos: sus labios dan paso á la declaracion de un amor, que hasta entónces habia contenido respetuosamente y su mano temblorosa se atreve á aprisionar la de la mujer que le fascina.

Todo ha concurrido para determinar esta conducta, que una hora ántes hubiera parecido al amante el colmo de la audacia. La fatalidad ha reunido á la jóven pareja en el estrecho recinto de una barca: el sol declina, el mar está en calma, el mundo se halla léjos, tan léjos á los ojos de nuestro enamorado que éste se olvida de él; la atmósfera está saturada de amor, las mansas olas mecen voluptuosamente la pequeña nave....

La naturaleza ha sido más poderosa que la prudencia: en la barquilla tiene lugar un idilio de amor. Dios no permita que la tempestad agite las aguas y aún ménos el corazon de los felices amantes.

**LA VENTA DEL CABALLO, cuadro por A. Pusztai**

La compra de un caballo es cuestion de mucha importancia en los pueblos rurales. Un caballo es á menudo en ellos la piedra angular del edificio doméstico. Él abre el surco en la tierra que ha de recibir la siembra, produce el abono que ha de alimentar esa tierra, extrae el agua que ha de regarla, conduce las gavillas del campo á la era y el trigo de la era al granero; y despues que ha sido explotado por cuenta de la humilde hacienda de su dueño, conduce al molino la cosecha ajena, á la poblacion distante el ajuar del vecino que levanta su domicilio, y á la feria la acomodada familia que se permite el lujo de un vehículo. El caballo es el mejor amigo del pobre labrador: no es de extrañar, por lo mismo, la importancia que da á su adquisicion.

Esta importancia se halla bien determinada en el cuadro que hoy reproducimos, escena de costumbres tratada con facilidad y holgura, cuyos personajes, con ser varios, no se perjudican ni embarazan los unos á los otros, ántes bien todos desempeñan su papel y lo desempeñan con naturalidad. El dibujo es correcto y el conjunto produce impresion muy simpática.

---

## EL PREMIO GRANDE

POR DON JUAN TOMÁS SALVANY

*(Continuacion)*

### III

Una de ellas, miéntras Lucía se hallaba distraida en conversar con varias compañeras y en oir unos valses de Chopin, Miguel tenia entablada con don Justo la siguiente conversacion:

—Confieso,—decia el último,—confieso que la peticion de V., por proceder de quien procede, me lisonjea en extremo; empero, hay que mirarlo todo; la felicidad de mi hija no es una bicoca.

—Tiene V. razon.

—El asunto ofrece dificultades...

—Váyalas V. exponiendo, á ver si las allano ó me convencen.

—¿Ha consultado V. la voluntad de Lucía?

—Por indicacion suya provoco esta conversacion.

—Perfectamente, ya tenemos un dato para resolver el problema; pero....

—¿Qué?...

—Mi hija es una niña; no tiene más que diez y seis años.

—¡Tanto mejor! Así podremos esperar. Ella diez y seis, yo veinticuatro, aunque tardemos cinco...

—Para fundar una familia son necesarios recursos, muchos recursos en estos tiempos.

—El mundo los ofrece á quien sabe buscarlos.

—Lucía, ya se lo dije á V., no tiene nada; fabricar castillos sobre mi sueldo de empleado, es fabricarlos en el aire; cualquier dia me dejan cesante ó me jubilan. Aparte de mi sueldo, sólo poseo en Toledo nuestra casa solariega y una huerta, que si se van á vender, no dan nada por ellas; que si se van á explotar, producen ménos todavía. En cuanto á V...

—Yo....

—No lo tome V. á ofensa, pero es V. pobre, amigo mio, bastante pobre, aunque digno de mejor suerte.

—¿Qué importa? Trabajaré. Dios hizo el mundo de la nada; un hombre decidido, que es la imágen de Dios, bien puede hacer algo con su actividad é inteligencia. Por eso he fijado á V. un plazo de cinco años, porque me propongo trabajar.

D. Justo clavó en el jóven una mirada escrutadora, diciendo al propio tiempo:

—¡Cinco años! ¿Sabe V. lo que significa ese plazo para las vicisitudes del sentimiento, para las debilidades del corazon humano? En cinco años, se puede amar y dejar de amar diez veces.

—¡Oh!... Me ofende V.

—No es ofensa, amigo mio, es una mera suposicion, no despreciable en el presente caso. V. sabe que el sentimiento suele ser independiente de la voluntad.

—¡Nunca, cuando la voluntad es fuerte, incorruptible la conciencia!—exclamó Miguel con ardorosa frase. Despues añadió, dulcificando la voz: —¡Tan poco fia V. en los méritos de su hija para suponerla capaz de inspirar afectos pasajeros!

El noble padre sonrió.

—En fin,—dijo Miguel,—yo sólo pido á V. permiso para querer á su hija y permitir que ella me quiera. La trataré, es cierto, con mayor intimidad, pero tambien con el respeto debido á ella, á V. y á mí propio. Si llego á comprender que no la puedo hacer dichosa, yo seré el primero en retirarme. Lucía nada perderá.

—¿Y la paz del alma? ¿Y la virginidad del corazon? Son su único tesoro.

—¡Oh!... Nada tema V.!

D. Justo pareció reflexionar.

—El caso es árduo,—dijo.

—En apariencia, tal lo creo; en el fondo es muy sencillo.

Al proferir Miguel estas palabras, terminaron los valses de Chopin, y la orquesta, hábilmente dirigida por el maestro Vazquez, fué saludada con un nutrido aplauso. Lucía, sentada á alguna distancia entre sus amigas, dirigió á Miguel una mirada de interrogadora ansiedad. El jóven procuró tranquilizarla con una sonrisa, y bajando la voz, dijo á don Justo, para el cual no pasara inadvertida la mirada de su hija:

—Me hallo dispuesto á acatar su voluntad; ¿qué me contesta V...? ¿Sí ó no?

—En vista de tantas y tan graves dificultades...

—¡Acabe V.!..

—A cualquier otro le diria que no; á V. le digo que sí.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, padre mio!...

—¡Chito!...Tenga V. juicio; nos observan.

Desde aquel momento, Miguel, sobre el mismo campo de batalla, ascendió de amigo á novio.

Aprovechando hábilmente una ocasion para acercarse á ella, se apresuró á participar á Lucía el resultado de la conferencia con D. Justo. Lucía era vehemente, y estrechando convulsa la mano del jóven, murmuró sin poderse contener:

—Miguel, ¡qué feliz soy! ¡Cuanto *te* quiero!..

Luégo, avergonzada de este arranque involuntario, se encastilló en un obstinado y pudoroso silencio.

El primer *tú* de la mujer amada encierra para todo amante tierno dulzuras inefables; la suprema felicidad no halla palabras con que expresar sus sentimientos. Miguel, enfrascado en sus dulces reflexiones, no hubo menester de grande esfuerzo para respetar el silencio de Lucía.

### IV

Al dia siguiente, pasada la primera conmocion, el entendimiento claro de Miguel se apresuró á recobrar su imperio, y aguzado por el amor, trazó mil planes lucrativos.

—¡Si nos tocara la lotería!—dijo.—Ya Lucía, aquella vez, jugó... ¡quién sabe si con igual objeto!... Las mujeres son tan originales, tan incomprensibles!... La lotería... ¡bah!...además de ser una inmoralidad, como todos los juegos, es la esperanza de los desesperados, y yo disto mucho de estar desesperado... ¡Qué he de estar!... Muy al contrario, soy el más dichoso de los mortales. Luégo, el dinero de la lotería, áun suponiendo que me tocara, no aprovecha. ¿Conozco yo álguien á quien enriqueciera la lotería? No, por cierto. Los dineros del sacristan cantando se vienen, cantando se van; *ce qui vient par la flûte, s'en retourne par le tambour*, que dicen los franceses.

Segun advertirá el lector, Miguel, en el colmo de su alborozo, no bastándole con una lengua, hablaba dos.

—¡Qué diantre!—prosiguió,—trabajaré; el trabajo es la mayor nobleza, *labor prima virtus* (ya hablaba tres).

Al fin, cansado de hablar, reflexionó sériamente.

—Abogado soy,—se dijo;—si los pleitos no vienen á mí, yo iré á los pleitos.

Apénas concluido el verano, Miguel habia anunciado en los periódicos la apertura de su bufete, Manzana—6—2.° y repartido tarjetas á los amigos.

¡Ay! Miguel tenia talento, mucho talento; mas, dígase lo que se quiera, no es esta la primera cualidad para hacer fortuna. Los hombres más eminentes de todos los países vivieron y murieron pobres, en su inmensa mayoría, si no tenian algo por su casa. El medro material requiere audacia, suerte, travesura, flexibilidad, lo que el vulgo suele llamar la *manga ancha* y otras cualidades, ó defectos, segun se miren, que no constituyen el talento de ley.

A Miguel, pongo por caso, hallándose un dia en la soledad de su bufete, se le presentó cierto sujeto á encomendarle la defensa de cierto litigio. El letrado examinó el asunto con la escrupulosidad que el caso requeria, y luégo dijo á su cliente:

—Es causa perdida.

—¿Cómo?

—Que no tiene V. razon.

—Áun siendo así....

—De defender á álguien, defenderia yo á la parte contraria.

—¿Es decir que se niega V...?

—La justicia, la ley ántes que todo.

El cliente salió, creyendo haber tropezado con un loco. Por lo que toca á Miguel, se quedó diciendo para su capote:

—¡Sociedades anónimas en quiebra!.. Sí, ya sabemos lo que es eso. ¡Malditas leyes! ¡Qué sutiles y caprichosas son! A veces parecen dictadas con la diabólica intencion de estrangular al hombre honrado.

Cuando aquella misma noche refirió el suceso en casa de su futura, Lucía le oyó con entusiasmo. Don Justo nada dijo, pero meneó la cabeza con aire pesaroso.

Así trascurrió más de un año, sin que Miguel lograra aumentar gran cosa los veinte mil reales de renta con que vivian él, su hermana y su padre, muy anciano. Es de advertir que este último aprobaba las relaciones de Miguel y de Lucía, habiéndoselo manifestado á D. Justo, por escrito, en la imposibilidad de verificarlo de otro modo, pues su vejez y sus achaques no se lo permitian.

El jóven, en la soledad de su bufete, se pasaba muchas horas cavilando.

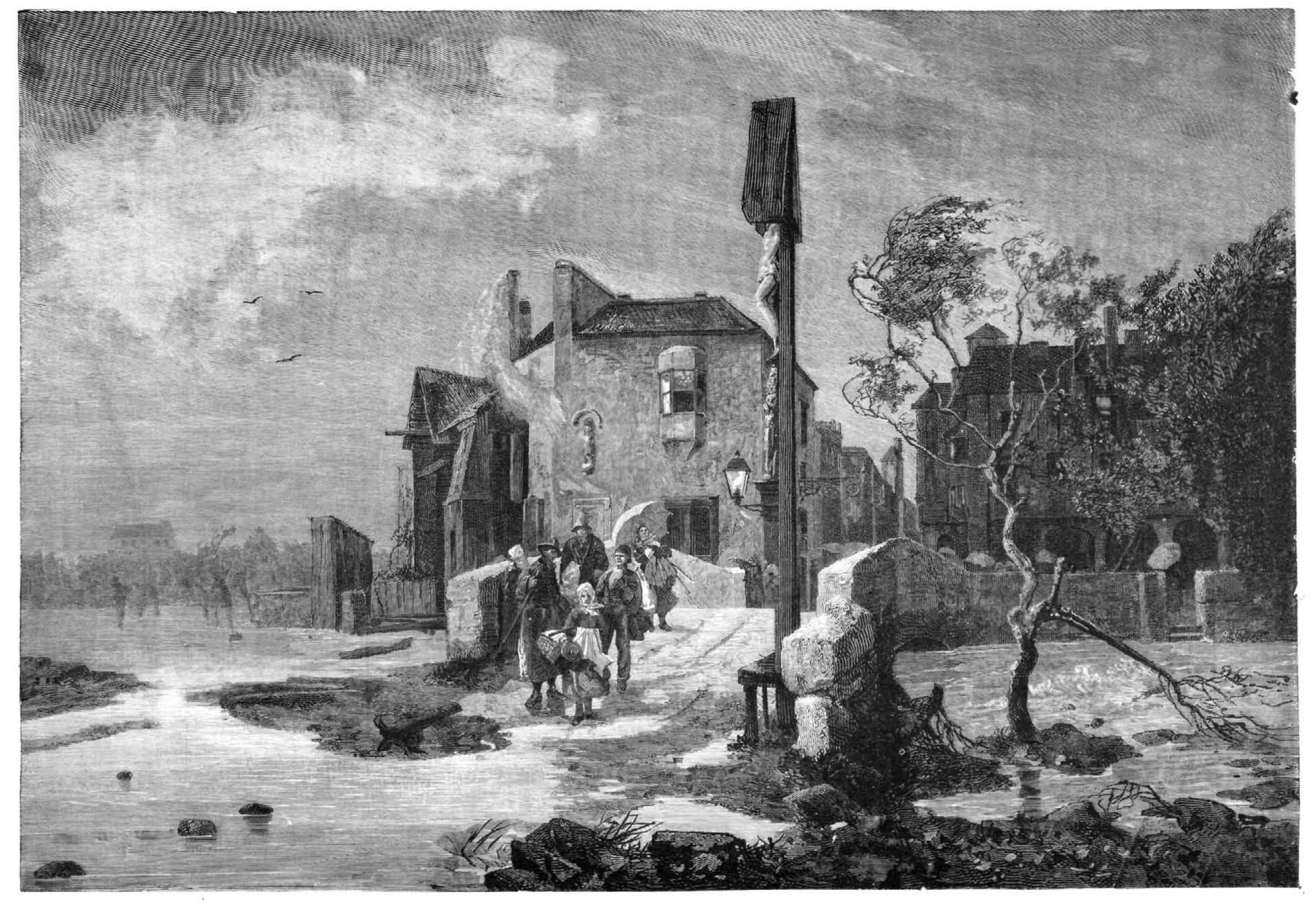
—¡Entendimiento, ayúdame!—proferia á lo mejor, dándose palmadas en la frente.

En esto, andando el tiempo, un cambio de ministerio de los harto frecuentes en España, dejó cesante á D. Justo, con filosófica resignacion por parte de éste y con no pequeño disgusto de Lucía.

—No asustarse,—dijo Miguel,—esa es la suerte, una verde, otra madura; ya nos echó la verde, la madura no se hará esperar.



LAS POMPAS DE JABON, acuarela por J. R. Wehle



LA INUNDACION, cuadro por Roberto Russ

Trascurridos algunos meses de inútiles gestiones para lograr la reposicion de D. Justo, padre é hija, viendo agotarse su reducido peculio, consistente en escasos ahorros, resolvieron hasta mejor ocasion trasladarse á su casa solariega de Toledo, donde gracias á los rendimientos de la huerta y de la casa, alquilada en parte, al feliz gobierno de Lucía y á las economías de ambos, se procuraron un mediano pasar.

Esta separacion, como es de suponer, afligió á la niña en gran manera, y no ménos á Miguel, si bien las continuas cavilaciones de éste le distraian un tanto de su afliccion. Además, escribia frecuentemente á su prometida y verificaba á Toledo dos viajes mensuales.

V

Cierta mañana, recibió Miguel la correspondiente carta de Lucía. Bien ó mal escritas, todas las cartas amorosas vienen á decir lo mismo, con las variantes exigidas por la situacion y circunstancias particulares de cada enamorado. En vista de ello, por no cansarlos, haré gracia á mis lectores de la aludida carta; pero es el caso que, entre muchos otros, contenia el párrafo siguiente:

«Mi amiga Julia, á quien en mejores tiempos solí prestar pequeñas cantidades, te entregará diez duros que me debe. Cómprame con ellos un décimo de la próxima lotería de Navidad.»

—¡Vaya, otra corazonada!—murmuró Miguel.

Y se apresuró á comprar el décimo, refunfuñando para su capote que Lucía estaba desconocida, pues no era discrecion, sino locura, el invertir tanto dinero en un juego de azar.

Como quiera que el sorteo estaba próximo y á él no le era fácil ir ántes á Toledo, nuestro jóven se apresuró á enviar el número á su novia.

«Adjunto mando el número,—le decia;—si te toca el premio grande, telegrafiaré en el acto; si no, te escribiré cualquiera que sea el resultado.»

Trascurrió el 23 de diciembre, dia del sorteo, sin que Lucía recibiera telegrama alguno de Miguel. En el mismo dia de Navidad, recibió del jóven una carta, en la cual se leian estas palabras:

«Segun tú misma verias, la suerte no te favoreció poco ni mucho. Te incluyo el desdichado décimo para que lo rompas con tus propias manos.»

—¡Qué delicado!—pensó Lucía rompiendo, en efecto, aquel papel.

Algunos dias despues de entrado el año nuevo, el jóven hizo á Lucía y á D. Justo su visita acostumbrada. Los dos amantes hablaron de la lotería y se rieron de su mala suerte. Miguel, con todo, parecia algo meditabundo.

Cuando éste hubo partido, cierta íntima y toledana amiga de Lucía, que presenciara parte de la visita, dijo á la hija de D. Justo:

—¿No has reparado una cosa?

—¿Qué?

—Miguel ha trocado su reloj de níkel por otro de oro.

—No, no lo he advertido.

—Pues lo ha sacado dos veces. ¡Oh, y es magnífico! Reloj y leontina juntos lo ménos le habrán costado diez mil reales.

—Eso significa que Miguel prospera en sus negocios, y francamente, lo celebro, porque ello equivale á prosperar los dos.

—¿Nada te ha dicho?

—Nada. Ya tú ves, ocupados en hablar de otras cosas...

—Distraccion de enamorado. No obstante...

—¿Hay algo más?

—La cuestion de intereses no es para olvidada en vuestro caso.

—¡Bah!—replicó Lucía,—si realmente ha prosperado, Miguel querrá darme una sorpresa, y á su tiempo lo sabremos.

—Sí, lo que fuere sonará,—añadió la amiga, con cierto retintin.

Y acto seguido varió de conversacion.

Lucía y Clara, que así se llamaba la amiga, casi de la misma edad y toledanas las dos, eran amigas de la infancia y en la actualidad vecinas, habitando casas fronterizas en *Zocodover*, vocablo arábigo-castellano que viene á significar *plaza digna de ser vista*. Lucía cultivaba la amistad de Clara, por costumbre, por bondad y por recurso más que por inclinacion, puesto que la segunda distaba mucho de igualar á la primera en discrecion y en nobleza de sentimientos. En los pueblos y en muchas ciudades de provincias, faltas del bullicio y las distracciones propias de las grandes capitales, se hace necesaria cierta intimidad y frecuencia en el trato, con objeto de combatir el fastidio. Las dos amigas se veian, pues, diariamente y solian pasar juntas algunas horas, entregadas á la conversacion, á la lectura ó á labores de su sexo, miéntras D. Justo entraba y salia, despachaba su correspondencia, cuidaba de la administracion de su mermada hacienda ó entregábase á su vez á esas mil tareas insignificantes que constituyen la ocupacion de un hombre ocioso.



EL CAPITAN MAYNE REID

Clara, sin ser el prototipo de la mujer chismosa, era una de esas almas pequeñas, de esas inteligencias, digámoslo así, en embrion, que os hablan de nonadas, que se preocupan de mil cosas fútiles, que al ponérseles entre ceja y ceja, verbigracia, el costoso abanico de una amiga ó el sombrero extraordinario de un vecino, no descansan ni sosiegan hasta averiguar el coste, la procedencia y el por qué de aquellas prendas.

A las veinticuatro horas de la referida conversacion, Clara dijo á Lucía:

—¿Querrás creer que apénas he pegado los ojos en toda la noche?...

—¿Y eso?

—Pensando en el reloj de oro de tu Miguel.

—¡Qué tontería!

—Ese chico, no lo dudes, *ha escarbado* en alguna parte.

Al oir este inculto lenguaje aplicado á su novio, Lucía reprimió un gesto de disgusto y respondió con una calma celestial:

—Si ha ganado dinero, tanto mejor para él. ¿Qué nos importa?

Clara volvió á la carga.

—El premio grande de la lotería de Navidad,—repuso,—importaba diez millones.

—Bien; ¿y qué?

—Un décimo, un millon. Ya tú ves si con cincuenta mil duros se pueden adquirir un buen reloj y una excelente leontina de oro.

—¡Ya lo creo! ¿Piensas, pues, que á Miguel le haya tocado la lotería?...

—Tocado precisamente, no; es decir, puede haberle tocado y no haberle tocado. Si mal no comprendí, ayer hablásteis de un décimo, no premiado, que él tomara por encargo tuyo.

Con la rapidez del rayo, Lucía comprendió la vil sospecha y replicó severamente:

—Mira, Clara, si algo te importa mi amistad, no me vuelvas á hablar de eso.

Su amiga obedeció.

A la mañana siguiente, Lucía recibió una perfumada y elegante carta: era de Julia, la misma amiga que entregara á Miguel los diez duros con que fué comprado el décimo. Se puso á leerla entre indiferente y curiosa; mas á medida que iba leyendo, pintábase en su rostro una vivísima sorpresa. La carta concluia así:

«...Dejaste en la tertulia un vacío difícil de llenar. ¡Lástima que no concurras á ella! Verias á Miguel muy amigote de la ministra de Hacienda. ¿Se amarán? No sé. Echan cada párrafo... A propósito de Miguel, ya te diria que le entregué los diez duros, pues segun me manifestaste, pensaba ir á Toledo, con objeto de admirar tantas maravillas artísticas. ¿Te los devolvió? Gracias.

»Chica, lo que se ve en este Madrid! Miguel, protegido por la ministra, debe de haber hecho algun *chanchullo* ó sacado la lotería. Figúrate que ayer entraba yo en casa de Ansorena al tiempo que él salia. Me extrañó verle allí, pues ya sabes que nunca anduvo muy sobrado. Detúvose á saludarme, y como yo, por favorecerle, le propusiese la defensa de un pleito de papá, me contestó que habia cerrado su bufete. ¿Ha comprado algo ese caballero?—pregunté por curiosidad en la platería.—Acaba de encargar un aderezo por valor de quince mil duros,—me respondieron. No sé como no solté la carcajada. ¿Se casa nuestro amigo? Tú debes saberlo; recuerdo que en otro tiempo *te lo colgaban*.

»En fin, que te diviertas. Recibe un beso de tu agradecida—JULIA.»

Es de advertir que, excepto la familia de Miguel, D. Justo y Clara á quien no fuera posible ocultárselas, todos ignoraban las relaciones del jóven y de Lucía.

Esta última dejó caer la carta de su amiga.

—¡Es singular!—pensó,—nada me ha dicho.

Y permaneció meditabunda. No es que desconfiara de Miguel, pero la ofendia el silencio del jóven. ¿Por qué callaba? ¿Qué se proponia? ¿Mentiria Julia? ¿Qué interés tenia en ello? ¡Quién sabe! ¡En Madrid, es la gente tan ligera, tan vil, tan inconsciente á veces la murmuracion! Parecia indudable que Miguel hubiese realizado algun negocio de importancia, ya que se permitia gastar quince mil duros en alhajas; pero ¿de qué manera, por qué medios? ¡Buenos estaban los tiempos para improvisar fortunas! Luego, aquellas alhajas, ¿á quién las destinaba? ¿A ella, su novia? ¿A qué ocultarlo entónces?

En estas confusiones, volvió Clara, como de costumbre, á reunirse con Lucía. La muy curiosa, sin adivinar ni darse cuenta exacta de lo ocurrido, tuvo algo parecido á una instintiva revelacion, al observar el continente ensimismado de su amiga. Entónces, no sin algun temor, se atrevió á deslizar en la conversacion estas palabras.

—¿Dónde cayó el premio grande de la lotería de Navidad?

—En Madrid,—respondió maquinalmente Lucía.

—¿Ves? ¡Otro dato!

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

—¿Piensas aún que Miguel?...

—¡Líbreme Dios de semejante cosa! Pero dime, Lucía, ¿por qué no pudo tocarle á Miguel el premio grande?

—Por una razon muy sencilla; porque no jugaba.

—¿Estás de ello bien segura?

—Me lo hubiera dicho; nada me oculta.

—Siendo así...

—Además, en Madrid hay trescientos mil habitantes, de los cuales el que más y el que ménos puede decirse que casi todos juegan á esa lotería.

—Yo he leido en un periódico que le tocó á un abogado.

—Y yo en otro que á un bolsista.

—Pudo tocar á los dos.

—Sea. ¡Hay en Madrid tantos abogados!...

Como se ve, Lucía ya toleraba una discusion acerca de lo mismo que ántes no quisiera oir.

En cuanto á Clara, era infatigable.

—¿Qué fué del décimo que jugaste? —dijo.

—Miguel, por delicadeza, me lo envió para que yo misma lo rompiera.

—¿Y lo rompiste?

— En el momento de recibirlo.

—¿Sin mirarlo?

—Sin mirarlo.

—¡Tonta!

—Por curiosidad, por distraccion, habia ya mirado el número que el mismo Miguel me remitiera ántes del sorteo.

—¿Y ese número coincidia con el del décimo?

—Sin quitar ni poner una cifra. Todavía lo recuerdo, era el 3,015.

—Y salió premiado un treinta mil.

—No te canses, Clara; la honradez de Miguel para mí es indiscutible y no tolero que nadie la ponga en duda.

—¡Oh! líbreme Dios...

—Ya tú misma ves que su delicadeza y tales pruebas hacen imposible toda sospecha.

—Así es la verdad.

—¿No me envió primero el número? ¿No me envió despues el décimo? ¿No coincidian uno y otro? ¿Donde está el engaño? ¡Ea! doblemos la hoja.

Clara pareció reflexionar y repuso al cabo:

—Estas noches en que duermo mal, me las paso haciendo proyectos y recordando historias. ¿Quieres oir una?

—Dí.

—Cuentan de un sujeto que fué á la Habana á probar fortuna.

—¡Van tantos!

—Y que jugó á una lotería de allá.

—¡Dale bola!

*(Continuará)*

## LA VOZ ETERNA

Es huérfano, pobre y ciego de nacimiento.

Ha oido bramar sobre su cabeza las tempestades de muchos inviernos, y sin embargo parece un niño porque la falta de luz es causa de que su inteligencia y su organizacion física se desarrollen lentamente.

El sol de estío lanza sus flechas de oro sobre los techos y cúpulas del pueblo de *pan y toros*. Todo reluce, todo se abrasa, todo reverbera. Madrid es la *Villa de fuego cercada*, como dicen los antiguos cronistas.

Por eso el ciego mendigo se tiende á la sombra que en un suelo cubierto de yerba y cascajo proyectan los muros de la iglesia de San Jerónimo. Antes se ha sentado, como de costumbre, en la subida del Retiro: pero no pasa nadie. El ciego *ha visto la soledad* y se ha retirado á su cuartel de invierno y de verano, al lado de la casa de Dios, que está cerrada.

El atrio del templo, que no tiene verja, le ofrece abrigo durante los meses del frio, y sus paredes de mampostería préstanle sombra en la estacion de los calores.

El templo y el mendigo guardan entre sí algun punto de semejanza; el primero es un conato de arquitectura gótica; el segundo una mueca de hombre.

***

—¡Viva Fernando el deseado!

Despues relinchos de caballos, estridentes chillidos de trompetas, estruendosas salvas de artillería, choque de aceros, voces de mando, redobles de tambores.

Todos aquellos rumores de gloria, envueltos en oleadas de polvo, llegan hasta el pobre ciego.

Sus ojos se dilatan interiormente, y á través de sus cuencas, que son dos sepulcros vacíos, su imaginacion aguzada por el hambre cree distinguir hasta el brillo de las corazas y la ondulacion de las banderas.

Hay revista en el Prado.

El entendimiento del cautivo de las tinieblas presiente sensaciones indistintas, y una intuicion magnética le hace adivinar los febriles pensamientos de la multitud.

El pueblo, fascinado como siempre por el prestigio del momento, no cesa de aclamar á su ídolo:

—¡Viva Fernando el deseado!

Pero de entre las aclamaciones de la muchedumbre salen dos lamentos: uno íntimo y reconcentrado, aspiracion recóndita del espíritu; otro expansivo y exterior, instinto estrepitoso de la materia. Estos dos lamentos, sin embargo se compenetran, y juntos suben á las alturas. El miserable mendigo, alzando al cielo sus ojos muertos, olvidado por ese pueblo del cual inconscientemente formula los votos, votos impersonales, siente en su cerebro golpear esta palabra:

—¡Luz!

Y despues con voz gangosa profiere una frase, frase hecha, monótona, banal, y que no obstante encierra algo de terrible y misterioso porque resume todas las necesidades y miserias de la vida:

—¡Una limosna por amor de Dios!

***

Gran revista en el Prado.

Han trascurrido diez años.

Los mismos ruidos, las mismas voces, el mismo polvo.

—¡Viva la Reina Gobernadora!

Una sombra, sin embargo, turba la alegría popular.

Las salvas del cuartel del Retiro se confunden con algunos disparos lejanos.

El representante de lo pasado está á las puertas de Madrid. Las boinas blancas, azules ó encarnadas se diseñan en el horizonte.

Pero la augusta dama pasa y sonrie, los soldados presentan las armas, y el pueblo tranquilizado por aquella sonrisa, exclama:

—¡Vivan las dos Reinas!

Y allá arriba, en la subida del Retiro, cerca de su iglesia protectora, está, como siempre, el mendigo que se estremece al oir aquel clamoreo. Sus manos es extienden como queriendo asir el vacío, y una oleada de llanto interior hace parpadear sus ojos.

Y siente golpear en su mente la palabra

—¡Luz!

Y sus labios formulan la eterna frase, que es una protesta:

—¡Una limosna por amor de Dios!

***

Gran revista en el Prado.

Han trascurrido muchos años.

Tres astros regios se han eclipsado.



PAPELERA DEL PALACIO REAL DE MADRID

Los mismos rumores, y el mismo polvo que nubla la luz.

Las turbas gritan, gritan desatoradamente:

—¡Viva la República!

—¡Viva el general!

—¡Viva el pueblo!

Al elegido del infortunio se le crispan los pocos cabellos grises que coronan su frente llena de arrugas, y detrás de la pared del sagrado atrio sigue acorazándose contra el hambre, porque presiente que el estigma del hambre durará eternamente miéntras el pueblo grite siempre sin darse cuenta del sentido de sus gritos.

La agitacion de las multitudes es como el estremecimiento de las hojas de los árboles: pasa la brisa, el viento ó el huracan, y vuelven á quedar inmóviles.

Por eso el mendigo, terrible y eterna esfinge de los males y de los deseos recónditos de la humanidad, formula su eterna protesta:

—¡Una limosna por amor de Dios!

***

Gran parada y desfile en el Prado.

La muchedumbre se apiña; innumerables compañías, regimientos y escuadrones pasan bajo los arcos triunfales; el cañon truena en salvas; las corazas relucen; las banderas ondean.

—¡Siempre lo mismo!

—¡Viva el Rey! ¡Viva el Rey!

El mendigo, ante esos gritos de la vida, siente correr por sus venas el frio de la muerte.

¡Todo vive ménos él!

Es ya muy viejo. Su piel se ha trocado en una corteza cenicienta y rugosa: sus manos, que siguen implorando la caridad pública, se asemejan á dos gavillas de sarmientos resecos.

Pero su voz es siempre robusta y continúa salmodiando la terrible fórmula del hambre:

—¡Una limosna por amor de Dios!

***

Y así, de año en año, de revista en revista, de vociferaciones en vociferaciones, aclamando nombres y cosas distintas, los que escuchan atentamente los clamores de la tierra han oido siempre, en medio de los gritos revolucionarios y de los estrépitos aparatosos de la fuerza, la voz eterna, la voz verdadera, la íntima voz del terrible y simbólico mendigo, del vigilante de la noche de la humanidad que anuncia la hora exacta de los dolores del pueblo, del incorruptible centinela de la conciencia universal, del sacerdote que sintetiza fielmente la oculta plegaria de la multitud resumiéndola en un suspiro.

Pontífice inflexible de la fraternidad, titular autorizado de la ceguedad física, nunca cesa de clamar por la ceguedad moral.

¡Luz, luz, luz!

Y en tanto que el pueblo procura ocultarse á sí propio sus verdaderas aspiraciones y sueña con quimeras adormecido al son de las alegres músicas, al repiqueteo de las campanas echadas á vuelo y al estruendo de las salvas de artillería entre cuyo humo no ve fluctuar una amenaza perpetua, él, el mendigo, la cabeza levantada al cielo, los brazos extendidos palpando las tinieblas, permanece acurrucado en el atrio de la vieja iglesia, su cuartel de invierno y de verano, y con voz más triste y quejumbrosa que nunca continúa implorando de la caridad pública una migaja del pan de cada dia que derrochan sus hermanos.

El ciego tiene ya noventa años: tendrá ciento...tendrá mil...¡Quién sabe!

Los siglos oyeron la voz de Ashavero, *el condenado á la vida*:

—¡Señor, ten piedad de mí! ¡Haz que muera y que descanse!

Pero dejaron de oirla.

¿Sucederá lo mismo con esta otra voz del *condenado á las tinieblas*?

—¡Una limosna por amor de Dios!

FABRICIO

## LA CATEDRAL DE AVILA

II Y ÚLTIMO

Viniendo ahora á la sacristía, es una hermosa construccion gótica, con más carácter francés quizá que ninguna otra parte de la iglesia y superior á la más de las sacristías de nuestras catedrales. La iluminan hermosas ventanas; la cierra una bóveda octogonal, apoyada sobre arcos, y la decoran una arcada en el cuerpo de luces, cuatro grandes composiciones en relieve, de escaso valor, y un altar y retablo de mármol, del Renacimiento, profuso, como casi todos, pero de no mucha mayor importancia que aquellas.

Decididamente, á lo ménos, desde el siglo XV, jamás hemos sido escultores. Ni Berruguete, con sus imitaciones de Miguel Angel, ni Becerra, más sobrio y expresivo, ni Montañés, quizá el más sentido y poético de todos, ni Cano, último de estos maestros, pueden ponerse en parangon, aunque sea de léjos, con el Greco, Velazquez ó Ribera, ó bien, dentro de su propio arte, con las admirables estátuas del Pórtico de la Gloria, en Santiago, ó las no ménos admirables de Leon. La contienda de Berruguete con Felipe de Borgoña, en la sillería de Toledo, es muy instructiva en este punto. En cuanto á idea, á impulso genial y valentía, vence Berruguete, no obstante el amaneramiento de sus retorcidas figuras; miéntras que las de su competidor, son mucho más naturales y correctas, pero vulgares y frias. Ambos ceden, sin embargo, ante el maestro Rodrigo, autor del cuerpo inferior, mucho más puro y firme, y que les precede medio siglo. No parece sino que el Renacimiento fué todo lo contrario de lo que dice el nombre para nuestra escultura. Cierto que algunas cabezas de las casas consistoriales de Sevilla, de la Universidad de Salamanca, ó del patio de los Irlandeses y la fachada de Santo Domingo, en esta última ciudad, son excelentes; pero ¿quiénes son sus autores? Los que se conocen, extranjeros. Además, cuando el genio de un pueblo no puede ya acometer la estatua, empresa capital de este arte, todavía guarda brio suficiente para la escultura decorativa, de que podemos presentar bellos ejemplares, sin duda. Pero

—debe repetirse una y mil veces—en punto á estatuas, para hallar entre nosotros cosa comparable con las obras clásicas extranjeras de la época cristiana, hay que buscarla ántes del siglo XV.

En la ante-sacristía (á que da ingreso una puerta y reja de buen gusto), y en la sacristía misma, se guardan algunas alhajas de interés: viriles, platos, cetros, reliquias, arquetas, etc. No es lícito olvidarse de la hermosa custodia greco romana, de Juan de Arfe, tal vez la más interesante que de este gusto poseemos, análoga á las de Sevilla, Valladolid y Sahagun, obras tambien del mismo renombrado artífice, como á la de Palencia, que lo es de él y de Benavente. Un cáliz esmaltado italiano, del XIV, el libro de la jura de los Obispos, con bellas filigranas y esmaltes del XV, y algun otro viril, deben tambien notarse.

El claustro, situado al S., y bastante desfigurado, es, segun Street, del XIV tambien y tiene bellas proporciones. Encierra, sin embargo, muchos sepulcros anteriores, en el primer estilo gótico, todavía inspirado de las tradiciones románicas. ¿Será, pues, el actual, una reconstruccion? Han de mencionarse asimismo la capilla de la Piedad, abierta en el ala de Poniente, y la del Cardenal, del XV, mucho mayor, dividida por una buena reja plateresca, alumbrada por dos ventanas, con vidrieras que se atribuyen á los maestros Santillana y Valdivieso, y emplazada delante de la Sala capitular, á la cual da ingreso. Toda esta parte, así como las de las sacristías y construcciones anejas, se hallan indicadas con suma inexactitud en el plano de Street, en otros puntos excelente.

Dos palabras, para terminar, sobre el exterior de este hermoso templo. Ya se ha hablado del ábside, casi único en su género, entre nosotros. La puerta del N. y la torre son las otras dos construcciones que conviene notar; pues la fachada principal, salvo la parte inferior del único y sencillo portal que en ella se abre, ha sido tan bárbara y anacrónicamente restaurada, en el estilo pseudo gótico, como la de la Catedral de Toledo. En cuanto al resto del edificio, desaparece tras de las construcciones posteriormente agregadas. Exceptúanse los pináculos y algo de las almenas y cubiertas, que se destacan á veces sobre lo demás; aquellos son robustos y severos, coronando los contrafuertes, decorados por una arquería del mismo gusto.

La indicada puerta del N., junto á la cual queda todavía una parte del crucero de principios del XIII, con sus canecillos románicos, es, sin duda, como afirma Street, una de las más bellas de nuestras iglesias, sólo comparable, dice, á las de Búrgos y Leon, quizá superiores, pero con cuya traza general guarda gran semejanza. Consta de un cuerpo inferior, con seis estatuas á cada lado; sobre este cuerpo, descansa una rica archivolta de otros tantos órdenes, ornamentada en sus cinco huecos con estatuillas, delicadísimas algunas; en el centro del tímpano, formado por esta archivolta y el dintel horizontal de la parte superior de la puerta, se halla el Salvador, sentado, dentro de su aureola; y tres fajas horizontales dividen el espacio restante en cuatro paños, ocupado por composiciones, cuyos asuntos son los usuales (la Cena, la Coronacion de la Vírgen, etc.). Todo ello presenta el gusto del XIV, salvo el pórtico del XV, que protege esta bella fachada, apoyado en sus contrafuertes laterales y coronado por una crestería con sus correspondientes pináculos. A igual época, segun todas las apariencias, pertenece el arco de tres centros que, por bajo del dintel, cierra la puerta y cuya forma y ornamentacion, así como las de las jambas en que descansa, no parecen compatibles con el estilo general de esta portada, á pesar de la respetable opinion del ya citado Street (al cual, empero, hay que recurrir siempre que se trata de nuestra arquitectura de la Edad media.) No es difícil hallar señales de los remiendos posteriores. Añádase que las esculturas, inferiores tal vez á las de Búrgos y Leon, como aquel asegura, son excelentes sin embargo y de semejante estilo, si bien hay quien censura el exceso de composicion con que el autor ha rellenado materialmente el tímpano, y en especial la faja inferior. ¡Qué distancia, con todo, entre esta superabundancia y el apelmazamiento de tiempos ulteriores; v. g. de la Catedral Nueva de Salamanca!

A cada lado de la portada de Poniente y sobre las naves laterales habia proyectada una torre; pero sólo la del N. O. se concluyó. Es gótica, sólida, prismática, de base cuadrada, con dos contrafuertes de igual figura en cada uno de sus frentes, cuyos ángulos decoran gruesos *crochets*, de corto pedículo, que á primera vista, por esta razon, tienen alguna semejanza con los adornos de bolas del XV; cada contrafuerte termina por robustos pináculos adornados de manera análoga, excepto los de atrás, que están almenados. Tiene dos cuerpos, á más de la planta baja (que forma una capilla, segun se dijo ya); y en cada cual de ellos, dos ventanas ojivales, separadas tan sólo por un pilar, adornadas con los mismos ganchos y coronadas por frontones. En su parte superior, los lienzos llevan una ancha faja de tracería gótica en relieve y sobre ella corren las almenas, cuya forma de prisma terminado por una pirámide, recuerda las arábigas y es comun en tantos otros monumentos españoles.

F. GINER DE LOS RIOS



SIR GUILLERMO SIEMENS (distinguido electricista)

LA DECLARACION, cuadro por Enrique Rasch



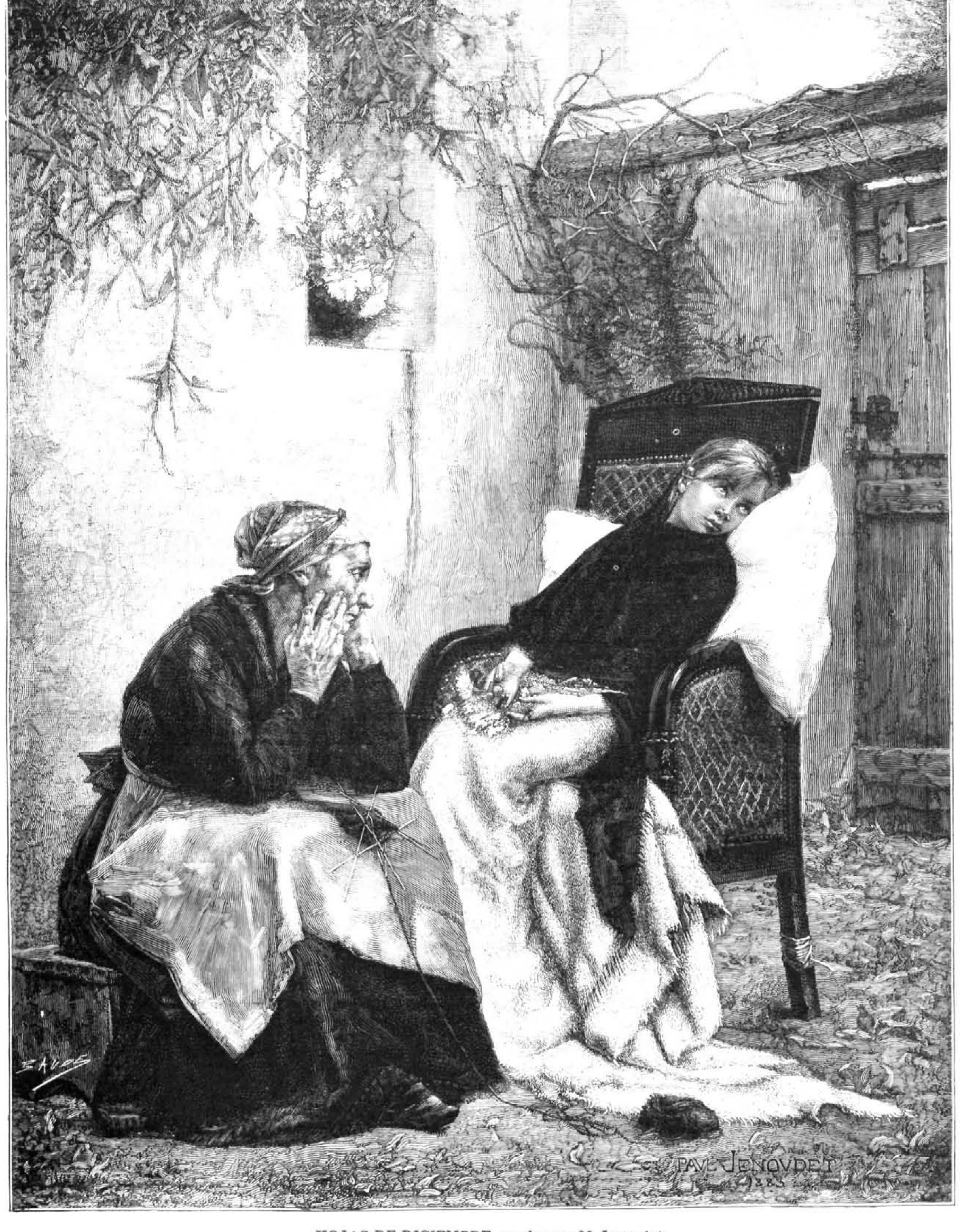
IMP. DE MONTANER Y SIMON



LA VENTA DEL CABALLO, CUADRO POR PUSZTAI

ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II — BARCELONA 10 DE DICIEMBRE DE 1883 — NÚM. 102




HOJAS DE DICIEMBRE, cuadro por M. Jenoudet

## SUMARIO



## REVISTA DE MADRID

Semana de regocijos.—El manto de púrpura de la Naturaleza.—La aurora boreal, un gobernador y D. Nicolás María Rivero.—El monumento de Isabel la Católica.—Porvenir del escultor Oms.—La via monumental de Madrid.—Cuentas del Gran Capitan.—Los estrenos de la semana.

¡Semana entera dedicada á fiestas y á regocijos!.... semana en que hasta los pobres acogidos en los establecimientos benéficos de la Diputacion Provincial han disfrutado comidas extraordinarias,.... semana en que el pueblo de Madrid se ha dado el placer de conmemorar el reinado de Isabel la Católica; y se ha hecho un ensayo de naturalismo en el teatro de Novedades, miéntras que en el de Lara los espectadores alfombraban el piso con billetes de Banco;.... semana feliz, semana pintoresca, que has resucitado á los antiguos alguaciles de casa y corte haciendo primero que se pasearan por Madrid con motivo de la proclamacion de la bula, y obligándoles despues á que se instalaran en la escalera del palacio del Ayuntamiento, y presenciaran reverentemente la subida de los dichosos de Madrid que habian podido lograr un codiciado billete y acudian risueños, engalanados, á la famosa recepcion del Municipio;.... ¡semana excepcional, yo te saludo!

Merecerias que el cronista usara pluma de oro y papel vitela para consignar sus impresiones; eres digna del frac y de la corbata blanca; te has hecho acreedora á cuartillas perfumadas, como los billetes de la funcion de gala en Apolo, y á que la péñola del revistero no se sumerja más que en un frasco de la reina de las tintas!

*
* *

Para hermosas tintas, la Naturaleza. Ella ha celebrado con toda esplendidez la importancia de estos dias. ¿Qué valen los programas de las corporaciones oficiales? Los gallardetes y las banderolas, los grandes cortinajes y los primorosos tapices.... ¡todo esto resulta insignificante, pobre, mezquino, en comparacion del manto de escarlata con que se ha cubierto el cielo durante las puestas de sol!

Ha sido realmente un espectáculo magnífico, que ha hecho palidecer de envidia á los carbones de la luz eléctrica.

—Sabíamos—han dicho los tales—que nuestro arco voltaico no podia ganar en hermosura al arco íris, tendido sobre un cielo negro y abarcando un horizonte inmenso; pero desconocíamos ese fenómeno crepuscular que se manifiesta por Poniente y que atrae las miradas de todos los madrileños.

Ese fenómeno no es más ni ménos que un alarde de la Naturaleza.

Las fuerzas naturales se reunieron en consejo.

La tempestad ofreció su música de truenos y sus fulgurantes rayos.

Eolo dijo:

—Yo silbo admirablemente.... ¿Desato los odres de mis vientos?

Los cefirillos ofrecieron sus caricias; y la atmósfera se brindó á decorar el firmamento con fantásticas colgaduras de nubecillas.

—Nada de esto—dijo el sol.—Yo presidiré las fiestas. Quiero que el príncipe aleman guarde memoria de la prodigalidad del sol de España, ya que él es tan buen *soldado*. Durante el dia alumbraré á la capital española con mi rutilante faz alegre y satisfecha. Y en las primeras horas de la noche les dejaré mi extenso manto purpurino descansando sobre las montañas de Occidente y llenando de acarminada luz un inmenso espacio del cielo. Entre tanto preparará su decoracion la noche con su manto negro tachonado de estrellas, y los madrileños se acostarán pensando en el brillante crepúsculo y preguntándose:

—¿Qué será eso?

Efectivamente: ¿qué es eso?—hemos preguntado todos.

Y como siempre sucede en semejantes casos, cuando se observan esos fenómenos inusitados en la atmósfera, mucha gente, no sabiendo qué título dar al luminoso espectáculo del cielo, lo ha bautizado con el nombre de *aurora boreal*.

No importa atribuir el Boreas á Poniente: el caso es hallar una denominacion científica á un suceso que tal vez no sea otra cosa que aglomeracion de vapores en la atmósfera, atravesados por los últimos rayos del sol que se ha hundido en el ocaso.

Si los espíritus de las personas que existieron presencian, desde la region en que se hallen, los fenómenos atmosféricos, el espíritu de D. Nicolás María Rivero debe de haber lanzado en vista de nuestro cielo purpurino una estrepitosa carcajada.

Y es que habrá acudido á su memoria la disposicion que tomó en caso análogo, hace diez ó doce años, cuando él era ministro de la Gobernacion en la tierra.

El caso fué sumamente chistoso.

Un resplandor rojizo apareció, como ahora, al anochecer, en el horizonte.

Y como entónces hallábanse al órden del dia las revueltas políticas, hubo un gobernador de cierta provincia que azorado y perplejo puso al ministro de la Gobernacion un telégrama en términos parecidos á éstos:

«Un vivísimo resplandor ha aparecido en el horizonte. Ignoro las causas. ¿Qué hago? Miéntras inquiero las causas, espero órdenes.»

El bueno de D. Nicolás se puso al habla con el gobernador en el telégrafo y le dijo:

—Eso que usted ha observado en el horizonte es un fenómeno atmosférico conocido por el nombre de *aurora boreal*; y es de tal naturaleza que siempre que se produce, presentan la dimision los gobernadores de esa provincia.

El gobernador dimitió en seguida.

Tal vez fuese muy perspicaz para las cosas de la tierra... Pero no se pueden ignorar de esa manera las cosas del cielo.

*
* *

Hemos inaugurado el mejor de los grupos estatuarios de esta corte.

Es un monumento dedicado á Isabel la Católica.

La reina se halla cabalgando en un caballo que si no fuera de bronce, temeríamos que echase á andar, en vista del movimiento, de la animacion y de la vida que el escultor ha sabido comunicarle. Isabel la Católica viste cota de malla, corona real y manto de pedrería: con la mano izquierda sostiene las bridas y ostenta en la derecha levantada al aire un cetro que remata en una cruz bizantina.

Caminan á la derecha de la reina el cardenal Mendoza vestido de hábitos y con el evangelio en una mano; miéntras que á la izquierda, un poco más adelantado que el cardenal, se ve la gran figura de Gonzalo de Córdoba vestido con traje de guerra. Todo el grupo descansa sobre una roca tambien de bronce, colocada en un pedestal de estilo árabe. Hay escudos alegóricos alrededor y en el frente que mira á Madrid se lee esta inscripcion en caracteres góticos:

A
ISABEL LA CATÓLICA
BAJO CUYO GLORIOSO REINADO SE REALIZARON
LA UNIDAD NACIONAL Y EL DES-
CUBRIMIENTO DE LAS AMÉRICAS.
EL PUEBLO DE MADRID
1883.

El autor del grupo y del pedestal es el notable escultor catalan Sr. Oms pensionado en Roma. Dicho artista revela condiciones excepcionales, y es una brillante esperanza de la patria.

Los cuatro pares de columnitas que sostienen el pedestal son sin embargo demasiado ligeras. Parece que se han de doblegar bajo el peso material y moral de la grandeza que sostienen.

Hacia yo esta objecion á un amigo mio, y éste me dijo:

—Es verdad; al parecer el pedestal es débil, endeble.. pero hay que fijarse en el estilo de las columnas.

—¡Estilo árabe!—dije yo.

—No, hombre, no: son ... columnas de Hércules.

—Y de la altura del pedestal ¿qué me dice usted? ¿No conviene usted conmigo en que el grupo se ostentaria con más majestad si estuviese á mayor altura?

—No digo lo contrario.... pero es que sin duda lo han hecho tan bajo para que el grupo estuviera al alcance de todas las inteligencias, y de todos los cortos de vista.

El grupo escultural tiene detalles preciosísimos. Es indudablemente uno de los mejores monumentos de Madrid; y el domingo último subia una procesion de gente Recoletos arriba, y al cabo de tres cuartos de hora de camino llegaba la comitiva al pié del grupo escultural como llega rendida una caravana del desierto al pié de una pirámide egipcia. Para que la ilusion fuese más completa quedaban aún sin destruir en el arrecife del paseo las construcciones de madera pintada y adornada con jeroglíficos, que se habian improvisado alrededor del monumento de Oms el dia en que se inauguró con la asistencia de la familia real española y del príncipe heredero de Alemania.

La estatua de Isabel la Católica se ha llevado muy léjos. Tiene por vecindad el Hipódromo y dos construcciones que cuando estén terminadas darán ciertamente importancia á la plaza en cuyo centro se eleva el monumento.

Estas dos construcciones son: la Institucion libre de enseñanza, y el palacio de la Exposicion Hispano colonial que se proyecta celebrar en 1855.

Además se van levantando por allí magníficos hoteles, casas desperdigadas ahora en el rojizo y árido terreno que envuelve á la capital de España. No cabe duda que aquello es el Madrid del porvenir; pero miéntras que dicho espacio se puebla, el brioso caballo de Isabel la Católica podrá servir de modelo á los caballos que corran por la pista del Hipódromo.

*
* *

Vendrá un tiempo en que el prolongado trayecto recorrido desde el paseo de invierno que se está trazando en las inmediaciones de Atocha hasta la plaza del hipódromo será la verdadera via monumental madrileña. La estatuaria exhibe en esa larga serie de paseos todos los géneros y todos los estilos: la horticultura con la fuente de la Alcachofa; las Bellas artes con la estatua de Murillo, colocada en frente del Museo de pinturas; el patriotismo, con el monumento del Dos de Mayo; la mitología con las fuentes de Neptuno, de las Cuatro estaciones y de la Cibeles en el Prado; y la historia de España con la estatua de Colon que pronto quedará empingorotada en la altísima columna que se está erigiendo frente á la Casa de Moneda, y la estatua del Marqués del Duero que antecederá al monumento de Isabel la Católica á poca distancia del obelisco de la Fuente Castellana.

Como se ve nos ha entrado el buen gusto por las estatuas. ¡Ya era hora! Madrid ha sido en otros tiempos la capital de Europa que ménos monumentos conmemorativos tenia.

*
* *

¿Quereis saber quién ha estrenado el grupo escultural de Isabel la Católica?

Dos timadores.

Acompañaron todo el dia á un individuo recien llegado de Guadalajara.

A la caida de la tarde le invitaron á visitar el grupo de Oms.

¡Cómo era posible que un hijo de la histórica Guadalajara pasase un dia en Madrid sin ver á Isabel la Católica!

Llegaron allí: era ya de noche. El desprevenido provinciano abrió su cartera, y 6000 reales en billetes pasaron en presencia de la gran Isabel á los bolsillos de los timadores.

Luégo echaron á correr.

El prójimo de Guadalajara se quedó solo.

Gritó, voceó, acudieron guardias....

En resumidas cuentas, el provinciano al contar su dinero se encontró con que los timadores le habian hecho las cuentas del Gran Capitan.

Pero lo hicieron con todo el aparato que el argumento requiere.

¡Lo habian llevado al pié de la estatua de Gonzalo de Córdoba!

*
* *

Estrenos teatrales de la semana:

*Fatinitza.* (Se escuchó con agrado, pero no entusiasmó. Nadie niega que la música es como toda la de Suppé, deliciosa; pero el público del teatro Circo de Price está encariñado con Boccaccio y la Mascota. No les saqueis de ahí. *¡Boccaccio for ever! ¡Mascota* ó la muerte!)

En Novedades, *L'Assommoir.* (Exito de curiosidad más que otra cosa. Asistió el público que va á todos los estrenos; escritores, poetas, artistas, literatos, críticos.... Todos se saludaban, todos se conocian.

A quien no se conoció fué á Zola.

¡Estaba á muchos miles de leguas de distancia!)

PEDRO BOFILL

Madrid 7 diciembre de 1883.

## NUESTROS GRABADOS

### HOJAS DE DICIEMBRE, cuadro por M. Jenoudet

Hay hojas que el huracan arranca de los árboles que echan sus raíces en la tierra, y hay otras hojas que la muerte arranca del árbol de una vida que echó raíces en nuestro corazon. Una de estas últimas hojas está próxima á caer.

¡Pobre niña!... Apénas sintió sobre su frente el sol de la esperanza, gracias si su inconsolable abuela la conduce á que la bañe el pálido sol de invierno, ese sol que, con ser tan breve, durará probablemente más que la existencia de la enferma.....

El cuadro de Jenoudet impresiona tristemente: en él todo muere; en el horizonte el dia, en el árbol las hojas, en las manos de la niña las flores, en la enferma el porvenir que empieza, en la anciana el pasado que desaparece, dejando por toda huella una lágrima de fuego.....

Todo muere en este cuadro, símbolo de cuanto vive; pero no todo muere igualmente. El árbol despojado de sus hojas en diciembre, recobrará nuevas hojas en mayo; las flores que mueren de frio son sustituidas por otras flores que el calor fecunda..... Unicamente para esa infeliz anciana se muere enteramente la humana flor á cuya agonía asistimos; flor delicada para la cual nunca existió la primavera, boton helado en su tallo aun ántes de envanecerse con sus colores y con sus aromas

El autor de ese cuadro debe haber renovado muchas heridas: su triunfo, como muchos otros triunfos ménos inocentes, debe haber costado muchas lágrimas.

### ¡MIAU!... cuadro por G. Wertheimer

Las niñas se sienten inclinadas á los gatos: Dios nos libre de suponer, como algunos, que es por simpatía de temperamento.

¿Acaso las mujeres arañan? Hay quien contesta en sentido afirmativo. Las mujeres que saltan al rostro del que bien las quiere, no son mujeres como las demás, sino arpías á quienes el diablo permite tomar aquella forma.

Seamos justos: del mero hecho de que esa pobre niña haga buenas migas con su gato ¿se ha de desprender lógicamente que trate de aprender sus mañas? Nosotros creemos todo lo contrario; la desgracia de muchas mujeres no consiste en ser gatas, sino ratones que tienen la debilidad de simpatizar con felinos traidores.

Dejemos que esa hermosa niña juegue tranquilamente con ese animal, que tal vez sea el único sér que se presta á recibir sus caricias; pero advirtámosla caritativamente el peligro que corre, si no vigila los menores movimientos de su pequeño tigre.

**DELICIAS DE LA MATERNIDAD,**
**cuadro por Conrado Kiesel**

La maternidad ha sido y será fuente de inspiracion para todo artista amante de lo bello en la forma y en el fondo. Por lo mismo que es un sentimiento purísimo que da lugar á múltiples manifestaciones, hay buen número de cuadros que, con expresar el mismo asunto, difieren en su ejecucion segun la manera de sentirlo sus respectivos autores.

Pocas veces, sin embargo, alcanza la ejecucion un éxito tan completo como el obtenido en el cuadro que hoy publicamos. La pureza del sentimiento maternal trasciende á la belleza física de la jóven madre; la dicha de que se halla poseida resplandece en la dulcísima expresion con que se fija en el hijo de sus entrañas. Contemplando á esa mujer se participa en algo de su felicidad; es una obra de propaganda que vale tanto ó más que un tomo de disertaciones acerca las delicias del hogar. Y no es chanza: esa mujer es jóven y hermosa; puede disfrutar del mundo, brillar en sus fiestas, ser la envidia de otras mujeres, que es el *summum* de las vulgares aspiraciones femeninas... Y sin embargo, renuncia, más que renuncia, olvida por completo lo que ántes fué su mayor deseo y no concibe la existencia del placer allí donde su hijo no se encuentra al alcance de sus miradas.

¿Quereis curar á la mujer del mal de frivolidad y coquetería, que son, por lo general, los dos puntos flacos en donde las muerde la serpiente? Hacedlas madres: la maternidad las trasformará.

**BUSTOS ROMANOS; de pórfido**

Estas dos obras de arte, labradas en hermoso pórfido rojo y existentes en el Palacio real de Madrid, proceden de las excavaciones de Herculano, que como nuestros lectores no ignoran, fué una de las ciudades sepultadas por las cenizas arrojadas por el Vesubio durante la famosa erupcion del año 79. Ambos bustos son sin duda los de dos caballeros romanos de los primeros años de la época cristiana, y en el modo admirable con que están esculpidos así como en la expresion que el artista ha sabido comunicar á la dura piedra, se revela la pericia y maestría de los escultores romanos de aquella época, que tan bellos ejemplares nos han legado de su arte.

**UNA CONFIDENCIA, dibujo por J. Scheurenberg**

Cuando dos lindas jóvenes se retiran al perfumado retrete de una de ambas, y se entregan en él con cierta fruicion á la lectura de un billete comentando sus frases con placentera sonrisa, ¿de qué podrá tratar este billete? ¿Qué mano habrá escrito sus líneas? No creemos equivocarnos al asegurar que de diez veces, las nueve estarán trazadas por algun entusiasta galan, y el texto inspirado por el pícaro cieguecito. Y que en esta ocasion es así, no cabe dudarlo, pues el artista parece haber cuidado de darlo á comprender á juzgar por los amorcillos que tapizan las paredes del fondo. La confidencia de la amiga recien llegada es pues amorosa: que el apasionado autor de la carta debe esperar lisonjera correspondencia tampoco parece dudoso, pues el efecto producido por sus frases no es de burla, sino de agrado, de esa satisfaccion que hace sentir á una muchacha la deseada conquista. Sólo falta que la amable confidente sepa aconsejar á su amiga lo que verdaderamente le convenga en tan árduo asunto, escollo más trascendental de lo que parece; pues ¡cuántas inexpertas jóvenes han tenido que deplorar amargamente las consecuencias de una confianza mal depositada!

**TRICICLO ACUÁTICO**
**en el que M. Terry ha cruzado el estrecho de Calais**

A fines de julio último se aventuró un osado velocipedista inglés, M. Terry, á efectuar la travesía del estrecho de Calais en un triciclo de su invencion. Hé aquí en qué términos da cuenta de tan arriesgado viaje un periódico técnico titulado *The Bazaar:* «M. Terry salió de Dover á las nueve de la mañana y llegó á Calais ocho horas despues. La distancia en línea recta es de unos 32 kilómetros, pero teniendo en cuenta el movimiento de la marea, debió de ser mayor. Basta fijar la vista en nuestro grabado para comprender la construccion particular de la máquina. Las ruedas ofrecen marcado contraste con el ligero aspecto habitual de los triciclos. En lugar de llantas de acero hueco guarnecidas de cautchuc, las llevan de más de un pié de profundidad y de diámetro casi igual: al parecer son de cautchuc y están reunidas con barras. En su circunferencia exterior presentan salientes que forman á modo de paletas como las de un buque de vapor: esta llanta está fija á un aro de hierro plano unido al eje por medio de fuertes rayos. Las dos ruedas constituyen así una máquina de doble accion, y están puestas directamente en movimiento por el eje, acodado en sentido inverso, disposicion que puede ofrecer algun reparo cuando se trata de un triciclo comun, pero que es muy conveniente en este caso particular. La ruedecita posterior hace las veces de timon.

»La flotacion de las ruedas es considerable, y más que suficiente para sostener el peso de una persona, de suerte que ésta no corre riesgo de ahogarse, consideracion que no deja de ser atendible, pues aunque el triciclo se volcara, el viajero puede flotar asido á él. Naturalmente, conviene más en las aguas tranquilas, pues creemos que un viajero sorprendido por un temporal se hallaria en situacion poco envidiable, áun cuando, dada la distancia que media entre las ruedas, no dejaria de estar aún en seguridad.

»Tal vez no esté lejano el dia en que se celebren carreras acuáticas, como hoy se celebran las terrestres.»

**VIAJE DEL PRÍNCIPE FEDERICO GUILLERMO**
**á España**

Segun anunciamos en nuestro penúltimo número, acompañamos al presente, en vez de la acostumbrada lámina suelta, otras cuatro páginas de grabados que representan vistas y episodios alusivos á dicho viaje. Estos son la salida del príncipe aleman del puerto de Génova á bordo del *Prinz Adalbert;* tres dibujos referentes á la travesía; una vista general de la Alhambra de Granada, y la entrada de S. A. I. en Madrid.

---

## EL PREMIO GRANDE

POR DON JUAN TOMÁS SALVANY

*(Continuacion)*

—Ya verás, es muy curioso el caso. Figúrate tú que se verifica el sorteo; que el susodicho sujeto mira su número en la lista y ve que nada le ha tocado.

—Pues, como á mí, todo ello me parece lo más natural del mundo.

—Espera. Figúrate, además, que en el momento de estar el aludido mirando su billete, una negra que no sabia leer y que jugaba tambien, le alarga otro billete, suplicándole que haga el favor de mirarlo.

—¿Y qué?

—En el acto ve el sujeto que á la negra acaba de caberle en suerte el premio grande.—Toma, dice, nada te ha tocado. Y le alarga el propio billete, que aún conservaba en la mano, quedándose con el premiado.

—Es, en efecto, un caso muy curioso y... muy infame!—observó Lucía.—Afortunadamente, estamos en Toledo, no en la Habana, y ni Miguel ni yo somos negros, á Dios gracias.

—Cierto; mas dime una cosa. No se trata ahora de Miguel, sino de cualquier sujeto parecido al de la Habana.

—Miguel es mi novio; sus intereses son los mios; todo engaño entre los dos seria necio; y sobre necio, ocioso.

—En circunstancias semejantes á las tuyas,—insistió Clara,—¿no te parece á tí fácil mandar primero el número, despues el décimo de un sorteo atrasado, y quedarse con el billete valedero, en el caso de resultar éste favorecido por la suerte?

—¿Y si por casualidad saliera premiado el número antiguo?

—El apuro no es mortal: se atribuye el caso á una equivocacion posible; y como quiera que el número valedero no fué premiado y el otro caducó, se hace inútil todo pleito; la cosa no pasa de una ilusion desvanecida. ¿Viste bien si tu décimo pertenecia al sorteo de Navidad?... Lo natural es no mirar sino el número.

Lucía, apurada la paciencia, se levantó sin contestar, y dando un portazo nervioso, abandonó la estancia.

¿Creereis que Clara se retiró ofendida, en la conviccion de que su amiga era sobrado necia y susceptible?..

### VI

Lucía, por su parte, habia quedado sumida en un mar de reflexiones. Su confianza en Miguel era ciega y áun algo más: era el dogma de su amor. Pero ¿quereis algo más firme, más invulnerable que el dogma religioso? Sin embargo, viene la impiedad; analiza, discute y acaba por negar ese dogma. Lucía tambien acababa de discutir con Clara el suyo, y á solas comenzó á analizarlo. Si no estoy mal informado, Maquiavelo es quien ha dicho: «Calumnia, que algo queda.» Fuesen calumnia ó no lo fuesen, todas las noticias y suposiciones relativas á nuestro jóven acabaron por mortificar á Lucía. Las noticias de Julia por un lado, las á un tiempo sándias y sutiles insinuaciones de Clara por otro, alteraron la constante serenidad de su espíritu, y pensó que era muy posible, no tratándose de Miguel, sino de cualquier otro, tomar por encargo ajeno un décimo de la lotería, quedarse con él y con el premio si le correspondia alguno, enviando á la persona interesada primero el número, despues el décimo de cualquier sorteo atrasado, puesto que por lo regular nadie lee un billete de la lotería como si fuera un libro, una carta ó una cuenta, y todos solemos limitarnos á mirar el número. Pensó, además, que en el caso de notarse el cambio ó de figurar, por una rara coincidencia, en la lista de los premiados el número del décimo no valedero, fácil era salir del apuro diciendo:—Me he equivocado mandando un décimo por otro; ahí va el nuevo y verdadero. Todo este juego, que Lucía no osaba, por amor á Miguel, calificar de estafa ni de *timo*, consistia en correr sin peligro el albur de que el interesado notara ó no notara la antigüedad del billete, albur tanto más fácil de arrostrar cuanto mayor fuese la confianza de la persona engañada. En fin, si ni Julia ni Clara mentian, ¿á qué cerrar Miguel su bufete? ¿A qué gastar nada ménos que quince mil duros en alhajas? ¿De dónde procedian aquella leontina y aquel reloj de oro que Lucía en su amante distraccion no reparara? ¿Y aquella íntima amistad, aquellos largos párrafos con la señora del ministro, con una casada? ¿Seria Miguel un libertino? Todo eso y mucho más pensó Lucía, involuntariamente, sin atreverse á ofender á Miguel con la confirmacion de tales pensamientos.

—¡Bah! ¿Quién hace caso de chismes?—concluyó. ¿Quién falla un proceso sin oir al acusado? ¿Necesito, no desvanecer dudas que no abrigo, necesito, sí, tranquilizarme? Pues el mejor recurso para ello es apelar á la lealtad de Miguel. Que venga; le interrogaré y él me devolverá la calma.

Más sosegada con esta decision, escribió al jóven que deseaba verle cuanto ántes, para tratar asuntos de los cuales dependia la felicidad de ambos.

Trascurrieron tres dias sin que Lucía volviera á ver á Clara que, dándose por resentida, se habia encerrado en su casa.

En cuanto á Miguel, léjos de acceder á los deseos de su novia, contestó con una extensa carta despidiéndose para Lóndres, adonde sin pérdida de momento le obligaba á trasladarse un asunto del mayor interés, superior á su voluntad, y del cual dependia tambien la felicidad de ambos. Se lamentaba en sentidas frases de no serle posible ver á Lucía ni á D. Justo ántes de partir, y procuraba tranquilizar á la primera, diciendo que en breve volveria para no separarse jamás de su lado, para llevarla al altar, hacerla venturosa y recibir de ella á su vez la ventura tan necesaria á su existencia.

Con semejante carta subieron de punto las confusiones de Lucía, y si no llegaron á convertirse en vehementísimas sospechas, fué porque habiéndola leido, releido y analizado palabra por palabra, vió que, salvo una reserva inexplicable, salvo la clave de lo que no comprendia, aquella carta, desde la cruz á la fecha, rebosaba amor, sinceridad y un sosiego de que no goza la conciencia del malvado.

Los hombres de talento,—pensó Lucía,—tienen la facultad de fingir maravillosamente aquello que no sienten. Pero no, Miguel es bueno, estoy segura de ello; aquel semblante, aquella mirada no mienten, ¡no pueden mentir!

Lucía puso en conocimiento de su padre el repentino viaje de Miguel, y D. Justo acogió la noticia con viva curiosidad.

—¿Y no explica el objeto?—preguntó.

—Ni una palabra.

—Es extraño. Sin embargo, apostaria á qué ese viaje no es ajeno á tu próxima boda.

—Así lo espero,—respondió Lucía.

Y ambos variaron de conversacion.

Miguel escribia con irregularidad, mas tambien con extension. Daba minuciosos detalles de los sitios que iba recorriendo; describia con acertada diccion las maravillas y singularidades de la capital de la Gran Bretaña, luciendo en comentarios y descripciones sus conocimientos universales y su claro entendimiento, sin hablar palabra del objeto de su viaje, ni de cosa capaz de evitar á Lucía la confusion en que se hallaba.

Ella le escribia tambien, respetando la reserva del jóven, pues tenia sus motivos para no tratar desde léjos y por cartas, una cuestion que para siempre habia de quitarle ó devolverle el grano de felicidad homeopática que el cielo se dignara otorgar á los mortales. Sólo una vez se atrevió á levantar una punta del velo preguntando á Miguel la causa de tal viaje á Lóndres; mas fuese que en realidad se distrajera ó que juzgase oportuno hacerse el distraido, Miguel pareció no haber reparado en la pregunta.

Lucía entónces resolvió callarse y esperar, una vez que el jóven le aseguraba su próximo regreso, añadiendo que sus asuntos marchaban viento en popa.

¡Ay! el que espera desespera, y eso le ocurrió á Lucía: no pudo evitar cierto inquieto frenesí, con alternativas de profunda melancolía, de la que no bastaban á sacarle los mimos de Clara, quien reconociendo su indiscrecion, se habia reconciliado con ella y desvivíase en su obsequio. D. Justo advirtió el estado de su hija y atribuyó lo primero á la ausencia de Miguel, mas luégo hubo de recelar mayor motivo, y al fin la interrogó. En vano quiso Lucía eludir la explicacion: acosada por su padre, y á fuer de buena hija, confesóle sus temores; dióle á leer la carta de Julia; refirióle detalladamente las indiscretas insinuaciones de Clara, y manifestó sin rebozo la necesidad de saber á qué atenerse.




¡MIAU!.. cuadro por G. Wertheimer



DELICIAS DE LA MATERNIDAD, cuadro por Conrado Kiesel

—¡Diantre!—profirió D. Justo.—Si no se tratara de un muchacho como Miguel, de una tonta como Clara y de una aturdida como Julia, confiésote que me alarmaria. Por de pronto, lo de la lotería, si bien cabe en lo posible, es tan excepcional, que lo considero un solemne disparate. En cuanto á la carta de Julia, si ésta no ha tergiversado las cosas, ya es harina de otro costal.

Lucía suspiró.

—Con todo,—repuso D. Justo,—á Miguel le creo un hombre honrado y sério. ¿Se ha encerrado en una incomprensible reserva? Sus motivos tendrá. No, aquella mirada noble y leal, aquella sonrisa franca, no son un antifaz hipócrita; te confieso que de lo contrario me llevaria un solemne chasco. Sobre todo, hija mia, opino que no debes preocuparte ántes de tiempo; para llorar nunca es tarde. Tengamos un poco de paciencia; esperemos el regreso de Miguel, y si él no habla en seguida, entónces seré yo quien le hable gordo. ¡Qué diantre! Ya no puede tardar...Ese muchacho al fin no es ningun Creso, ni siquiera un Salamanca, para pasarse media vida en la ciudad más cara de Europa.

Pena confiada es media pena: Lucía, un tanto más tranquila, volvió á sus ocupaciones ordinarias.

En cuanto á D. Justo, aunque procuró consolar á su hija, no las tenia todas consigo.

VII

Por aquellos dias, la suerte vertió una inesperada gota de néctar en el cáliz de nuestros amigos: sin saberse cómo ni por dónde, D. Justo, que llevaba siete meses de cesante, fué repuesto en su destino. La credencial llegó de la corte, sin más explicaciones que: *atendidos los servicios prestados*, etc.

Lucía se alegró por tres razones: primera, por su padre á quien idolatraba; segunda, por salir de Toledo, donde Clara, con la mejor voluntad del mundo, no dejaba de importunarla muchas veces; y tercera, por volver á Madrid, donde le seria más fácil entrar en averiguaciones respecto de Miguel.

D. Justo y su hija ordenaron, pues, la administracion de sus reducidos bienes, cerraron su casa de Toledo, y á la semana de recibir aquél su credencial, llegaron á Madrid instalándose provisionalmente en una fonda.

La primera entrevista de Lucía y Julia fué cordial. Echáronse una en brazos de otra y se besaron con efusion, la primera por egoismo, la segunda por rutina y por aturdimiento. Pasadas las naturales expansiones, Lucía dijo á Julia:

—¿Qué tal la reunion?..

—Muy animada; han presentado á mucha gente nueva; sólo nos faltabas tú.

—¿Sabes algo de Miguel?

—Lo que te dije.

—¿Y la ministra?

—Tan campante. Apénas se acuerda de Miguel y le nombra raras veces. En cambio, cuando le nombra....

—¿Qué?

—Hace de él unos elogios....

—¿Se despidió de tí?

—¿La ministra? ¡Si no ha salido de la corte!

—No, Miguel.

—¡Ah! Sí, en casa estuvo una tarde. Nos dijo que marchaba á Lóndres.

—¿Nada más?

—Tampoco se lo preguntamos. Por cierto que iba guiando una hermosa berlina, con lacayito y todo.

—¿Suya?

—No, de Lázaro.

—¡Qué me cuentas!

—Lo que oyes. A propósito, ¿has visto una casita, modesta, pero muy linda, que están construyendo en la calle del Cármen?



BUSTO ROMANO DE PÓRFIDO, Palacio real de Madrid

—No he reparado.

—Tambien dicen que es de Miguel. Yo no lo creo.

La confusion de Lucía llegó al colmo.

—¡Casa y berlina!—pensó.—Ahora lo entiendo ménos.

— Lo dicho; nos va á dar una sorpresa,—profirió D. Justo al oir la noticia. Y añadió para sí:—¿Qué diantre de negocios habrá hecho ese chico?...

Lucía, cada vez más inquieta, tuvo una ocurrencia: visitar á la familia de Miguel, á ver si le daban alguna luz. Aunque, como era natural, vivian en buenas relaciones, no se veian sino de tarde en tarde á causa de los continuos cuidados que exigian la salud y los achaques de D. Fernando, padre de Miguel y de Rosa, al cual consagraba ésta la mayor parte de su tiempo. Rosa era el reverso de la medalla de Clara y de Julia: casi siempre metida en casa, ni frecuentaba la sociedad, ni tenia amigas con quienes murmurar, ni se le daba un ardite de cuanto ocurria de puertas afuera. Dotada de entendimiento claro, de bondadoso corazon y de modestia suma, al conocerla, habia simpatizado con Lucía á la cual queria ya fraternalmente; jamás veia una lástima sin compadecerla y era incapaz de chismes ni de envidia. Al ver entrarse á Lucía por las puertas de su modesta habitacion, le dijo alborozada:

—¡Qué gusto! ¡Tú por acá! Te hacíamos en Toledo.

Lucía refirió en breves palabras la reposicion de D. Justo y el regreso de ambos á Madrid.

—¡Cuánto me alegro!—repuso Rosa.

—¿Y tu papá?—preguntó Lucía.

—Algo mejor de su gota. Ahora entraremos; se alegrará mucho de verte.

—Tambien yo. ¿Y Miguel?

—Ya lo sabes; está en Lóndres. Escribió ántes de ayer diciendo que en breve nos dará un abrazo.

Lucía se hallaba perpleja y vacilante: no sabia como dar á entender á Rosa que casi desconfiaba de su hermano. Tendió la mirada por la habitacion y nada vió en ella que revelara un cambio de fortuna.

—Te encuentro así, como triste,—le dijo Rosa. ¿Te contraría la vuelta á Madrid?

—De ninguna manera.

—Pues ¿qué te pasa?

—La verdad, me preocupa...

—¿La ausencia de Miguel?

—No, la ausencia precisamente, no; el motivo de su viaje. Nada me ha dicho.

—¿Querrás creer que tampoco papá ni yo lo sabemos? —respondió candorosamente Rosa.

—Algo os diria.

—Sí, nos dijo que de su viaje dependia la felicidad de todos, incluyéndote á tí; no te olvidó.

—¿Nada le preguntásteis?

—Mil cosas; y nos contestó que no le mortificáramos, que nada podia responder y que á la vuelta lo sabríamos todo. ¡Ya se ve! Como papá está embobado con él, y á mí me ocurre otro tanto, y Miguel es el alma de esta casa, nos quedamos con nuestra curiosidad.

—¿Es cierto que ha cerrado su bufete?

—Sí, unos dias ántes de partir; pero yo espero que vuelva á abrirlo. Por cierto que, al cerrarlo, se compró un reloj y nos entregó diez mil reales, importe de un pleito, segun dijo. El pobre siempre se sacrifica por nosotros.

—Me han asegurado que se está haciendo una casa.

—¡Una casa! Como no sea de carton!.. ¡Vaya una ocurrencia!

—Yo sé que Miguel tiene dinero, mucho dinero, se aventuró á decir Lucía.

—¿Te lo ha confesado?

—Lo sospecho.

—No sé. Él jugó á la lotería de Navidad. Como no le tocara el premio grande... Pero ¡quiá! nos lo hubiera dicho. ¿Quieres que entremos á ver á papá?

—Vamos.

Segun se ve, Lucía nada pudo poner en claro. Por un lado la tranquilizaban las fáciles y sencillas respuestas de Rosa, sobre todo el que ésta ni siquiera sospechara de su hermano; por otro lado, la preocupaba un poco lo del premio grande, cuya posibilidad manifestara su futura cuñada, aunque sin creer en ella.

—Si vuelve, ya no puede tardar; esperemos,—se dijo con resignacion.

*(Concluirá)*

EL FONDO DEL VASO

Puse el vaso sobre mi mesa, llenélo de agua hasta los bordes. El líquido cayó sobre el cristal entre espumas de nieve y burbujas del color del íris. Mil puntos luminosos, como estrellas de un cielo microscópico, chispearon al través de las facetas ovaladas del vaso, que, como huellas de dedos, formaban en el fondo un capullo de hojas plateadas.

Poco á poco fué quedándose tranquilo aquel lago de cuatro pulgadas, sobre cuya superficie rielaba el resplandor de mi bujía, como una luna melancólica y temblorosa.

Y, por fin, dejáronse ver á lo largo de las paredes exteriores del pálido cristal gotas diamantinas, semejantes á lágrimas, cuajadas y suspensas allí por un soplo del viento.

Voraz sed abrasaba mis entrañas y hacia chasquear secamente la lengua dentro de mi boca. Apliqué con afan los labios al consolante refrigerio, y, de un sorbo, me bebí hasta la mitad. No puedo definir exactamente lo que experimenté entónces; pero sí creo que se calmaron muchos de los fuegos pertinaces de mi espíritu.

Chisporrotearon, como para apagarse, los tizones de las ansias de la fiebre, que producen las pasiones. Un humo fuerte y acre ascendió, en retorcida columna, hácia mis ojos, por cuyas pupilas ensangrentadas asomaron, como entre brumas, los relámpagos del llanto. Glorias, ambiciones, sueños, amores, encantos, deseos, esperanzas, afectos, ilusiones, pasaron unos tras otros, extinguiéndose por mi mente oscura, como esas hormigas de oro que corren locamente, hasta desaparecer, sobre un papel que se quema.

Trascurrió breve rato; y otra sed, más intensa que la anterior, apretó mi garganta. Llevé de nuevo el vaso á mis labios, y, de otro sorbo, agoté la otra mitad de agua que quedaba. Sentí, con este segundo refrescante, desvanecerse todos aquellos sentimientos indefinibles que, esperando un sér y una forma, andan vagando en el

cáos de nuestra inteligencia. Deliquios, embelesamientos, fantasías, caprichos, idealidades, imaginaciones, arrebatos, instintos, maquinaciones, antojos, se deshicieron rápidamente en el espacio del cerebro, como fuegos erráticos que se alejan y se descomponen bajo la bóveda azulada de la noche.

Por último, una sed más tenaz, más punzante, más calcinadora, derramó en mis pulmones un hálito ardiente como el de un horno. Yo me ahogaba, me retorcia convulsivamente, y tendí mis manos al vaso, pidiéndole consuelo. En el fondo aún existia una levísima laminilla de agua; volqué el vaso de lleno sobre mi boca repetidas veces; pero ¡ay! siempre quedaba allí algo brillante, terso, escurridizo que escapaba á mis afanes.

La sed, entre tanto, crecia, se extendia por todo mi sér, abrasaba todo mi organismo: nervios, venas, huesos, carnes, músculos, vísceras y entrañas. Aquello era estar sumergido en una hoguera hecha con el incendio de cien ciudades juntas; era haber naufragado en un océano de fuego.

¡Agua! ¡agua! gritaba yo; y una y otra vez vaciaba la botella en el vaso y éste entre mis fauces caldeadas. Mas, siempre, siempre, una gota imperceptible temblaba en el fondo, me miraba como un ojo lejano, se sonreia como una cara vista bajo un lente burlesco.

Yo clavaba allí mis miradas; y aquella diminuta perla aplastada, aquella cascarilla de nácar, me fascinaba, me mareaba como el fondo de un abismo. No sabiendo qué hacer, furioso, desesperado, arrojé el vaso contra el suelo. Cuando alcé los cascos rotos, aún estaba en el fondo la gota; pero era sólo una ampolla de aire interceptado en el cristal.

¡Aquel infinito de mis ansias era un desperfecto de fabricacion!

JOSÉ DE SILES



BUSTO ROMANO DE PÓRFIDO Palacio real de Madrid

## LOS VOLCANES

A la catástrofe de Ischia ha seguido el cataclismo de la isla de Java. Segun dicen los periódicos, en la bahía de Lampond la destruccion ha sido completa en una extension de 8 kilómetros. La lava invadió de tal modo el rio Jacatana que las aguas se abrieron nuevo cauce. La isla de Anius se inundó enteramente: en parte la de Midah; y en las de Baby y Tjiribon perecieron todos los habitantes. El Estrecho de la Sonda no es navegable ya por los mismos parajes que anteriormente; porque el fondo ha variado en la conmocion de la isla de Krakatoa. Las undulaciones del agua del mar producidas por el hundimiento de tantas islas se propagó hasta Borneo. El número de muertos de resultas del espantoso cataclismo se estimó al principio en 30000:.... despues algunos periódicos lo han hecho ascender hasta 100000!!

* * *

Un oficial de la marina francesa, Mr. Delauney, fundándose en los movimientos de Júpiter y de Saturno, presentó á la Academia de ciencias de Paris en 1877 y 1879 trabajos acerca de los terremotos, anunciando grandes sacudidas terrestres para abril ó mayo de 1878, para 1883, para 1886, y para otras épocas tambien en lo que resta de siglo. Y sucedió que precisamente el 2 de mayo de 1878 hubo violentos temblores de tierra en Alsacia y Suiza; el 10 y los siguientes dias en las islas Sandwich; y el mismo 10 en Perú, Bolivia y casi toda la América del Sur; algunos tan violentos que la ciudad de Iquique quedó totalmente destruida. En 1883 han ocurrido los desastres de Ischia y de Java.... ¿Ocurrirán tambien los predichos para 1886, y anunciados como inmensamente más destructores que los recientemente ocurridos?....

La Academia de ciencias juzga coincidencia pura el cumplimiento de las predicciones (?) del marino Delauney; quien, fundándose en que el acaso está á su favor insiste en sostener sus terribles vaticinios para 1886; pero los hombres dedicados á esta clase de estudios continúan creyendo que no hay aún ciencia seismológica; que no existen fundamentos de prediccion; que tal vez haya algo de verdad en las influencias cósmicas, especialmente en la sospechada accion de las manchas solares; pero que al enfriamiento terrestre, y á las demás causas telúricas que son su consecuencia ineludible debe atribuirse la naturaleza de tan terribles fenómenos, introduciendo convenientemente en la explicacion la teoría de los volcanes.

* * *

Cuando un volcan está en actividad, y durante la erupcion, hay convulsiones del suelo, y á veces terremotos horribles. Ahora bien, ¿todos los movimientos del suelo dependen de los paroxismos volcánicos?

No, sin duda. La corteza terrestre aparece repetidamente plegada en terrenos no conexionados con las regiones volcánicas, y la geología no deja la menor duda acerca del particular. Enormes alteraciones de terrenos se han verificado este siglo en Caracas y en el Valle del Missisipi, produciendo permanentes cambios en la antigua hidrografía; y, sin embargo, nadie ha intentado probar que tales dislocaciones están relacionadas con las energías de los volcanes.

Pero, si no todos los pliegues, anfractuosidades y movimientos del suelo pueden ser atribuidos á las fuerzas eruptivas ni áun siquiera en la mayoría de los casos, apénas es concebible la erupcion de un volcan, sin temblores de tierra ó terremotos terribles. Y hé aquí por qué la seismología no puede prescindir de la teoría de los volcanes.

* * *

¿Cómo no ha de haber convulsiones espantosas en un suelo que se abre; de donde brotan vapores en cantidades inmensas; de donde salen rios de rocas fundidas, nubes de escoria y de cenizas, agua hirviendo, y moles de lodo, todo en masas enormes capaces de formar montañas; ó donde se hunden islas, se ciegan estrechos y se disloca el fondo de los mares?

En 1538 se elevó á la altura de 440 piés en 48 horas el Monte Nuovo sobre el Lago Lucrino, despues de padecer durante dos años continuos temblores todo el territorio de Nápoles. En 1669 se agrietaron los flancos del Etna; y, á través de enormes aberturas se levantó el Monte Rossi hasta la altura de 450 piés. En 1759 se alzó en el valle de Méjico hasta 1700 piés el Cono de Jorullo, cubriendo con sus lavas cerca de 3 millas y media. En los dos años de erupciones del Skaptaa Iokul (Islandia) la lava corrió en una direccion 50 millas, y 40 en otra, con anchos respectivamente de 15 millas y de 7, y un espesor medio de 100 piés, que llegó hasta 600 en algunos sitios..., vomitando una cantidad tan considerable de materias eruptivas que hubieran podido sepultar á Lóndres bajo un cono tan alto como el Pico de Tenerife. En 1815 las erupciones del terrible Tomboro en Sumbava (islas de la Sonda) fueron más que suficientes para formar 3 montes nada ménos que del tamaño del Mont-Blanc. ¿Qué son, pues, comparadas con estas formidables eyecciones, las más violentas descargas del Vesubio, que sólo ascienden á un millon, ó millon y medio de metros cúbicos?

* * *

Los volcanes, en general, ocupan determinada posicion. Hállanse situados al lado del mar ó de considerables masas de agua; y los hoy extinguidos lo estuvieron en la vecindad de antiguos lagos ó de brazos ahora en seco de Oceanos primitivos. Por manera, que esta especialidad de situacion hace ver claramente que los pliegues y las dislocaciones del suelo en la inmensidad de los terrenos no emplazados junto al mar, no han podido en modo alguno depender de las fuerzas eruptivas.

* * *

Las erupciones consisten en torrentes de rocas derretidas (flúidas ó pastosas); en la violenta eyeccion de nubes de escorias y cenizas acompañadas de grandísimas piedras; en torrentes de estos materiales mezclados con agua en cantidades tan enormes que Las Moyas (así se llama en los Andes á estas erupciones de lodos) cubren á veces valles enteros y hasta tuercen el curso de los rios; en masas inmensas de vapor de agua, acompañadas de otros gases; y en imponentes chispas eléctricas, verdaderos relámpagos, observados ya por Plinio.

* * *

¿De dónde procede el considerable calor que funde las rocas eruptivas? ¿Porqué estas rocas están constituidas por determinados cuerpos, áun en las regiones más distantes? ¿De dónde procede la inmensa cantidad de agua que, especialmente en forma de vapor, aparece en las erupciones volcánicas? ¿Qué origina los gases compañeros del vapor de agua? ¿Cómo se producen las manifestaciones de electricidad?

Estas grandes cuestiones entrañan otras, todas complicadísimas, que han ejercitado los talentos más poderosos de la época, Humboldt, Darwin, Daubeny, Scrope, von Buch, Lyell, Mallet....; de modo que la literatura referente á los volcanes es hoy muy rica, y las teorías emitidas muy numerosas, por haberse ido modificando las doctrinas primitivas al compás de los nuevos descubrimientos y de los últimos grandes adelantos; por lo cual no es obra fácil ni ligera desentrañar el definitivo Credo de los sabios.

* * *

Lo que con más facilidad ha recibido explicacion han sido las manifestaciones de la electricidad. Desde la invencion de la máquina hidro-eléctrica de Armstrong, se ha visto en los relámpagos de los volcanes una potente produccion de la electricidad de frotamiento en la escala colosal correspondiente á las más activas fuerzas de la naturaleza; y, con efecto, el roce de los glóbulos del vapor de agua con los demás materiales eruptivos da razon suficiente del un tiempo inexplicado fenómeno.

* * *

Pero ya no ha sido tan fácil dar cuenta de la composicion de las rocas eruptivas; por lo cual ha habido que elaborar cuidadosamente una hipótesis bastante compleja, conocida con el nombre de TEORÍA DE LA OXIDACION SUBTERRÁNEA.

Segun ella, á la profundidad de pocas millas, el interior de nuestro planeta contiene en abundancia los metaloides alcalinos, hierro y otros metales, azufre y sales de azufre; y, por consecuencia, ocurren dos clases de fenómenos.

La humedad del aire, y el aire mismo, generan lenta produccion de gases (nitrógeno, ácido carbónico, hidrógeno sulfurado....) que se elevan á la superficie del terre-

UNA CONFIDENCIA, dibujo por J. Scheurenberg

no, y salen en los manantiales y con las aguas termales; á veces á una temperatura muy superior á la normal.

Pero bajo el mar, y á lo largo de las costas donde los agrietamientos del fondo han de ser numerosos, el agua puede tener acceso hasta las sustancias metálicas y los metaloides; y generarse los fenómenos rápidamente y con enorme intensidad. El agua marina se descompone al contacto de esas sustancias: el agua cede su oxígeno á los metaloides: el hidrógeno liberado se combina con el azufre en parte, y en parte con oxígeno procedente de la atmósfera; fórmase hidrógeno sulfurado, y reconstitúyese agua. Así se aisla el ázoe, y éste puede ya salir libre ó constituir sal amoniaco con el hidrógeno y el cloro del agua marina.... etc., etc.

A grandes rasgos, esto es muy admisible; pero, cuando se trata de explicar casos concretos, la hipótesis de la oxidacion subterránea encuentra dificultades de gran consideracion.

* * *

Suponiendo grandes masas de vapor y temperaturas muy elevadas (que no hay dificultad en admitir puesto que el calor de muchas lavas ha podido fundir la plata) se tiene ya la potencia necesaria para explicar las erupciones. Una columna de lava de la altura del Pico de Tenerife puede ser equilibrada por el vapor á ménos de 500 grados; y, con temperatura de solos 350° ya puede adquirir el vapor la tension necesaria para lanzar, como el Vesubio, grandes piedras hasta tal altura que tarden 11 segundos en caer al nivel del cráter.

El vapor de agua en masas considerables tiene, pues, fuerza bastante para agrietar el suelo, conmoverlo, lanzar nubes de escorias y cenizas, llenar los tubos de los cráteres con rocas fundidas que estén subiendo y bajando en ellos segun las fuerzas del vapor y de los gases que lo acompañan; hasta que, al fin, cuando el vapor y los gases no puedan abrirse paso á través de las columnas de lava, hagan que estas rebosen por lo alto de cada cono, ó rompan los flancos de la montaña donde se han establecido los canales de la erupcion ascensional.

* * *

Pero la verdadera dificultad del problema no está en la explicacion de estos fenómenos, de importancia capital verdaderamente, aunque de segundo órden junto á la del orígen del calor, causa de la fusion de las rocas eruptivas y de la tension espantosa del vapor de agua y de los gases.

Las regiones volcánicas de los Andes revelan un vasto sistema de actividad subterránea; y con razon se atribuyen las perturbaciones de Las Cordilleras á un inmenso mar interno de roca fundida situado bajo una parte muy considerable de la América del Sur.

A medida que se baja al interior de la tierra la temperatura va aumentando: (un grado por cada 11 á 13 metros; que en esto hay variacion segun la clase de terrenos); y el calor á que los cuerpos han de estar sometidos á profundidades comparativamente pequeñas, habia hecho pensar á muchos geólogos que la corteza de la tierra no debería pasar de 60 millas ó 70. Darwin casi ha demostrado que el terreno volcánico de la América está cubierto de sólo una capa sólida de unas 20 millas de espesor. Pero, por otra parte, los trabajos matemáticos de sabios insignes, á cuya cabeza se hallan los de Hopkins, tienden á



TRICICLO ACUÁTICO
en el que M. Terry ha cruzado el estrecho de Calais

establecer que el espesor mínimo de la corteza terrestre ha de ser como de 1/5 del radio del planeta; es decir, como de 200 millas á 300; de manera que, para conciliar unos resultados con los otros, se ha llegado á sentar que los lagos subterráneos de materias fundidas deben hallarse en enormes cavidades contenidas en el grueso de la corteza terrestre, y situadas á profundidades del suelo de 20 millas como mínimo á 70 como máximo.

Así, pues, una porcion de materia MÁS FUSIBLE que la masa general del globo, existe en estado de fusion cerca de los mares, ó debajo de los mares, en oquedades inmensas ó inmensos recipientes subterráneos; aislados unas veces, y comunicantes otras entre sí por canales más ó ménos dilatados.

Pero ¿de dónde procede el calor que funde las rocas? De la enorme presion que las capas terrestres producen sobre estos lagos subterráneos de fundidos materiales; al cual se junta la temperatura de las reacciones químicas, no bastante por sí sola para explicar la magnitud de tan potente fusion.

Mas surge una gran dificultad. ¿Cómo á tan alta temperatura no se disocia el agua en sus dos elementos, hidrógeno y oxígeno? La objecion es tan atendible que, en efecto, ha obligado á admitir que los elementos del agua han de existir disociados en el interior de la tierra, y en un estado de grandísima densidad; de modo que no puedan combinarse sin un descenso de temperatura en la parte alta de las cavernas de esos inmensurables mares subterráneos. Pero, descendiendo la temperatura, entónces, asociados nuevamente, y convertidos en vapor de agua, darán lugar á las ligeramente indicadas reacciones químicas, y se abrirán paso hasta lo alto de los cráteres, solos, ó empujando las columnas ascensionales de lava, cuando su cantidad y su tension sean suficientes.

* * *

Así, pues,—calor procedente de la enorme presion de las capas terrestres sobre vastísimas cavernas henchidas de materias más fusibles que las del resto de la costra sólida de nuestro planeta;—calor, además, de las combinaciones químicas originadas por los elementos del agua con *esas sustancias fusibles y fundidas*;—y *tension enorme* del vapor del agua formado cuando sus elementos se asocian en un descenso de temperatura.... hé aquí, á grandísimos rasgos, los fundamentos de la teoría más aceptada para dar razon de la causa de los volcanes; de la ascension de las lavas hasta lo alto de los cráteres; de la composicion de los productos eruptivos; de los fenómenos de toda erupcion; y de los consiguientes cataclismos que los anteceden y acompañan.

E. BENOT



IMP. DE MONTANER Y SIMON



Salida del príncipe Federico Guillermo del puerto de Génova

VIAJE DEL PRINCIPE FEDERICO GUILLERMO Á ESPAÑA



Efecto del temporal



El príncipe en el puente del Comandante



Camarote de los corresponsales

Vista general de la Alhambra de Granada, tomada desde el Albaicin



Entrada del príncipe imperial de Alemania en Madrid




AÑO II — BARCELONA 17 DE DICIEMBRE DE 1883 — NÚM. 103

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL CAPITAN MOLENA, cuadro por F. Dinea

## SUMARIO



## REVISTA DE MADRID

Mi refugio contra el mal humor.—La plana de anuncios.—Compendio de la vida.—El llanto sobre un sombrero.—Arderius regenerador del arte dramático.—Muerte de *El roble herido*.—Gérmen de *La pasionaria*.

Cuando la baja temperatura me retiene soñoliento y perezoso junto á la chimenea; cuando recibo ingratitudes de algun amigo, ó surgen terribles desengaños en el curso de mi vida; en esos momentos de humor atrabiliario en que instintivamente sentimos el vacío dentro de nuestra alma; en esas horas tristes de la existencia en que parecemos sombras destinadas á purgar en este mundo faltas no cometidas, en que la naturaleza carece de encantos, y la buena música fatiga nuestro tímpano como si fuera insoportable ruido, y el mejor libro nos causa bostezos; en esos instantes en que consideramos la filosofía como fárrago insustancial é indigesto, y la astronomía nos parece hipótesis incierta, la geología una suposicion aventurada, la moral hipocresía, el arte convencionalismo; en que tenemos el sentido de lo bello tan embotado que nos comeríamos mondada la poética manzana de Páris y veríamos con gusto freirse la simpática alondra que vigilaba los amores de Romeo y Julieta de Shakespeare;.... cuando todas estas sensaciones desagradables me acometen, suelo hallar un eficaz lenitivo á mis pesares recorriendo con la vista indolentemente las accidentadas planas de anuncios de los periódicos.

Una seccion de esta naturaleza vale entónces para mí mucho más que una medicina y que un buen consejo. Hallo en ella lo que no encontraria en la distraccion más absorbente.

Una seccion de anuncios es una enciclopedia inagotable de hechos, de ideas, de recuerdos, de esperanzas, de todo cuanto germine y haya germinado en la mente y en el corazon humano.

Vida y muerte, risas y llanto, miseria y altivez, ciencia y charlatanismo, arte y rutina, nimiedades que parecen algo y *algos* que parecen *nada*, vicios sociales, recuerdos históricos, la humanidad entera, en una palabra, desde los antiguos tiempos hasta nuestros dias, se presenta estereotipada en aquel casillero de letras y de palabras á tanto la línea.

*
* *

Aquí una orla negra y una cruz en medio, seguida de un nombre y una serie de mundanales títulos, me recuerdan que la vanidad humana ni siquiera cede su imperio ante la tumba.

Allá una almoneda de muebles de lujo despierta en mí la idea de los adelantos de la industria. Y evoco el progreso y retrocedo á los antiguos tiempos, y asisto mentalmente á los ensayos, á los tanteos, á las vigilias que ha tenido que realizar el hombre para llegar á esa perfeccion de formas y de comodidades que ahora notamos en los muebles modernos. ¡Y luégo, las consideraciones filosófico-morales á que se presta la tal almoneda!.... ¡Qué infinidad de bellezas se habrán sentado en aquellas sillas! ¡Cuántos misterios se habrán contenido en aquellos armarios! ¡De qué inefables dichas, de qué inocentes quejidos, de qué trances de muerte habrá sido testigo aquella cama! La historia entera de una familia, ó de varias, se ha desarrollado en aquellas tablas. El nacimiento con las *dolorosas* sonrisas maternales, el himeneo, con los pudorosos escrúpulos, la muerte con su cadavérica faz y el amarillento resplandor de los blandones....

En otra parte la venta de una carretela, de un palacio, me indican tal vez una vida entregada á la disipacion, á la locura, al desenfreno. Una riqueza que se ha extinguido; una luz que se ha apagado; un cigarro que ha ardido hasta la colilla, y del cual no quedan ya más que cenizas.

Allá leo: *Se ha extraviado un perro*, etc., y digo:—«Es fácil que se encuentre.»

Y más abajo: *Se ha perdido una cartera con billetes de Banco*, y exclamo:

—Probablemente no se encontrará.

En otra parte dice: *Salida del vapor tal ó cual haciendo escala en Suez*. Y aparece de repente ante mi vista toda la antigua civilizacion egipcia, con sus momias, sus cocodrilos sagrados, su culto á la muerte, sus monolitos. Fínjome el inmenso poder de los Faraones, la castidad de José, los ardorosos ímpetus de la esposa de Putifar, la funesta hermosura de Cleopatra. Y además recuerdo á los primeros navegantes, á los audaces exploradores españoles y portugueses, á Vasco de Gama, á Sebastian Elcano, á Colon, á Hernan Cortés, á Pizarro, á los atrevidos holandeses, á los exploradores del Polo, y á Julio Verne, en fin, cuyos preciosos libros supongo que serán conocidos de todos mis lectores.

Allá un jarabe especial que tiene propiedades para curar todas las dolencias. El doctor Garrido flota en esta parte de la seccion de anuncios entre nimbos de gloria. La tierra puede ser un paraíso, acudiendo á los específicos del ruidoso farmacéutico.... En otro lado se anuncia una de las cosas más peliagudas, *¡el aceite de bellotas!*

A un extremo, tal ó cual tendero que cansado de buscar fórmulas para atraer al público, vendiéndole géneros de mezcla de algodon por lana y usando varas cercenadas por varas enteras, acude al recurso de que se valen ciertos partidos políticos para ocultar sus miserias, y en tono de manifiesto al país empieza un pomposo anuncio de este modo: *¡Madrileños!* etc.

Una jóven doncella se ofrece para ama de cria, y ante este ofrecimiento la moral se cubre la cara yendo á ofrecer sus servicios á otra parte.

*Se compran cajas vacías de tabacos habanos....* ¡Te veo! mañana mismo me las ofrecerás llenas de cigarros argelinos, pretendiendo hacerlos pasar por legítimos de la Vuelta de Abajo!

¡Y esa pobre mujer que implora en dos lacónicos renglones la caridad pública!

¡Oh! no temais; á esa no la llevarán al asilo del Pardo. Ha tenido diez y seis ó veinte reales para exhibir en letras de molde su miseria, y esto basta para que se la considere como privilegiada. Las palabras de un anuncio no tienen harapos; y los trapos rotos son precisamente los únicos objetos repulsivos á nuestra sociedad positivista. Cubrid la fealdad moral con crujiente seda y hallareis quien la envidie; presentad la belleza del alma con jirones y zapatos rotos, y la atropellarán cocheros, la silbarán chiquillos, la rechazarán hombres y la llevarán presa agentes de órden público.

Nada de esto le ocurrirá á la infeliz mujer del anuncio; pero en cambio, al dia siguiente recibirá visitas oficiosas, tendrá que contestar interrogatorios suspicaces, y á vueltas de alguna que otra limosna noble, anónima, desconocida, sufrirá humillaciones sin cuento y vergüenzas infinitas.

Aquí *una señora sola recibe uno ó dos pupilos. Se advierte que no es casa de huéspedes....* Pero es de fijo la casa de la viuda de un coronel ó de un intendente. Esta misma señora es la que asiste todas las noches al café cantante, donde saborea á la vez una zarzuela y media tostada de arriba: es la que se olvida de dar el chocolate á sus pupilos porque la entretiene la modista con sus perifollos ó la peinadora con su tocado; la que hace frecuentes visitas al Monte de Piedad y á las casas de préstamos, y la que alimenta dos pasiones arrebatadoras: una por un pollo (casi hombre) y otra por un perro faldero (animal) ó vice-versa.

*
* *

Dias pasados me conmoví profundamente leyendo varios anuncios.

Uno de ellos decia:

«Al que entregare á D. Alfonso I P un sombrero viejo, muy viejo, roto, muy estropeado y sin forro, se le gratificará generosamente por ser el único y antiguo recuerdo de una hidalga familia.»

¿Habrá elegía, habrá sonata, habrá pintura que pueda expresar fielmente el dolor de que están impregnados estos renglones?

¡La melancolía de un alma aristocrática, el despecho de los sombrereros, el dulce regocijo de los traficantes en trapos viejos.... todo esto lo habrá alumbrado el sol en un mismo dia!

Confieso un perverso impulso. Durante unos minutos acaricié la idea de abollar mi sombrero, quitarle el forro y hacerle cómplice de una superchería.

Deseaba interrogar á D. Alfonso, penetrar los secretos íntimos de aquella hidalga familia sin cabeza, pero con sombrero, y sacar de todo ello un argumento para una novela, un drama ó una zarzuela bufa.

Pero me contuve: ví que mi sombrero no tenia el superlativo grado de vejez que se reclamaba, y recordé al mismo tiempo que ya es algo tarde para escribir en bufo.

*
* *

Las almas mejor templadas suelen tener momentos débiles. Cárlos V se asustó á la vista de un cometa. Arderius que fué el gran pontífice de Momo en otros tiempos ha cambiado ahora de conducta: cultiva el arte serio; tiene una compañía compuesta de algunos actores de primer órden, y opone al éxito de *San Franco de Sena* en Apolo, las obras dramáticas de nuestros primeros autores.

Su intencion es laudable. No le falta más que suerte. Y no la ha tenido buena con la primera obra que ha estrenado.

Titulábase *El roble herido* y pasó á ser en la noche del estreno el *roble muerto*.

Sobre las astillas de este árbol se levantará muy pronto *La pasionaria* de Leopoldo Cano.

¿Es buena?.... ¿es mala? Sólo sé que corren de ese drama excelentes noticias.

¡Ojalá logre esa *pasionaria* apasionar al público!

PEDRO BOFILL

## NUESTROS GRABADOS

### EL CAPITAN MOLENA, cuadro por F. Dinea

Buen talante, buen humor, buena espada: hé aquí á Molena, capitan de los tercios de Flandes, á las órdenes del inflexible Duque de Alba. De él ha aprendido á hacerse temer de sus subordinados, á los cuales, sin menoscabo de S. M. Católica, ha franqueado las bodegas de distintos conventos. Bebe como un tudesco, se bate como un francés y galantea como un español: no hay tabernero, duelista, ni dama, que no conozcan su bolsa, sus estocadas ó sus chicoleos. El mundo entero le es patria, ó mejor dicho, cualquier país es para él tierra de conquista ó de Jauja: algunas veces se extingue su bolsa, raras veces su sed, nunca su buen humor. Juega como el Estudiante de Salamanca, monta como un centauro, jura como un renegado, canta como un sevillano, caza como un tirolés, y lo mismo pide prestado á los judíos, que les escolta hasta dar con ellos en las hogueras del Santo Oficio.

Tal es el tipo de nuestro grabado; y ciertamente ha de concederse que raras veces el artista ha acertado, como en este caso, al dar forma á un ideal cuyo inspirador pertenece á la historia.

### ¿ME AMA?... cuadro por W. Amberg

La humanidad tiene necesidad absoluta de creer. Esta necesidad bastaria por sí sola á distinguirla y hacerla especie única entre todas las especies. Cuando esas creencias toman una inclinacion torcida, se producen sensibles alteraciones en el claro juicio de los individuos, y de aquí las supersticiones ridículas de brujas y trasgos y las más comunes de que no es prudente comer trece individuos en una misma mesa, ni acometer empresa alguna en mártes, con otra porcion de necedades por el estilo, prohijadas por gentes que parecen sérias.

Las mujeres son más propensas que los hombres á esas debilidades, y las niñas enamoradas incurren frecuentemente en la tontería de interrogar al porvenir, valiéndose de medios que con frecuencia son causa de graves conflictos. Uno de esos medios, y por cierto de los más inocentes, es consultar á las flores, que segun se deshojan en esta ó aquella forma, contestan afirmativa ó negativamente á la pregunta que se las dirige. Esta consulta viene haciendo la jóven de nuestro cuadro, tipo cándido, que practica el acto supersticioso con una ingenuidad que nos inclina á perdonárselo. ¿Acaso no es circunstancia eximente de pena la perturbacion que en el alma producen los impulsos de un primer amor?

### Margarita Hartstein conducida al suplicio, cuadro por P. Ouderaa

En 1555 hallábase Amberes ocupada por los españoles. Una mujer, desgraciadamente hermosa, inspiró á cierto médico, apellidado Abanzo, una de esas pasiones que todo lo atropellan. Un dia el médico apareció asesinado: Margarita, la dama que inspiró aquella pasion, se confesó autora del crímen, al cual hubo de apelar, segun dijo, para salvarse de la deshonra. Los jueces hicieron caso omiso de esta circunstancia, y la homicida fué condenada á perecer en la hoguera.

La pobre sentenciada se ha detenido ante un calvario para dirigir al cielo su plegaria de agonizante; pero el terror, el instinto de conservacion, son en la jóven superiores á la piedad, y en lugar de dirigir la vista al Dios que tambien pereció en un patíbulo, la vuelve á pesar suyo hácia el verdugo, que corresponde á esa mirada suprema con otra mirada de brutal indiferencia.

Los demás personajes del cuadro están perfectamente en situacion: el semblante compasivo de las mujeres que acompañan á la víctima, contrasta con la dureza de alguno de los soldados que la custodian; al paso que el de la muchedumbre recorre todos los tonos, desde el de la simpatía hasta el de la simple curiosidad. El lugar de la escena está perfectamente escogido y la impresion producida por el conjunto es tan triste como el asunto que ha inspirado la composicion.

### GILLIAT Y EL PULPO, grupo escultórico por E. I. Carlier

El autor de este precioso trabajo, que ha llamado poderosamente la atencion pública en la última exposicion francesa trienal, ha dado forma plástica al problema del dominio del mundo, exponiendo las dos fuerzas que se lo disputan, una con los simples recursos de la fuerza bruta, otra con el auxilio de la inteligencia, que domina las más comprometidas situaciones. Es, en rigor, el combate eterno entre la materia y el espíritu, entre la ignorancia y la ilustracion, entre lo que destruye y lo que crea.

La idea de simbolizar la fuerza material por medio del pulpo, uno de los monstruos más repugnantes y de más inferior órden en la escala de la creacion, y la fuerza intelectual ó raciocinio por medio de un jóven enamorado, que lleva á cabo por sí solo una empresa arriesgadísima; esta idea, decimos, no es original de Carlier: el escultor la ha tomado de un admirable capítulo de la novela de Víctor Hugo, titulada *Los Trabajadores del mar*. Ello, empero, no disminuye el mérito del artista que ha ejecutado el pensamiento con verdadera maestría. Si el monstruo marino ha sido bien estudiado del natural, la expresion y actitud del animoso Gilliat son felicísimas, pues sin ocultar el terror que le inspira su enemigo, revelan que la razon produce la serenidad y que el cálculo, ó sea la inteligencia, obtendrá el triunfo sobre la materia bruta.

### LA LECTURA, cuadro por Diana Coomans

La época actual, caracterizada principalmente por los notables adelantos en las ciencias y en la industria, es tambien notable por el desarrollo que adquieren las bellas artes y por el entusiasmo con que á ellas se consagran así los artistas como los aficionados de todos los países. En este feliz impulso no podia quedar rezagada la más bella mitad del género humano, y así como en los siglos XVI y XVII descollaron eminentes pintoras, en el tiempo presente no faltan tampoco entusiastas damas que se dedican

con afan al noble arte de la pintura. Más de una vez hemos insertado en nuestra ILUSTRACION copias de cuadros de algunas de ellas, y en el presente número damos la de un bonito lienzo de la señorita Coomans, que si en realidad no es una obra perfecta, revela en su autora envidiable aptitud y conocimientos nada comunes. Y en efecto, la dama romana que lee con profunda atencion los caractéres estampados en el *papyrus*, está trazada con soltura, los pliegues del ropaje muy bien entendidos, los muebles y demás accesorios son característicos de la época, y en todo el conjunto parece reinar un ambiente que nos traslada á Pompeya, ó Tívoli ó á las preciosas quintas del Agro romano de aquella apartada época.

**GITANOS HÚNGAROS, cuadro por F. Bohm**

Nada más cierto que el que en este mundo no se contenta es porque no quiere. El autor de este cuadro ha tratado de demostrárnoslo.

La familia que tan alegremente pasa el rato, tiene bien poco que agradecer á la suerte. Su vivienda es más que humilde, su traje apénas es el preciso para cubrir su desnudez: hay en el aduar, probablemente, ménos pan que buen apetito y, para colmo de desdicha, los miembros de esa familia pertenecen á la raza universalmente despreciada. A pesar de todo hay buen humor por lo visto, y este buen humor da lugar á una escena agradable, pintada por Bohm con singular maestría.

---

## LAS NARICES DE SU ALTEZA

(Cuento popular)

POR DON CÁRLOS COELLO

### I

Un precioso códice del siglo XIII y otros documentos curiosísimos que hemos tenido recientemente ocasion de registrar en el famoso archivo del Haya, en la Biblioteca Nacional de Paris, en la de El Escorial, y en otras particulares nos permiten referir á los lectores de *La Ilustracion Artística* esta extraña historieta.

Pero no pasaremos adelante sin hacer aquí pública nuestra gratitud hácia nuestros doctos y buenos amigos los señores D. Aureliano Fernandez Guerra y D. Marcelino Menendez Pelayo que con su bizarría acostumbrada nos han proporcionado más datos de los necesarios para aderezar nuestra relacion, algunos de los cuales han tenido la esplendidez de regalarnos, teniéndolos nosotros á la vista miéntras escribimos y á la disposicion del lector curioso (y más que curioso) que quiera tomarse la molestia de examinarlos.

### II

El códice de que hablamos en primer lugar, gallardamente escrito sobre pergamino con variadas y brillantes letras de colores, no permite dudar al historiador moderno, por desconfiado que sea, de que aquel famoso Rey que rabió de feo y Maricastaña, su augusta esposa, fundaron la ciudad de Bábia é hicieron de ella la capital de su ilustre monarquía.

Como las dichas de este pícaro mundo no son nunca completas, aquellos señores que, salvo la supina fealdad del marido, no tenian más que motivos de felicidad, vieron transcurrir diez y ocho años de venturoso consorcio sin masculina sucesion directa. Tenia en cambio el Rey que rabió una hija, blanca como la leche, coloradita como una manzana y hermosa como un sol, que, fuera de las naturales preocupaciones de rey, le consolaba de la falta del hijo varon que no quiso concederle el cielo.

No pareceria bien que historiadores formales como nosotros hiciesen ni siquiera mencion aquí de la absurda fábula inventada y propalada por romancistas sin conciencia y en la cual se supone que el Rey que rabió, ó, para hablar con más propiedad, la reina su mujer tuvo ántes de la princesa Rosalinda, semi heroína de esta historia, otras tres hijas metidas en tres botijas y arrojadas al mar de real órden de su augusto padre. Los que levantan tan feroz calumnia á aquel modelo de padres cariñosos, de esposos pacíficos y de reyes constitucionales, procuran fundar su atrevido aserto en la fealdad de las tres embotijadas criaturas, sostienen que eran el vivo retrato de su padre, que este no se habia dado cabal razon hasta entónces de lo refeísimo que era, que entónces habia rabiado por primera vez y que con objeto de quitar de la circulacion pública aquellas fotografías suyas, vamos al decir, se resolvió á romper el *cliché* para evitar que de ellas saliesen al mundo nuevas reproducciones.

Nos guardaremos muy bien de detenernos á combatir semejantes absurdos. Hay cosas indignas de refutacion.

### III

Rosalinda, ya lo hemos dicho, no se parecia en nada á su padre: era una criatura encantadora y traia embobado á todo Bábia, muy especialmente al gran Cardona, Ministro universal del Rey que rabió, hombre de apuesta figura y tan listo como la fama pregonera se ha encargado de asegurar.

Tenia Cardona por Rosalinda, de quien era padrino (honor que la corte juzgó oportuno concederle cuando nació la princesa, como justo galardon de sus servicios en el ministerio y en la cámara) un afecto verdaderamente paternal. Aquel especie de Bismarck de Bábia, sobre quien pesaba la resolucion y responsabilidad de todos los negocios de Estado, se miraba en los ojos de la princesita y no encontraba descanso mejor ni mayor placer despues de una conferencia diplomática de catorce horas ó de una sesion de esas que no se acaban nunca, que irse á palacio, coger á Rosalinda, sentarla sobre sus rodillas como si fuera una niña de cuatro ó cinco años y pasarse el tiempo sin sentir hablando con ella, más casi que por hablarla por comérsela con los ojos, por respirar aquel sabroso y purísimo aliento y por completar su alma con aquel sér que era lo primero del mundo para el excelentísimo señor.

Cuando Rosalinda era muchacha y el ministro estaba ménos gordo y pesado, cuentan las crónicas de aquel bendito país que Cardona jugaba con Rosalinda al escondite, al molinete y á la comba; y añaden que cuando S. A. se cansaba de estos juegos agitados y fatigosos, el favorito de sus padres se ponia á cuatro piés y la paseaba por los régios salones del alcázar haciendo de caballito y piafando y cabeceando en toda regla ni más ni ménos que hacia Enrique IV de Francia con sus hijos, hubiera ó no embajadores delante.

El Rey que rabió se explicaba perfectamente estas preferencias y atenciones del Ministro hácia la princesa por su adhesion y amor á la monarquía; y la reina Maricastaña, que adoraba en su hija, lo que hubiera extrañado es que el ministro se comportase de otra manera.

### IV

Apénas cumplió los quince años la hermosa Rosalinda, dijo Cardona á sus padres: «Llegó la ocasion de casar á Su Alteza.» El rey se conformó, como siempre, con la opinion de su ilustre consejero y la Reina consideró el consejo sumamente oportuno.

Pero ¿con quién casaban á la princesa? Así como otros padres no encuentran novio para su hija buscándole por todos los rincones del mundo, los padres de nuestra historia experimentaban la dificultad que los franceses con frase exacta y concisa sin verdadera traduccion en castellano llaman *l'embarras du choix*. Era tan grande la fama de la belleza, de la discrecion, de las virtudes y del soberbio dote de la novia, que todas las familias imperiales y reales del mundo se disputaban el honor y la ventaja de entroncar con la del Rey que rabió. Tal era el número de cartas de soberanos, príncipes y duques reinantes, que, apénas conocida la resolucion de casar á la princesa llovieron en la Secretaría de Estado, que al oficial encargado de abrir los sobres se le hincharon los dedos índice y pulgar de la mano derecha, y dos jóvenes de lenguas empleados en la interpretacion de *idem* tuvieron malas las suyas respectivas de tanto y tanto traducir y leer en voz alta para que el ministro, que, naturalmente, no poseia todos los idiomas del mundo, comprendiese aquel galimatías amoroso-diplomático.

Rosalinda, que era una muchacha inocente como pocas, sólo puso una condicion para casarse cuando se le habló de marido: que el novio fuese jóven y guapo. Rosalinda sabia por una de sus camaristas que de los padres feos suelen nacer hijos espantosos y ella no queria echar al mundo diablos sino angelitos. Decíale su padre que, á veces, del marido y de la mujer más arrogantes y más hermosos nacen chiquillos descuchumizados y entecos, así como no es extraordinario que de un padre feo de verdad nazca un hijo bonito de véras, y el Rey que rabió ponia á su hija el ejemplo de lo sucedido en su casa; pero la reina Maricastaña, mujer muy experimentada y previsora, afirmaba ser lo más seguro para la paz del matrimonio y para el cumplimiento de los deseos de la princesita que ésta se casara con hombre á su gusto.

### V

Los lectores de la *Ilustracion Artística* formarian bien pobre idea de Cardona si yo no les dijese que tenia ya hecha su eleccion desde el punto y hora en que comenzó todo aquel tejemaneje.

El reino de Bábia, muy rico en agricultura y por consiguiente en ganados, tenia pocos y malísimos puertos de mar; y tanto para el caso de una guerra como para las continuas necesidades de la industria y del comercio, conveníale la alianza con un Estado poseedor de lo que en él escaseaba.

El ministro responsable se fijó desde luégo en la vecina isla de Trapobana, cuyo monarca estaba ya viejo y achacoso y cuyo príncipe era muchacho de valor, de ingenio, de excelentes prendas de carácter y de una belleza física perfecta, segun testimonio de cuantos trapobaneses habian pasado por Bábia.

Cardona idolatraba á la princesa y lo primero para él era la felicidad de Rosalinda, claro está; pero Cardona, como hombre de Estado, no podia tampoco descuidar la felicidad y el porvenir del país donde habia nacido y cuyos destinos regía (y repartia) desde tan antiguo.

Bien examinado todo, resultó siempre indudable para el ministro que Rosalinda debia casarse con Pino de Oro: primero, porque este reunia las condiciones necesarias para hacerla venturosa, y segundo, porque á la muerte del Rey que rabió y heredando Rosalinda el trono de Bábia necesitaba un marido capaz de regir monarquía tan importante y á quien el pueblo pudiera disculpar su calidad de extranjero con la idea de que Bábia y Trapobana, aliadas y gobernadas por un mismo rey, iban á merendarse á cuantas naciones del mundo se permitieran alzarles el gallo. Rosalinda, encantada con las buenas noticias que recibia de la apostura de Pino de Oro, aguardaba con impaciencia el retrato que en tales casos es de ritual que manden los novios á sus prometidas; los Reyes veian con gusto que su hija se inclinase á lo que, segun Cardona, iba á estarle mejor, y ya se felicitaba éste del buen resultado de sus planes, cuando la llegada de la dichosa miniatura vino á derribar el edificio de sus ensueños como un débil castillo de naipes.

Pino de Oro, el hermoso Pino de Oro, el ponderado Pino de Oro era buen mozo y de elegante porte; pero tenia unas narices que excedian bastante del tamaño usual y corriente. Indudablemente en Trapobana gustaban las narices largas y robustas y allí las del príncipe harian un soberbio papel; pero en Bábia habia sobre ese punto aspiraciones más modestas y Cardona comprendió desde luégo que si Rosalinda llegaba á ver aquel retrato el asunto estaba perdido. Llegó hasta á hablar solo y á decir: «¡Despues de tantas y tantas ponderaciones salir ahora con esto! No puede ser: le pareceria mil veces peor de lo que es en realidad y estas narices, respetables de suyo, se aumentarian á sus ojos.

»¡Malditas sean las ponderaciones! En fin, esta boda es conveniente bajo muchos aspectos y yo no soy hombre que retroceda porque unas narices, aunque sean tan grandes como estas, se interpongan en su camino.»

*(Continuará)*

---

## EL PREMIO GRANDE

*(Conclusion)*

### VIII

Don Justo y su hija abandonaron la fonda de los *Leones de Oro*, donde provisionalmente se hospedaban, habiendo tomado un cuarto tercero en la calle del Cármen, junto á la plaza del Callao, por casualidad casi enfrente de una linda, si bien no espaciosa casita en construccion, que recordó á Lucía ciertas palabras de Julia.

A las dos de una hermosa tarde, hallábase la doncella asomada al balcon, sumida en mil opuestas reflexiones y contemplando la susodicha obra, cuando desde dentro la llamaron para poner en sus manos una carta. Lucía rompió el sobre con precipitacion y leyó, radiante de alegría; la carta estaba fechada en Paris, era de Miguel y anunciaba que dentro de cuarenta y ocho horas iria personalmente á ofrecerle nombre y vida.

—De suerte que pasado mañana... ¡Ah! no, no,— balbuceó Lucía,—si en él existiera doblez, si fuesen ciertas las insinuaciones de Clara, Miguel no volveria á mi lado.

Apénas D. Justo entró en su casa, al salir de la oficina, se encontró con dos brazos al cuello y unos labios en el rostro: era Lucía que, loca de contento, volaba á darle la feliz noticia.

—Sin embargo, hija mia, hay que pedirle explicaciones,—profirió D. Justo con alguna severidad.

—Pero, papá, ¿qué más explicaciones que esta carta? Léela.

—Está bien; pasado mañana saldremos de dudas.

En efecto, á las nueve de la mañana del indicado dia, Miguel dió á D. Fernando y á Rosa el abrazo prometido.

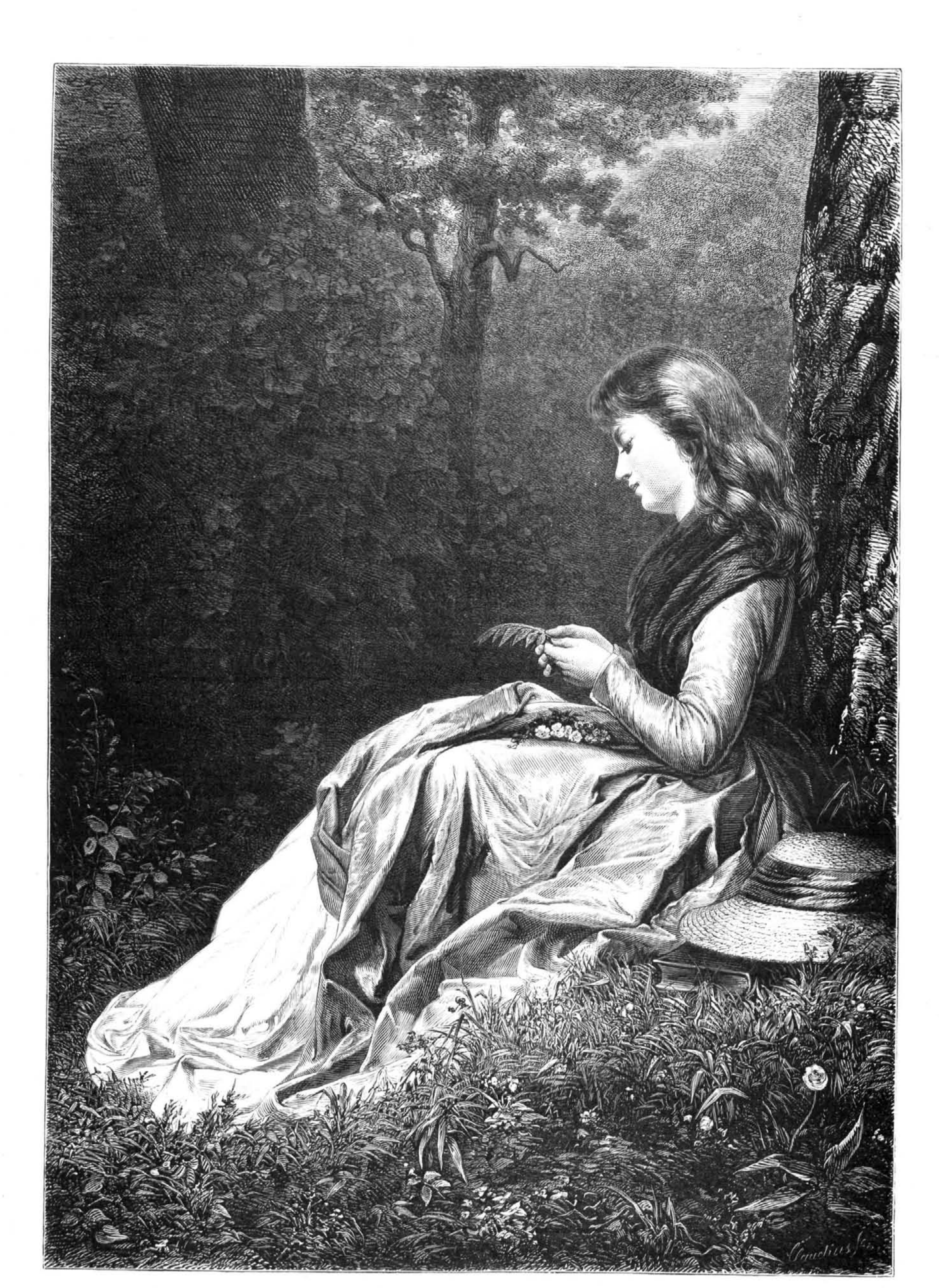
—¿Y Lucía?—preguntó á su hermana.

—Buena; la otra semana estuvo aquí.

—¡Cómo deseo verla!

—¿No te extraña encontrarla en Madrid? La dejaste en Toledo.

—Me telegrafiaron á Lóndres la reposicion de D. Justo.



¿ME AMA?... cuadro por W. Amberg




MARGARITA HARTSTEIN CONDUCIDA AL SUPLICIO, copia del celebrado cuadro de P. Ouderaa

—¡Torpe de mí!—repuso Rosa.—Olvidaba que entre novios no hay secretos.

—Segun y conforme,—masculló Miguel.

Y apénas se hubo ó le hubieron quitado el polvo del viaje, sin almorzar, se lanzó á la calle.

Lucía le esperaba impaciente; mas con gran sorpresa suya y de D. Justo, Miguel no pareció en todo el dia. ¿Adónde habia ido? ¿A ver á la ministra? Quizás. Lucía estaba en ascuas.

Por fin, á las nueve de la noche, el jóven, elegantemente vestido, luciendo el reloj y la leontina objeto de la punzante curiosidad de Clara, se presentó en casa de D. Justo.

La recepcion no fué tan cordial como lo hubiera sido por la mañana: el padre estaba amoscado; la hija, nerviosa.

—¿Cuándo ha llegado V.?—preguntó el primero.

—Esta mañana, á las ocho y veinte, con cinco minutos de retraso, paraba el tren en la estacion.

—¿Cómo no viniste ántes?—preguntó callandito Lucía.

—Ocupaciones; ya te contaré.

—Jóven, tenemos que hablar,—repuso D. Justo.

—Mañana,—respondió Miguel.

—¿Mañana? ¿Por qué no hoy?

—Me es absolutamente imposible. Crea V. que no deseo otra cosa.

—Está bien; mañana ¿á qué hora?

—Por la tarde, á las tres.

D. Justo, algo contrariado, se puso á leer *La Correspondencia*. El jóven, muy quedo, dijo á su amada:

—¿Te gustaria ser condesa? No ignoras que tu padre tiene derecho al título, con sólo pagar....

—¡Ambicioso!—replicó Lucía.—Lo que tú quieres es llamarte conde.

—¿Yo? Demasiado conoces mis ideas sobre el particular: respeto, como intereses creados, los títulos antiguos; pero si de mí dependiera, aboliria los modernos; no venero otras noblezas que la del entendimiento y la del alma. Bajo este punto de vista, á tí te considero una princesa; con todo, si tú quieres ante el mundo....

—No,—interrumpió discretamente Lucía;—nobleza obliga, y hartas obligaciones tenemos que cumplir en esta vida. Luégo, los tiempos han cambiado, y á nosotros nos toca cambiar con ellos. Lo que ayer fué grande, hoy pudiera ser ridículo. En nuestra edad, á los títulos nobiliarios no se les respeta, se les tolera y nada más. Finalmente, yo soy pobre y no podria...Un título mal llevado ántes envilece que encumbra.

—Siendo así, hasta mañana.

—¡Cómo! ¿Ya te vas?

—Tengo que hacer.

—¿A estas horas?

—Sí.

—Pero ¿no me cuentas....

—¡Imposible! No hay tiempo.

—Son las diez. ¿Puede saberse adónde te diriges?

—Sí, con tal que lo calles; voy á ver al ministro de Hacienda.

—¡A la ministra querrás decir!—pensó Lucía.

Y no pudo pegar los ojos en toda la noche.

## IX

La siguiente visita fué decisiva. Miguel sacó de los bolsillos del gaban varias cajitas que, oportunamente examinadas, resultaron contener un magnífico aderezo y algunas preciosas chucherías. Las cajas llevaban la etiqueta de Ansorena. Eran los quince mil duros de que hablara Julia, convertidos en topacios, esmeraldas, perlas y brillantes, labrados con primor y artísticamente montados en oro y esmaltes.

Miguel estaba radiante de orgullo y ebrio de satisfaccion.

—¿Qué significa eso?—le preguntaron.

El jóven, aunque nacido en Madrid, era oriundo de la provincia de Santander, y respondió usando una interjeccion de su país:

—¡*Otra*! Es el regalo de boda. ¿No me caso con Lucía?

En aquel momento llamaron á la puerta, y dos dependientes de una tienda principal trajeron un juego de costosa mantelería.

Lucía se hallaba como quien ve visiones; el mismo D. Justo creia estar soñando. Ya iba á tomar la palabra cuando el jóven le atajó:

—Aún no he concluido,—dijo. Y añadió, desdoblando un papel:

—Voy á leer á Vds. el borrador de la escritura de esponsales. Vds. dirán si les acomoda.

Segun aquel contrato, Miguel dotaba á Lucía en dos millones de reales, reservándose para sí el resto de su fortuna, pues no queria, segun dijo, que ni su padre ni su hermana careciesen de cierto bienestar.

—¿A cuánto ascenderá el resto de la fortuna de usted?—le preguntó D. Justo.

—A otros dos millones, próximamente,—respondió Miguel.

El padre dirigió á la hija una mirada significativa. Lucía, levantándose, so pretexto de dar algunas órdenes domésticas, salió de la estancia.

Apénas quedaron solos, el hombre maduro dijo al mozo:

—Miguel, todo esto está muy bien y honra á la generosidad de V.; pero....

—Sé lo que me va V. á decir,—interrumpió el jóven.

—Ya comprenderá V. que la felicidad de mi hija y mis deberes paternales....

—D. Justo, ¿ha leido V. *La Correspondencia* de esta mañana?

—No, no leo más que la de la noche.

—Entónces, tome V.

Y Miguel alargó el periódico á su futuro suegro.

Los ojos de éste cayeron sobre el siguiente suelto:

«En altos círculos oficiales oimos anoche tributar calurosos elogios al jóven y ya eminente hacendista D. Miguel Otañes, por la consumada habilidad y ventajosas condiciones con que, comisionado dicho señor por el Gobierno, ha sabido negociar en Inglaterra el empréstito de cien millones de pesetas ó sean próximamente cuatro millones de libras esterlinas, de que hace algun tiempo hablamos á nuestros lectores. Este empréstito, sobre aliviar de un modo considerable las cargas del Tesoro, permitirá al Gobierno explotaciones ántes imposibles, cuyos rendimientos abrirán las fuentes de la riqueza pública. El señor Otañes ha regresado á Madrid; le felicitamos sinceramente á él y al ministro del ramo.»

—De modo...—profirió D. Justo, estupefacto.

—Que aquí me tiene V.,—respondió Miguel,—dispuesto á casarme con Lucía cuanto ántes.

—En efecto, habia oido hablar de ese famoso empréstito; pero ignoraba... ¿Cuánto le ha producido á V.?.

—El uno por ciento de comision, unos cuatro millones de reales.

—Pues, como vulgarmente suele decirse, se ha puesto V. las botas. Pero ¿cómo diablos se las arregló V. para....

—Ha sido un triunfo del amor. Mi bufete producia una miseria; yo anhelaba á todo trance la mano de Lucía. Comencé á fraguar mil proyectos arriesgados.

Miguel, á semejanza de algunos hombres, cuando rebosaba felicidad, se hacia un poco pedante, y no pudo contener un latinajo:

—*Nemo sua sorte contentus est*, nadie está contento con su suerte,—prosiguió.—Por esta razon sin duda, existe cierta desorganizacion social que no sé si V., D. Justo, habrá observado.

—No á fe.

—Nadie está contento con ser lo que es, y muchos cambian de oficio ó profesion; el poeta, pongo por caso, se hace político; el político, millonario; el millonario, á fuerza de juego y trampas, pordiosero; el médico, autor dramático; el arquitecto, editor; el comediante, crítico ó poeta; y en cuanto á comediantes, no hay que hablar, porque todos lo son.

—¡Lo que sabe este chico!—pensaba D. Justo.

—Pues bien,—continuó Miguel,—por no ser ménos, yo, siendo abogado, me metí á hacendista.

—Pero ¡si no tenia V. una peseta!

—Precisamente por eso me metí, porque el que la tiene la pierde, y el que no, la gana. Yo conocia á fondo la economía política, el derecho mercantil, el internacional, el administrativo, la lengua inglesa y no sé cuántas cosas más que habia estudiado y de nada me servian. Oí hablar del empréstito como de una cosa difícil, no decidida aún, y me propuse explotarlo. Es verdad que yo no trataba al ministro del ramo, pero trataba á su mujer, lo cual era casi preferible; V. la trata ó la conoce tambien, fué contertulia nuestra.

—No sabia....

—Pues sepa V., además, que con frecuencia la política y la hacienda las manejan nuestras mujeres, con unos hilos muy delgados, tan sutiles, que no se ven. ¡Ah! Se horrorizaria V. si observara la política entre bastidores. El ministro, el diputado, el hombre público, muchas veces no son más que *fantoches* pendientes de los hilos de la pasion ó del capricho, de cuyos hilos tiran ó aflojan á su antojo la hermana, la novia, la esposa ó la manceba. Así anda, en cambio, la cosa pública. Pues, como iba diciendo, nuestra ministra de Hacienda es una señora muy honrada y muy discreta; es amada y ama con pasion á su marido. Cultivé la amistad de ella, simpatizamos, lo solicité y me puso en relaciones con el ministro, que á la sazon, como Diógenes, buscaba un hombre. Mi audacia, no, mi amor, hizo lo demás. Cuando le propuse ir á negociar el empréstito:—¿Qué años tiene V.?—me preguntó.—Voy á cumplir los veintisiete.—Pocos son.—¿Qué importa?—le repliqué,—¿no vemos viejos niños y niños viejos? Estas palabras le hicieron mella.—¿Habré dado con otro Salamanca?—murmuró. Yo estaba decidido á todo.—¿Por qué no?—le contesté. Y apénas hubo él accedido á mis deseos, tuve yo otro golpe de audacia, ó de amor, como quiera V. llamarlo.

—¿Cuál?—profirió D. Justo, asombrado.

—Pues ahora no voy á Lóndres,—dije al ministro,—si no es con una condicion.—¿Eh?—exclamó como si le hubieran aplicado un latigazo.—Ahí la tiene V.—repuse, entregándole una nota, en la cual pudo leer estas palabras: «Se desea la reposicion de D. Justo del Cigarral en su destino de...» etc., ya sabe V.

—¡Miguel, es V. una alhaja!—prorumpió, entusiasmado, el padre de Lucía.

—Mi osadía ante el ministro le hizo gracia.—Basta,—profirió,—hablaré del asunto á mi compañero de gabinete, y dése V. por complacido.—Siendo así, estoy á sus órdenes.—Apercíbase V. para el viaje. Como quiera que me lo pagaban y no habia de ir hecho un pordiosero, me entregaron una respetable cantidad en metálico y en letras sobre Lóndres. Yo tenia algunos ahorrillos que iba atesorando, con objeto de invertirlos en algo que á Lucía y á mí nos produjera: compré con ellos un reloj de oro, porque un reloj de níkel, ya V. ve, señor D. Justo, ir á negociar con un reloj de níkel un empréstito de cien millones de pesetas era bochornoso. Compré, pues, el reloj con mis ahorros, y entregué el resto á mi familia. Por aquellos dias hice una escapatoria á Toledo para despedirme de Vds.; empero, reflexionando luégo que tal vez disgustara á Lucía mi viaje, que V. y ella me acosarian á preguntas, resolví callar y despedirme por escrito, segun lo verifiqué.

—Una locura hizo V., con todo.

—¡Una locura!

—Sí tal; la de encargar en casa de Ansorena esas alhajas por valor de quince mil duros.

—¡Ah! Sabia V....

—Y tambien mi hija.

—Pues, mire V., señor D. Justo, una calaverada, lo confieso; aquello fué quemar mis naves: necesitaba algo que me obligara á no salir de Lóndres sin haber recabado para España los cien millones; tenia, además, una vivísima impaciencia por casarme, á ser posible, el mismo dia de mi regreso, y queria las alhajas á mi gusto. En último resultado,—todo lo pensé,—si mis gestiones fracasaban, nadie está obligado á pagar lo que no toma: con dejar en su tienda el aderezo, no habia quien, en honor de la verdad, pudiera llamarme estafador. Luégo, Ansorena lo venderia fácilmente; el aderezo es precioso, y nuestras damas, bien lo sabe V., se desviven por las joyas.

—Paso por ello, sea. Pero ¿cómo diantre nos ocultó V. el objeto de su viaje? Con saberlo nos hubiéramos ahorrado muchas inquietudes.

—¡Ah! Bastante lo sentí. Tenia motivos, en mi concepto poderosos, para callar: el amor propio del ministro, los periódicos de oposicion, el natural temor á un fracaso...En fin, ello es que Su Excelencia me encargó la reserva más absoluta, y hasta anoche, despues que hubimos examinado el asunto bajo todos aspectos, no permitió que fuese divulgado.—Cálleselo V. á su propio padre,—me habia dicho. Y yo, fiel á la consigna, no se lo dije ni á mi novia.

—Miguel, eres un mozo de provecho!—exclamó D. Justo, tendiéndole la mano y apeando el tratamiento. Tengo una verdadera satisfaccion en casarte con mi hija.

—A pesar de ello,—respondió el jóven,—no es completa mi alegría.

—¿Cómo así?

—Me he enriquecido á expensas del Estado; hubiera podido desempeñar gratuitamente ó por un módico estipendio, la misma comision.

—¡Bah! No te apures por eso. ¡Buenos están los tiempos para andarse por las ramas! Cualquier otro hubiera hecho lo que tú, y en igualdad de circunstancias, mejor es que esos millones paren en manos de un hombre honrado, el cual, por añadidura, ha sabido merecerlos.

—¡Amor, tirano amor,—balbuceó Miguel,—no hay conciencia que no tuerzas, ni voluntad que no doblegues!..

En aquel momento abrióse la entornada puerta de la estancia y apareció Lucía. Al verla, Miguel sintió desvanecerse todos sus escrúpulos, como los rayos del sol desvanecen la vaporosa niebla.

La jóven, llena de ansiedad, dirigió á su padre una mirada interrogadora. D. Justo se contentó con responder:

—Tranquilízate, hija mia, Miguel es digno de tí y nos honra al aceptar tu mano.

El jóven se inclinó modestamente. En cuanto á Lucía, satisfecha con estas palabras, sintió que el amor usurpaba el puesto á la curiosidad y no quiso saber más.

La alegría iluminó aquellos tres semblantes.

—No he perdido un segundo para apresurar el anhelado instante,—dijo Miguel;—además del contrato matrimonial, que sólo espera nuestras firmas, todo se halla preparado. Mañana es el tercer aniversario de nuestro feliz encuentro en el Circo de Price; pues bien, mañana á la una, á la Vicaría; á las siete, comida de familia en Fornos, y por la noche, al Circo, donde nos conocimos.

—Pero ¡si este año no hay leones!—exclamó Lucía.

—¡Y á tí te aburren los *clowns*!—añadió D. Justo.

—¿Qué importa? — repuso Miguel. Bien cuadra la filosofía al hombre insensible ó desgraciado; cuando uno siente y es feliz, nada analiza, todo lo ve de color de rosa, y un *clown* se le antoja un dios.

X

La antevíspera de la boda el jóven preguntó á su amada:

—¿Te gustan los viajes?

—Los adoro.

—¿Qué país prefieres visitar?

—Amo la historia, el arte y la naturaleza.

—Comprendido, iremos á Italia y á Suiza.

—¿Y mi padre? ¿Y el tuyo y tu hermana?..

—Segun nuestras instrucciones, cuidarán de amueblar en tanto la casa cuya construccion toca á su término, y que ha de albergarnos á todos á nuestro regreso.

—¿Qué casa?..

—La de enfrente, la misma que has visto construir desde tus balcones. Habitaremos los cuartos segundos, y el resto para renta.

—¿Pero es nuestra esa casa?

—La he comprado en un millon.

Lucía recordó las palabras de Julia. Cuando ésta las profiriera, se hizo eco de una murmuracion sin fundamento. Más tarde Miguel, viendo la casa, se enamoró de ella y la adquirió; de suerte que esta vez la murmuracion, como el asno de la fábula, habia hecho sonar la flauta por casualidad.

Corta, pero escogida concurrencia asistió á la ceremonia nupcial, que se celebró con toda solemnidad y lucimiento. Segun es de suponer, no faltó Rosa, la hermana de Miguel, y el mismo D. Fernando, padre de ambos, se hizo conducir al templo, á pesar de su gota y sus achaques. Clara, aunque fué convidada, se excusó desde Toledo, no queriendo hallarse en presencia del hombre á quien habia ultrajado, más que por gusto ni mala voluntad, por distraer su ociosa y raquítica imaginacion.

Julia fué la que hubo de sonrojarse y prometerse para lo sucesivo mayor comedimiento, al ver á la digna y simpática ministra servir de madrina á la novia.

Como quiera que el novio comenzaba á gozar de alta consideracion, y algunos admiradores oficiosos, sin encomendarse á Dios ni al diablo, ya le indicaban para la cartera de Hacienda, con la que él ni siquiera soñaba, no hay para qué decir si los regalos fueron espléndidos y los bombos ruidosos.

XI

Lucía, ebria de felicidad, no habia vuelto á devanarse los sesos acerca de la improvisada fortuna de Miguel, cuyo orígen, con la preocupacion y quehaceres de la boda, tampoco D. Justo le habia revelado.

Hospedándose de paso para Italia en un lujosísimo hotel de Paris, despues de cambiar entre finas holandas las dulces primicias de su amor, la esposa dijo al esposo:

—¡Con que te habia caido el premio grande!

—Sí,—respondió él.

—¡Y te lo tenias tan callado!..

—Todo el mundo lo sabia.

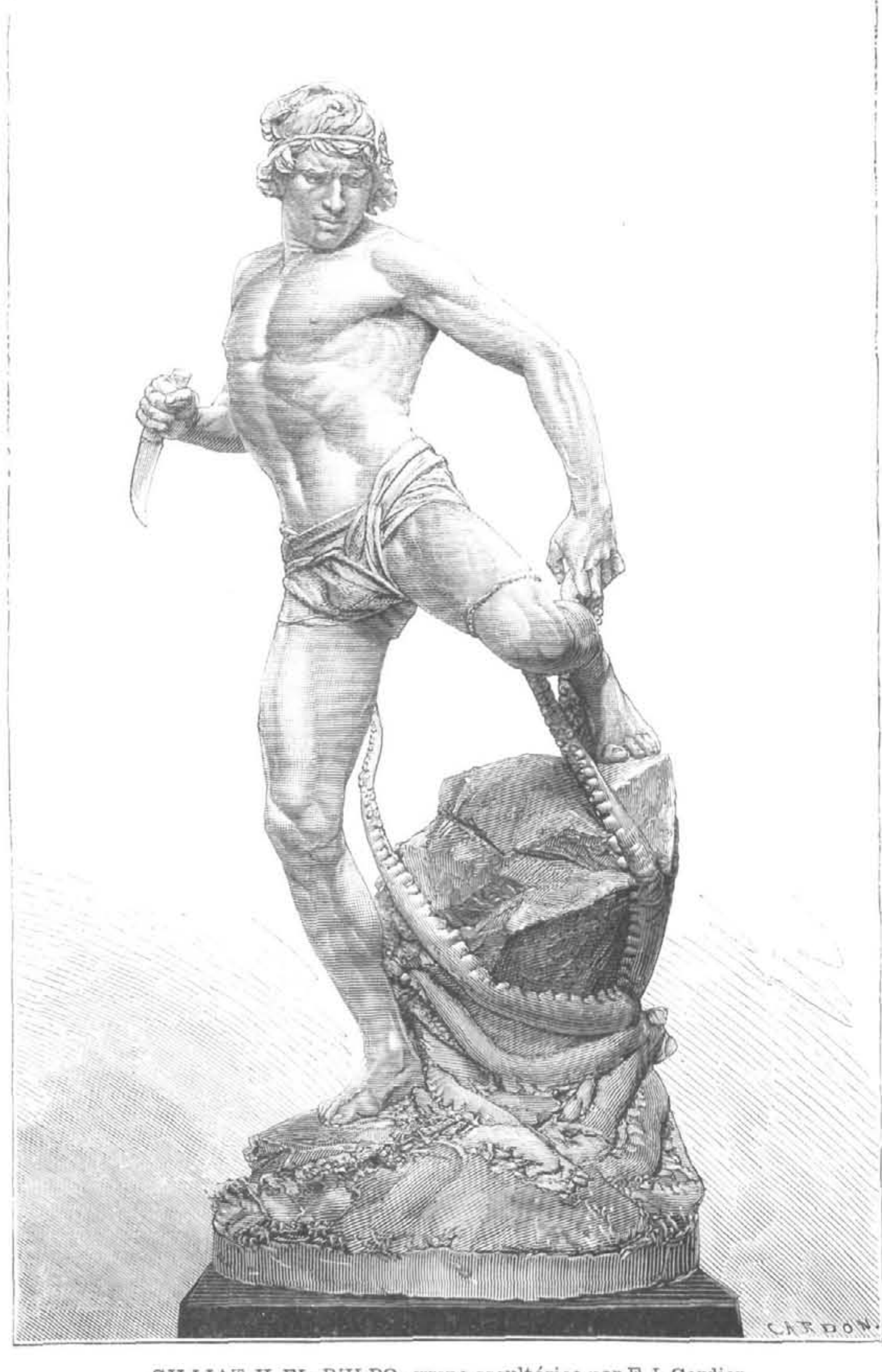
—Todo el mundo... ménos yo.

—Pero ¡si el premio grande eres tú misma!.. ¿A qué mayor premio podia yo aspirar?

Ella iba á formular una protesta, cuando Miguel le selló los labios con un beso.

En cuanto á Lucía, juzgando suficientemente premiado el billete de su existencia, no volvió á acordarse de la lotería.

JUAN TOMÁS SALVANY




GILLIAT Y EL PULPO, grupo escultórico por E. I. Cardier
Inspirado en la novela de Víctor Hugo *Los Trabajadores del mar*

## CRONICA CIENTIFICA

### MÁQUINA DE VAPOR SIN FUEGO Y SIN HUMO

En un periódico científico de los Estados-Unidos hemos leido la descripcion de la máquina de M. Moritz Honigmann de Grevenberg, que segun parece ha sido ya empleada en la traccion de algun tramway, y que es aplicable á estas vías así como á ferro carriles subterráneos, túneles y minas por la circunstancia especialísima y recomendable en alto grado de no exigir fuego ni producir humo; y no creemos fuera de propósito, dar á nuestros lectores habituales, una ligera idea del nuevo é interesante invento.

Trátase de una máquina de vapor: el agua convertida en flúido aeriforme constituye la fuerza motriz, ni más ni ménos que en las locomotoras ordinarias: existe como en estos aparatos y como en las máquinas fijas ó en las máquinas marinas una caldera donde el líquido hierve: pasa despues á los cilindros motores donde funciona por los procedimientos ordinarios, y hasta aquí nada hay nuevo ni distinto de lo que todo el mundo conoce y ve diariamente en fábricas y vias férreas.

Pero aquí empieza lo extraño y lo paradójico: no hay hogar (al ménos en la apariencia), ni fuego, ni combustible, ni humo.

Decimos que nada de esto hay en la apariencia, pero en la realidad hay *combustible y combustion*, y si no hay humo quedan al ménos *cenizas*.

Sólo que es preciso ampliar estos conceptos de *combustion* y de *ceniza*, con arreglo á las ideas modernas de la química y de la termodinámica.

Toda *combinacion química* en que hay *desarrollo de calórico* es una verdadera combustion para nuestro objeto: todo cuerpo que en presencia de otro es solicitado por la afinidad de ambos es *un combustible*; y todo residuo químico, ó sea todo producto cuyas afinidades estan *saciadas*, es un verdadero residuo y una verdadera ceniza para el caso.

Lo que á la industria le importa cuando busca fuerzas motrices es encontrar cuerpos que deseen combinarse (si esta palabra *deseo* es lícita tratándose del mundo inorgánico); lo que le interesa es que el trabajo de combinacion sea enorme y que el desarrollo de calórico sea el mayor posible; lo que contraria y mata toda aplicacion es encontrarse con sustancias inertes, saciadas y muertas, que todo es uno para nuestro problema dinámico.

Encuentra la industria carbon de piedra en las galerías de las profundas minas, tiene aire en todas partes, descubre que el oxígeno de éste y el carbono de aquél poseen afinidad invencible, y los pone en presencia y en condiciones favorables para que se unan: despues recoge el calor que el choque archimicroscópico de las moléculas ó de los átomos de ambas sustancias engendra y lo utiliza como potencia motriz en el vapor.

No es otra la teoría de esa admirable máquina que da nombre á nuestro siglo.

Y no es otra tampoco la teoría de la máquina de Moritz Henigmann.

Si el carbono y el oxígeno tienen gran afinidad, si apetecen combinarse, si al combinarse desprenden unas 8,000 calorías por cada kilógramo de cok, que á razon de 425 kilográmetros por caloría son 3.400,000 kilográmetros; la *sosa cáustica* y el *agua* tambien gozan de gran afinidad, tambien se combinan si se hallan en presencia y tambien desarrollan cierta cantidad de calórico al unirse en los estrechos lazos químicos de un hidrato.

Tal es la clave de la nueva máquina que describimos: en ella se utiliza la absorcion del agua ó mejor dicho del vapor por la sosa cáustica: ésta es en cierto modo el *combustible*, el vapor de agua hace el papel de *oxígeno* de la combustion ordinaria, y el calor desprendido en dicha absorcion es el que calienta la caldera.

Entremos ahora en algunos pormenores.

Todo el mecanismo redúcese á los siguientes elementos:

1.° La *caldera* generadora de vapor.

2.° El *cilindro motor* y las demás piezas receptoras como en las máquinas ordinarias.

3.° Alrededor de la caldera un depósito de forma adecuada con *sosa cáustica* ó con una solucion concentrada de esta sustancia, por ejemplo, 500 kilógramos.

Y esto es todo: ni más hogar, ni más carbon, ni más fuego, ni más chimenea, ni más condensador: y con esto trabaja un tranvía durante cinco horas segun los datos que tenemos á la vista.

Hé aquí ahora la explicacion.

El hidrato de sosa desarrolla una gran cantidad de calorías para su formacion, y áun otras nuevas calorías para nuevas disoluciones. Este calor evapora el agua de la caldera no de otra suerte que el calor de los hogares hace hervir el agua en las máquinas ordinarias.

Se produce, pues, vapor á 7 atmósferas, pongo por caso, y á la temperatura de 165° que es la que corresponde á esta presion y actúa en el cilindro motor sobre el émbolo desarrollando cierto trabajo, 4 caballos de vapor, por ejemplo, para lo cual consume 0,7 de caloría.

Despues de haber perdido esta cantidad de calor, ó

mejor dicho, de haberla transformado en energía mecánica, llega al depósito del hidrato de sosa que lo absorbe, desarrollando una gran cantidad de calórico, tanto que puede elevar la disolucion á más de 300° y este calórico es precisamente el que activa el hervor de la caldera, el que evapora nuevas cantidades de agua y el que actúa en la máquina como fuerza motriz. Es decir que la absorcion del vapor por la sosa engendra vapor, y la nueva absorcion de este nuevo vapor, otra cantidad nueva y así sucesivamente.

¿No es esto el movimiento continuo? preguntará algun malicioso ó algun desconfiado.

No ciertamente y ya hemos explicado porqué.

Tanto no lo es, que así como el carbon despues de absorber cierta cantidad de oxígeno no puede absorber más y se convierte en humo y en cenizas, así la sosa despues de absorber cierta cantidad de vapor, no puede absorber nuevas cantidades y el hidrato de sosa, ya inerte y diluido con exceso, es la verdadera ceniza de aquel singularísimo hogar. Es preciso por lo tanto sustituir la sosa consumida por nueva sosa al cabo de cierto número de horas.

Nótese además que al absorber el depósito de sosa el vapor que acaba de actuar, no altera la presion primitiva de dicho depósito, la cual continúa siendo de una atmósfera y no más que de una atmósfera, circunstancia importantísima, porque esa presion es la *contrapresion* del cilindro motor.

Pero tal sistema, dirá tal vez alguno de nuestros lectores, debe ser muy caro: ¡ahí es nada! ¡sustituir sosa al cok! ¡hidratar un álcali en vez de quemar carbon de piedra! la idea podrá ser exacta en teoría y áun prácticamente posible, pero bajo el punto de vista económico debe ser en extremo costoso dicho sistema.

La objecion es fundada, pero el inventor sale al encuentro y la desvanece con facilidad suma.

Cuando la sosa está bien hidratada y bien disuelta, cuando es incapaz de absorber nuevas cantidades de vapor y de engendrar nuevas calorías, se retira el depósito sustituyéndolo por otro en plena actividad, y se lleva el ya gastado á la estacion central del tranvía á *regenerarlo*, es decir á evaporar por medio del fuego toda el agua que absorbió la sosa cáustica. Segun los datos que nos suministra el periódico americano de donde extractamos esta noticia, con una libra de cok se evaporan diez libras de agua y vuelve á su primer estado y en disposicion de actuar de nuevo la sosa empleada, la cual de este modo no se consume nunca ó al ménos dura meses y áun años.



LA LECTURA, cuadro por la señorita Diana Coomans

Vemos que, en último resultado, la verdadera fuerza motriz es la que engendra la combustion del cok empleado para regenerar la sosa; sólo que se quema en la estacion en vez de quemarse en la locomotora.

El ciclo de la operacion queda con lo dicho completo y cerrado.

1.° El agua y la sosa cáustica *están separadas* á cierta distancia una masa de otra; como *un peso* en lo alto de una torre y abajo el suelo, la tierra, la gran masa atractiva.

2.° *El agua* ó sea el vapor y la *sosa cáustica* se unen en el depósito de la locomotora, absorbiendo esta á aquel, que es como decir precipitándose uno á otro, que es, repetimos todavía, como si cayese el peso desde lo alto de la torre al suelo. En esta union se desarrolla calórico y de este modo el depósito de sosa se convierte en verdadero hogar de la locomotora.

3.° El vapor engendrado, despues de actuar como fuerza motriz, va al depósito de sosa, con una contra-presion de una sola atmósfera, y alimenta aquella especialísima combustion que en este caso llamase *hidratacion* y *disolucion*.

Es decir que condensador y caldera en esta clase de máquinas todo es uno.

4.° La sosa ya inerte; ó de otro modo, la *sosa cáustica* y *el agua* ya unidas, que es como decir *el peso al pié de la torre* y su energía ya gastada, llévanse á la estacion central donde por medio de la combustion del cok se *separan*. Lo cual equivale á volver á subir el peso á lo alto de la torre, á preparar un nuevo trabajo motor, á transformar la afinidad ya satisfecha del carbon y el oxígeno en afinidad potencial de la sosa y del agua.

Tal es la teoría de la nueva máquina en sus rasgos generales: un estudio más detenido, un juicio crítico completo de los datos numéricos consignados sobre los cuales hay mucho que decir, y una apreciacion técnica del invento sobre el cual algo hay que decir tambien, todo esto en suma no es materia propia para artículos de mera propaganda.

Nos limitaremos pues á resumir las ventajas del novísimo sistema segun su inventor.

*Primera.* La máquina ni lleva fuego ni da humo.

*Segunda.* La contra-presion es constantemente de una atmósfera.

*Tercera.* El condensador y el hogar son una misma cosa, porque están reducidos al depósito de sosa cáustica.

*Cuarta.* Si bien es cierto que al fin y al cabo la verdadera fuerza motriz que se consume es la del cok que se quema para regenerar la sosa, no es ménos cierto que la combustion puede hacerse en condiciones *mucho más económicas* en una estacion fija que en una locomotora en movimiento.

*Quinta.* El peso de la máquina es muy reducido en comparacion con el de las máquinas de vapor análogas. «Donde se necesita, dice el inventor, una máquina de 10 toneladas de las últimas, basta con una máquina de 4 toneladas, de las mias.»

Y ya sólo nos queda una observacion para concluir.

Hemos hablado muchas veces de la energía del calor solar: pues hé aquí un nuevo medio de utilizarlo.

En vez de emplear cok para regenerar la sosa, empléese el calor del sol en evaporar el agua, y la energía dinámica del álcali perenne é inalterable será como el ave fénix que renace de sus propias cenizas.

JOSÉ ECHEGARAY





IMP. DE MONTANER Y SIMON




AÑO II — BARCELONA 24 DE DICIEMBRE DE 1883 — NÚM. 104

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

## SUMARIO



## REVISTA DE MADRID

La *Pasionaria*.—Entusiasmo del público.—Salidas del autor.—Omision de los lunares.—Futuros triunfos.—El corazon y la ley.—Las mujeres que matan.—El asueto de los estudiantes.—El calendario de ayer y el almanaque de hoy.—Los números que salen.

El único foco de calor que hay ahora en Madrid es el teatro de la Zarzuela.

*La pasionaria* enardece los corazones. Todas las noches acude numeroso público á aplaudir la obra de Leopoldo Cano. ¡Cuestion de arte mezclado con temperatura!

—Yo no sé—decia un individuo el otro dia,—lo que tiene la obra de Cano. Para mí es una estufa.... un brasero. Yo voy á verla todas las noches. Llego al teatro helado de frio; y apénas se levanta el telon empiezo á sentir

LA VÍRGEN DE LA SILLA, cuadro por Rafael

que un agradable calor recorre mi cuerpo. El corazon me late con fuerza inusitada. Me entusiasmo, grito, aplaudo con furor; y con las palmadas entra en reaccion el frio de las manos; me abraso en amor artístico, me creo en el Ecuador, y empezaria á desnudarme de mis ropas si las conveniencias sociales no lo impidieran.

***

Ello es que la obra de Leopoldo Cano ha tenido un éxito formidable, descomunal, completo.

Yo no puedo ocultar mi alegría.... ¿Por qué disfrazar los sentimientos que echan raíces en lo más recóndito del alma? Leopoldo Cano es amigo mio; pero esto no seria bastante para justificar mi entusiasmo. ¡Tiene uno tantos amigos vulgares, de esos que poseen excelentes condiciones morales, pero que no pueden ser presentados sin detrimento de la buena fama literaria ante un público ilustrado y distinguido! La hombría de bien no significa siempre brillante inspiracion, estro penetrante y fecundo, miras desenvueltas, franqueza extraordinaria, punto de vista social, acierto artístico.... no. Cuando se trata de un hombre bueno en materias literarias se quiere decir:

—Tengo el gusto de presentar á ustedes á don Fulano de tal. Es poeta, autor dramático, con más intencion que un toro de Miura; éste os hace reir y os hace llorar á la vez; guarda en su alma la llave de vuestros sentimientos; tiene á discrecion suya el sarcasmo y la sátira aguda para flagelar despiadadamente los vicios sociales; hunde en el fondo de las cosas humanas su afilado bisturí, y arranca las entrañas al crímen ofreciéndoselas al público con magistral y soberano atrevimiento; este autor no se anda con tapujos..... le dice á la sociedad: «¡tú eres así; enmiéndate!» Y al código le vocifera estas palabras: «¡eres incompleto, frio! es necesario que te reformes en defensa de la pobre mujer seducida....»

Este es Leopoldo Cano. Todas las noches tiene que salir infinidad de veces al proscenio del teatro de la Zarzuela para satisfacer el ansia y el entusiasmo del público.

Es una tarea que halaga el amor propio y que redondea el bolsillo, pero que no se halla inscrita en la lista de personajes de ninguna obra dramática.

Si los autores conocieran de antemano el éxito podrian escribir en la primera página de sus obras:

PERSONAJES

D. Fulano de Tal...
D. Mengano...
La señora de éste...
La hija de aquél...
El amigo...
El criado...
Etc., etc., etc, etc.
Y el autor.

NOTA.—Este último personaje saldrá, interrumpiendo la escena, en medio de los actos, cuando al público se le antoje, y saludará galantemente á uno y otro lado, como diciendo:

—Gracias, señores; muchas gracias. Nos entendemos... Estamos de acuerdo. Yo he pasado muchas noches en vela, dando vida á esos tipos que veis ahora moverse en estas tablas... Les he infundido una pasion, un sentimiento, una tendencia; les he dado un alma, como la da Dios al sér que se forma en el claustro materno; les he puesto despues en contacto entre sí, y de la diversidad de caractéres y de las peripecias de la vida han surgido estas combinaciones, estas luchas, estos conflictos que vosotros aplaudís ahora... Gracias; muchas gracias.. La ovacion que me tributais quedará grabada en el fondo de mi alma.. Y ahora, me retiro, para que descanseis un poco durante el entreacto y emprendais despues de nuevo el hilo de mi trama hasta el desenlace, con el cual soñareis durante la noche, y de cuya catástrofe os acordareis mañana en medio de la vulgar y prosaica realidad de la vida.

***

¡Qué dicha para los autores si todos pudieran decir esto!

Pero desgraciadamente, son pocos los escogidos.

Entre estos pocos, lo repito, figura Leopoldo Cano.

La pasion no me ciega.

Yo sé que *La Pasionaria* tiene defectos. A pesar de lo deslumbrante y esplendoroso y magnífico que es el sol, ¿acaso los críticos del astro del dia, que son los astrónomos, no descubren multitud de manchas en el luminar celeste?

¡Ah! pero no importa: la naturaleza se anima, se despliega y sonríe bajo sus ardorosos besos: las flores le dedican sus matizados colores y sus perfumes; los insectos zumban y aletean en loor suyo; la atmósfera límpida y azul toma en presencia del sol la brillantez de una turquesa; la alegría recorre los aires; el bienestar invade los corazones; todo son himnos y alabanzas al padre de la luz, al señor del Universo...

Los dias encapotados y nebulosos equivalen para los séres de la tierra á representaciones teatrales llenas de aburrimiento y fastidio..... Los dias serenos y apacibles son funciones de buen éxito.

¡La obra de Leopoldo Cano ha sido, pues, un espectáculo de primavera!

Prescindamos de sus lunares.

¿La aplaude el público con entusiasmo delirante? Sí. ¿Invade la espaciosa sala del teatro de la Zarzuela, durante los tres actos de la obra, una especie de corriente eléctrica que se apodera de las almas y las coloca unánimes en tension extraordinaria? No cabe duda. ¿Se rien los espectadores y lloran á la vez, y aplauden, y producen murmullos de aprobacion y asentimiento? Es evidente. Pues entónces, *La Pasionaria* tendrá larga vida. Los tipos que forman la trama de esa obra recorrerán en triunfo todos los teatros de España. Aquel Justo, pérfido, hipócrita, artero, será odiado en todas las provincias. No habrá un solo pueblo de alguna importancia donde el hermoso carácter de Marcial, vaciado en el espíritu de España, emprendedor, audaz, franco, desinteresado, algo *quijotesco* en fin, no encuentre acogida simpática. Las personas sensibles llorarán con las desgracias de la pobre Petra (la Pasionaria): su hija Margarita se hará un predilecto lugar en todos los corazones. Aquel juez tan aficionado á la tauromaquia que al parecer lo que mejor ha estudiado son las leyes de Toro, produciria en todas partes sonoras carcajadas. Y D. Perfecto y D.ª Lucrecia serán mirados con repulsion donde quiera que se presenten.

Esto vale tanto como decir que el drama de Leopoldo Cano encarnará en la sociedad española. La idea que lo ha inspirado es laudable y oportuna. El corazon y la ley se hallan en constante pugna.

La mujer, ofendida hasta el último extremo, se toma la justicia por su mano. Hunde un puñal en el pecho de su ofensor...

Y el público sanciona este desenlace con ruidosos aplausos.

Hace tiempo que en Francia, despues del célebre proceso de María Biére escribió Alejandro Dumas un libro titulado *Las mujeres que matan*. Era un libro de solemne disculpa, de atenuacion vigorosa y esforzada.

Pues bien, Leopoldo Cano ha llevado con no ménos atrevimiento que el célebre autor francés este pensamiento al teatro.

Su nuevo drama pudiera llamarse:

*La mujer que mata.*

***

Algunos estudiantes han tratado de pedir anticipadamente el tradicional asueto que disfrutan durante las Pascuas de Navidad.

Los fieles cristianos de todos los países celebran con un dia, con dos lo más el recuerdo del natalicio del Señor; pero los estudiantes, en cuyo juvenil corazon deben de grabarse como en blanda cera las efemérides religiosas, necesitan muchos más dias que el resto de los mortales para entrar de nuevo en la análisis profana de las ideas.

El estudiante podrá mirar por lo que á la ciencia incumbe, hácia el porvenir, no lo niego; pero afirmo que respecto á almanaques se encuentra á la altura de los que se publicaban en los tiempos de Mari-Castaña. ¡Excelentes libros! Aún los recuerdo con cierto deleitoso estremecimiento. Un juicio del año que terminaba con el sacramental «*Dios sobre todo*», y unas cuantas páginas en que artísticamente alternaban las predicciones atmosféricas, los ayunos y abstinencias, los dias de sacar bula, los nombres de los varones virtuosos que han merecido el título de santo... y todo ello ilustrado con multitud de cruces que indicaban otros tantos dias de holganza, á la manera que ciertas manecillas pintadas en algunas paredes indican que en la direccion del dedo vive álguien que ofrece al transeunte sus servicios.

El calendario ha sido el libro con el cual se han educado generaciones enteras.

Aún hoy dia se ve colgado en las cocinas de las casas de campo y es consultado diariamente por los sencillos labradores que estudian en él, si deben ó no guiar su yunta al trabajo, ó si una próxima lluvia reblandecerá el suelo de sus propiedades.

Mas, por lo general, parece que el diablo, que no cesa de estudiar el medio de hacer mal tercio á los huéspedes del Paraíso, ha metido la pata en los almanaques, haciendo que el santoral, en otro tiempo exclusivo objeto de tan piadoso librito, sea hoy dia solamente un pretexto para que escritores más ó ménos intencionados descarguen en sus páginas todos los cuentos y chascarrillos amontonados en su mollera durante todo el año, ó para que los dibujantes de chispa luzcan su habilidad trazando sobre el papel graciosas caricaturas.

Antiguamente el calendario parecia decir al cristiano: «Hoy es tal santo; recuerda que ese varon hizo esto y lo otro y lo de más allá: en conmemoracion de lo cual, debes alimentarte con yerbas y dejar los trabajos del campo.»

En una palabra, el calendario era la sumision, la templanza, el recuerdo de sufrimientos y martirios: hoy dia el almanaque nos invita á reir, á solazarnos, ofreciéndonos ratos de buen humor y alegres y gozosas expansiones.

No hablo del almanaque de pared. Este es aún más moderno, y tiene un carácter puramente comercial. Cada dia se arranca una hoja. Tiene algo del corazon que va perdiendo una tras otra sus ilusiones.

***

Eco de la lotería.

Un loco tenia fama de acertar los números que salian premiados.

Un sujeto fué á verle suplicándole le escribiera los números que habian de salir.

El loco escribió:

2,305
11,252
48,679

—Apréndaselos usted de memoria, dijo al que le consultaba.

Y despues hizo una bola con el papel, se la metió en la boca, la mascó un rato, la tragó y concluyó diciendo con aire de profecía:

—¡Mañana sin falta saldrán estos números!

PEDRO BOFILL

Madrid 21 diciembre de 1883.

---

## NUESTROS GRABADOS

### LA VIRGEN DE LA SILLA, cuadro por Rafael

Si cupiera aplicar á un artista la denominacion de *celestial*, Rafael y Murillo se disputarian este calificativo, y el juicio de la crítica quizás permaneciera indeciso perpétuamente.

Cuando nos fijamos en una *Inmaculada* del pintor sevillano, nuestra vista se extasía en la contemplacion de aquel tipo místicamente ideal, *inmaculado*, digámoslo así, expresivo de un sentimiento tan distante de la tierra, como distantes se encuentran de ella las vaporosas nubes en que sienta su planta la Reina de los ángeles.

Pero cuando, por dicha, tropezamos con una *Virgen* del pintor de Urbino y leemos en la biografía de este insigne artista que ese tipo de belleza y de candor que en ella admiramos, es retrato de una mujer que ha existido, que amó frenéticamente al pintor y de quien fué amada con igual intensidad, comprendemos la pasion, la idolatría del gran maestro por la Fornarina, por esa criatura humana que así se prestaba á ejecutar lo divino.

Véase, si no, el cuadro cuya copia publicamos, en el cual únicamente cabe que la vista se aparte de la contemplacion de la Madre para recrearse en la del Hijo. Aquilata el valor de este cuadro el correcto dibujo de su reproductor y el respeto y seguridad con que ha sido grabado esta vez; doble circunstancia indispensable cuando se trata de saborear, siquiera á mucha distancia de la realidad, las bellezas de una obra del primer pintor de Italia.

### RESPETEMOS LOS JUICIOS DE DIOS,... cuadro por W. Amberg

La dama de ese cuadro, que tan amargamente llora, debe haber sufrido una de esas pérdidas para las cuales no hay en la tierra compensacion ni consuelo. Huyendo las banales manifestaciones de la amistad oficial, que pretende sepultar la pena bajo una balumba de cumplimientos estériles, se ha trasladado al campo, en busca de aquella soledad que, más generosa, no pretende extinguir el llanto del afligido, única válvula contra el inminente estallido del corazon.

Allí, empero, la amiga verdadera ha ido en su busca, y á solas, bajo las inmensas bóvedas del majestuoso templo de la naturaleza, la habla de Dios y de sus inescrutables designios, de Dios que ha prometido el reino de la luz perpetua á cuantos hayan llorado mucho en este valle, envuelto casi siempre en las tinieblas de la pena.

Tal es el tema desarrollado en esta composicion; y áun cuando el autor no ha dado grande importancia á los personajes, el conjunto produce el efecto deseado y explica cumplidamente el tema que se ha propuesto ejecutar.

### MUERTE DE RUBENS, cuadro por Brée

El dia 30 de mayo de 1640, los buenos ciudadanos de Amberes se estremecian oyendo el fúnebre doblar de una campana que anunciaba la agonía de un hombre. Bien pronto, al toque de agonía sucedió el toque de muerte, y más de una rodilla se doblegó espontáneamente y de muchos labios salió una plegaria, bien sincera, por el alma de Pedro Pablo Rubens, el gran maestro de la escuela flamenca, fallecido á los 63 años de edad, en la plenitud de su gloria.

El pintor Brée ha dotado al Museo de Amberes de un lienzo en que describe, por medio de los sublimes recursos del arte, los últimos momentos del portentoso genio que, gracias á un favor no muy comun de la Providencia, fué á un tiempo feliz diplomático y habilísimo cuanto fecundo artista, y en todo y por todo el hombre más afortunado de su tiempo.

El cuadro de Brée satisface por completo el propósito del autor. En el centro el agonizante Rubens que, anciano y moribundo, conserva todavía un resto de su seductora belleza, y siente sobre su frente el postrer rayo de sol, último favor que le ha pedido al cielo. A la derecha de Rubens sus dos hijos y sus discípulos luchan entre el temor y la esperanza de algunos instantes más de vida, al paso que en el lado opuesto, perdida toda ilusion, la jóven y bella segunda esposa del gran pintor, Elena Forman, cae desmayada en brazos de Gevaerts, secretario de Estado é íntimo amigo de Rubens. En frente de éste el notario que autoriza su última voluntad, interroga al testador con la mirada, cual si estuviera pendiente de una frase suprema; miéntras, á espaldas del maestro, los ministros de la religion encomiendan á Dios al cristiano á quien acaban de administrar los últimos sacramentos.

El asunto está perfectamente interpretado: la ejecucion prueba que, entre artistas, no siempre son enemigos los de un mismo oficio.

**LA MITRA DE NAVIDAD,**
**busto modelado por E. Clarasó**

Ese muchacho pertenece á la galería de los tipos que se van. Cuantos peinan canas, y algunos que ni áun canas peinamos, recuerdan con fruicion esa mitra de papel de estraza, grosero envase de unos barquillos suspirados por la tierna infancia durante trescientos sesenta y cuatro dias al año. ¡Ay, lectores mios!.... Por aquel entónces los hombres, y sobre todo los niños, se contentaban con muy poca cosa: la idea del pavo de Pascuas llenaba por completo la imaginacion y la mesa, y cuando al final del clásico banquete, compuesto invariablemente de macarrones, puchero y la indispensable ave indiana, con intermedio de ensalada de apio, aparecian las dos únicas variantes conocidas de turron, fino y de Alicante, y pasaban del fogon á los manteles los frágiles barquillos; la turba menuda profería un grito de entusiasmo, que degeneraba en sabrosa risa al posarse en la cabeza de uno de los vástagos el enorme cucurucho que habia contenido las delgadas golosinas propias de la festividad celebrada.

Clarasó ha tratado con acierto al improvisado *obispo* de sobremesa, cuya ingenua sonrisa nos da á entender el éxito obtenido por esa inocente broma de Navidad.

**LA CORONACION DE MARÍA,**
**cuadro por Moretto de Brescia**

El autor de este cuadro puede ser calificado de maestro en la buena escuela italiana. Si en su conjunto es de admirar la elegancia de la composicion, en algunas particularidades de su dibujo, y muy especialmente en las figuras correspondientes al lado de la Vírgen, son de ver rasgos que no desdeñaria el mismo Rafael. El asunto ha inspirado, ántes y despues, varios cuadros; si bien en el que hoy publicamos los santos que entran en la composicion, son, como en cada caso, los de devocion especial en el pueblo de Celso, para cuya iglesia de San Nazario fué pintado este lienzo, San Francisco de Asís, San José, el arcángel San Miguel y San Nicolás.

En cuanto al autor, conocido por Moretto de Brescia, hay que hacer constar que ni se llamaba Moretto, ni Brescia era el lugar de su nacimiento. Llamábase Alejandro Buonviccino y nació, en 1485, en Rovatto, pueblo no muy distante de Brescia. Pintor esencialmente místico, pertenece á la correcta escuela que hizo imperecedera el genio inmortal del autor de *la Perla*.

**ALEGORIA DE LA NATIVIDAD DE N. S. JESUCRISTO, cuadro por el Correggio**

Este célebre lienzo del insigne artista italiano Antonio Allegri, vulgarmente conocido por el Correggio, es otra de las brillantes páginas de la historia de la pintura italiana durante los siglos XVI y XVII. En él ha figurado el autor á María, teniendo en brazos á su divino Hijo á quien contempla amorosamente, y el cual examina á su vez el libro de su futura historia cuyas hojas sostenidas por el evangelista San Márcos, le va enseñando un ángel. A la izquierda del niño Jesus está María Magdalena, una de las figuras culminantes de dicha historia, en actitud de besarle los piés, como se los besó arrepentida cuando hombre, y el Redentor parece perdonarla de antemano, posando cariñosamente su mano sobre la cabeza de la pecadora.

Es inútil que encarezcamos las bellezas de este cuadro en cuanto á su ejecucion: basta contemplar la lámina, soberbiamente grabada por Mauro Gandolfi, para que hasta la persona ménos competente admire la obra del Correggio.

---

LAS NARICES DE SU ALTEZA

*(Conclusion)*

VI

Cardona se resolvió, pues, á hacer que la princesa admitiera el novio elegido por él, y se preocupó poco de las consecuencias de su resolucion. Él era hombre que confiaba, y podia confiar, en los recursos de su ingenio.

De todos los demás pretendientes á la mano de Rosalinda llegaron á la Corte de Bábia retratos que, en opinion de los originales, habian de abrasar con fuego de amores el sensible corazon de la ilustre doncella. Aunque entónces la pintura distaba bastante de ser lo que es hoy y no habia por las Cortes de aquellos tiempos pintores de Cámara capaces, como un Federico Madrazo, de divinizar una hermosura, disimular una fealdad y humanizar un mico, todos los pretendientes procuraron y consiguieron dar buena idea de sí aumentando el pequeño su estatura, disimulando el gordo su obesidad, apareciendo airoso el flaco, dulce y tierno el de afeminada fisonomía, varonil el selvático y duro de facciones, y todos en general con un semblante respirando salud y buen humor.

Como Cardona queria sacar triunfante la candidatura del príncipe Pino de Oro, apénas iba recibiendo retratos se encerraba con un artista de toda su confianza y á quien pagaba espléndidamente sutrabajo y ponia á aquellos pobres señores..... probablemente tan feos como en su mayor parte serian mirados cara á cara.

La princesa iba viendo y desechando retratos y ya solo le quedaba por ver el del heredero del trono de Trapobana; pero habia ella encontrado tan horribles todos los demás, y Cardona, en cuyo talento y cariño tenia plena seguridad, le contaba tales cosas de las prendas morales de Pino de oro, que, aunque su retrato no acababa de llegar nunca, ella se resolvió á casarse con él, diciendo á sus padres:

—Cardona me asegura que ese es el novio que me conviene más. Segun él, es de una figura muy simpática y agraciada y supera á todos en las prendas del ánimo. Díganle Vds. que venga cuando quiera y encarguen hoy mismo mi *trousseau* á Paris.

VII

Cardona se apresuró á complacer á la princesita, y en Trapobana fué tal la impresion que produjo la noticia de ser Pino de oro el preferido, que el rey Perico, padre del novio, se murió de gusto, quedando aquel por dueño de sus estados y convertida la princesita en futura reina de una de las mejores islas del mundo. Rosalinda habia tenido presentes para su eleccion las virtudes y perfecciones morales de Pino de oro, y así premia el cielo,—cuando se digna premiarlas,—la sensatez de las vírgenes y la abnegacion de las altezas reales.

Pasados los meses de luto, verificadas en Trapobana la jura y coronacion del nuevo rey con ménos aparato y con ménos temores que los que ahora ha habido en la del nuevo Czar de todas las Rusias, Pino de oro, acompañado de brillante séquito, se dirigió á la capital de Bábia para casarse con la princesa Rosalinda.

Las costumbres y las ordenanzas cancillerescas parecian aconsejar y autorizar la ida de la mujer al país del esposo con quien habia de vivir y donde habian de residir ambos; pero el Rey que rabió era un soberano de gran importancia política, el príncipe Pino de Oro se pasaba de galante y atento y, además, la corte de Trapobana no estaba para fiestas y regocijos públicos despues de la muerte del rey Perico, no siendo cosa de que la princesa Rosalinda hiciese una boda de *requiem*, por decirlo así, bajo el frívolo pretexto de la muerte de un suegro.

VIII

Nuestros lectores están persuadidos de que Cardona era hombre de mucho mérito y no extrañarán que fuese grande el número de sus enemigos. Grande era, en efecto, y si algun disgusto dejó de dársele en aquella ocasion fué porque no hubo medio humano de que él lo tomara.

De la cámara de la princesa trascendió á todo el palacio real la curiosa historia de los retratos enviados á Bábia por los amartelados pretendientes de Rosalinda, y la circunstancia de haber sido elegido Pino de oro sin que la princesa tuviese la menor idea de su figura produjo verdadero escándalo. La prensa de todas clases tomó por su cuenta el asunto y unos periódicos atacando sin consideracion al Ministro, otros defendiéndole con torpeza verdaderamente ministerial, no le dejaron hueso sano y llevaban camino de arrebatarle mucha de la popularidad que tenia en el reino. Llegó á hablarse hasta de la publicacion de un folleto explicando en qué cantidad habia comprado á Cardona el difunto rey Perico, y el hábil consejero, aunque podia despreciar cierto género de ataques, comprendió al fin que su posicion era un poco falsa y que convenia hacer algo.

Pronto adoptó su determinacion sirviéndole para comenzar á realizarla una interpelacion de que fué objeto sobre el asunto del retrato en la cámara de los Nones,—que se llamaba así porque en ningun caso podia ser par el número de sus miembros, merced sin duda á una preocupacion parecida á la que obliga á tomar nueve, once ó trece y nunca diez, doce ó catorce baños en los establecimientos de aguas minerales de España.

Cardona se levantó tranquilamente á contestar al interpelante y con la sonrisa en los labios, con una calma que llegó á desconcertar á sus enemigos, aseguró que el Príncipe Pino de Oro, á pesar de ser hombre de arrogante y gallarda figura, no habia querido, por considerarlo impropio y poco airoso, enviar su retrato hasta que el exámen de otras prendas suyas decidiese ó imposibilitase su eleccion; pero que, una vez elegido, no habia tenido el menor inconveniente en enviar su *vera efigie* y que esta seria expuesta al público en la Puerta de la Luna (el sitio más céntrico de Bábia) de un momento á otro.

Con esta declaracion forzoso fué que cesaran las hablillas, y la curiosidad por saber cómo era el príncipe Pino de Oro embargó enteramente el ánimo de la multitud.

Decíase aquella noche por los cafés, y la prensa oficiosa lo confirmaba plenamente, que Cardona habia hecho copiar en tamaño monumental la miniatura venida de Trapobana y que el gigastesco lienzo, de diez varas de largo por cinco de ancho, estaria colgado desde el amanecer hasta el anochecer del otro dia en la fachada del Principal. (Así llamaban en Bábia al Ministerio de la Gobernacion.)

Hubo quien tomó posicion en aquel sitio público desde las doce de la noche, y no faltó una señora que, empujada por la gente que iba llegando y queriendo á toda costa ser de las primeras en ver la pintura, se pasó ocho horas metida en agua hasta muy cerca de la cintura en el pilon de una fuente que habia en el centro de la Puerta de la Luna.

IX

Cardona se habia ido desde la Cámara de los Nones al estudio del pintor encargado del retrato monumental del príncipe.

—¿Está contento V. E. de mi trabajo? preguntaba el artista al ministro espiando en la severa fisonomía de éste un gesto de aprobacion.

Cardona con los lentes calados examinaba á conveniente distancia la pintura y replicaba al pintor:

—No señor, no estoy satisfecho: esas narices son todavía pequeñas.

—¿Pequeñas?—exclamaba desolado el retratista. —Repare V. E. que las he aumentado en una tercera parte.

—Pues aún es poco. Es preciso que la nariz del Príncipe Pino de Oro sea en ese retrato tan grande como todo el resto de su cuerpo.

Oyendo hablar así á Cardona, creyó el pintor que aquel hombre habia perdido la cabeza; pero conocedor de su genio y temeroso de perder él la suya si se propasaba á contradecirle, subióse en su escalera, tomo tiento, paleta y pinceles y la nariz de Pino de Oro eclipsó á aquella que nuestro famoso Quevedo comparaba á *un elefante panza-arriba*.

Cuando Bábia entera, congregada en la Puerta de la Luna, vió aquel mascaron, las carcajadas las cuchufletas, los gritos de indignacion verdadera ó fingida llegaron hasta el Real Palacio y se abrieron paso hasta las mismas habitaciones de la princesa.

—¡Os quieren casar con un monstruo, señora!—gritaba una dama de honor y mérito, que habia tenido el honor de pasarse la noche al sereno y el mérito de haberse colocado en primera fila para ver el retrato.—Con las narices de vuestro prometido se puede remediar un regimiento de chatos y quedarse él con las necesarias.

—¡Aquello no es nariz, señora!—vociferaba un gentil-hombre encantado de ser chato por primera vez en su vida.—Aquello es monumento público.

—Cardona abusa del cariño que vuestra Alteza le profesa,—observaba el oficialito de guardia retorciéndose el bigote y pensando sin duda en lo feliz que seria la princesa casándose con él.

Rosalinda se creyó víctima del más atroz de los engaños y rompió á llorar desconsoladamente; Maricastaña recordó la primera época de su matrimonio, se abrazó á su hija y lloró tambien, aunque sin acusar á Cardona, á quien debia mucho, segun aseguraba entre suspiros y sollozos; y el Rey que rabió, á juzgar por lo que bufaba y pateaba, parecia que iba á rabiar de nuevo, no faltando quien sospechase que en esta ocasion llegaria á morder.

Pero no se crea que el rey acusaba á Cardona: su rabia era contra los que se permitian acusarle en presencia suya y olvidar lo mucho que él y su esposa le debian.

Todo se volvia en la régia cámara discusion y batahola imponderables, á que puso término la princesita disponiendo con voz entera que enganchasen su coche y declarando que en aquel mismo instante iba á ver el retrato oculto para ella y conocido ya de toda la poblacion.

Cardona apareció entónces y, con asombro general de todos los presentes, ofreció el brazo á Su Alteza y se brindó á servirla de escudero.

Ver la princesa el retrato, lanzar un grito de sorpresa y de indignacion y asegurar que ella no se casaba con aquellas narices, todo fué uno.

Un suceso casual y realmente imprevisto vino á aumentar la confusion y á complicar las cosas: el príncipe Pino de oro, espoleado por el afan de ver pronto á su bella prometida, habia hecho el viaje á marchas forzadas y, segun aviso de un correo, entraba ya por las puertas de la poblacion.

Describir el efecto que aquella noticia produjo seria empresa punto ménos que imposible. La curiosidad y la expectacion se hicieron aun más grandes; todo el mundo tenia fijas sus miradas en el rostro de Cardona y al ver que en él se dibujaba una son-



RESPETEMOS LOS JUICIOS DE DIOS....., cuadro por W. Amberg



MUERTE DE RUBENS, cuadro por Brée

risa de satisfaccion, todo el mundo creyó que el ministro se habia vuelto loco.

X

Bábia entera corrió al encuentro de aquel á quien ya llamaban todos allí *el príncipe narigudo*. Viéronle al fin el pueblo y la princesa, y princesa y pueblo á la par lanzaron un grito de asombro y quedáronse con un palmo de boca abierta.

Las narices del príncipe eran grandes, sin duda; pero, comparadas con las del retrato ofrecido por Cardona á la consideracion pública, no ofrecian nada de particular: parecian hasta narices.

—¡Aunque son grandes, no son para tanto!—decia todo el mundo.

—¡No son para tanto! repetia la princesa respirando libremente, mirando con terror las narices del lienzo y con alegría las del original.

Uno de los enemigos más encarnizados del ministro llegó á decir á la princesa:

—Señora; esto ha sido una intriga para casaros con un chato.

La princesa encontró suficientes las narices de su futuro esposo, se casó gustosísima con él, fué una de las mujeres más felices del mundo y fué siempre esposa fidelísima porque, siguiendo el consejo de Cardona, no comparó nunca las narices de Pino de oro con otras que con las del retrato.

Y sin sacar deducciones filosóficas de un hecho histórico que convida á grandes pensamientos, permítanme los lectores que termine esta verídica relacion con la consagrada frase de

«Colorin, colorado,
mi cuento ya está acabado.»

CÁRLOS COELLO

---

## FANTASÍA

### EL ÚLTIMO DIA DEL AÑO

Hace doce meses próximamente que tracé sobre una cuartilla la siguiente fecha:

1883

Aquella cuartilla y sus once compañeras estaban en blanco.

En vano quise llenarlas con mis pobres pensamientos; en vano se ofrecieron á los lectores de *La Ilustracion Artística* en ordenada columna; faltábales la misteriosa gota que hace derramar el vaso, que levanta el nivel del mar, como afirma un poeta amigo mio; faltábales otra fecha que no podia escribirse aún:

¡1884!

Entre estas dos fechas, hay un período entero hácia el cual he de volver los ojos. Puede representarse por otras doce cuartillas llenas de garrapatos, tachones y patas de mosca.

Los doce meses del año.

Y, en efecto, ¿qué es un año? Un libro de memorias en el que vamos sentando, dia por dia y á pesar nuestro, cierto número de ideas, hechos, arrepentimientos y resoluciones.

De la misma manera que el que escribe mancha la hoja cada vez que logra sentar en ella la pluma; el que piensa, gasta una serie de instantes ó de minutos que están perdidos para siempre.

La palabra que ahora trazo, ocupa una parte de la línea é inutiliza un poco de papel; el pensamiento que desenvuelvo mata y absorbe un espacio de tiempo.

Sólo tachando ó borrando, es decir, buscando lugar á la palabra, puede volverse sobre lo escrito; sólo obrando y viviendo, es decir, anulando con nuevos actos los actos realizados anteriormente, puede volverse sobre lo vivido.

Lo escrito, escrito está en el tiempo, aunque se borre ó se olvide; lo hecho, se perpetúa á veces con la destruccion: el nudo de Gordio no pudo deshacerse ni áun con la cuchilla de Alejandro.

Sobre doce cuartillas decoradas á guisa de membrete con los extravagantes signos del zodiaco, va el pobre mortal dejando sus impresiones y señalando las efemérides de su existencia.

Unos las escriben con pluma de cisne, otros con pluma de ganso, varios con pluma de acero. Hay quien usa indistintamente tinta azul, tinta negra y tinta roja.

Suelen escribirse con lágrimas.

Al cerrar el inútil cuaderno que va á colocarse en los armarios del pasado; biblioteca en la cual no hay volúmen que se mezcle ni se extravíe, á pesar de las fullerías del cronista y del erudito, todos sienten un estremecimiento incomprensible y extraño.

Parece que nos arrancan las hojas del corazon y que se encuadernan con nuestra piel: las agujas y las cuchillas de las encuadernadoras, suelen penetrar hasta el tuétano.

Yo he hojeado muchas veces mi librejo ántes de darlo al olvido; su vista me ha hecho gozar y sufrir al propio tiempo; sin embargo, hay que confesar que los goces apénas ocupan el lugar de las letras iniciales. ¡En cambio, qué largos períodos de dolor; qué interminables páginas de sufrimientos!

Y ¿creen ustedes que es mi cuaderno solo el que termina de tan ruin manera? No tal, los de los demás mortales, que pude ver cerca del mio, á orillas del Leteo, comenzaban y terminaban del mismo modo.

Hé aquí el de un poeta:

—«He visto caer las hojas, en ese triste período de la efoliacion en que los árboles se quedan á la vergüenza y pugnan en vano por cubrir su esqueleto con las retorcidas ramas; he visto romperse las olas coronadas de espuma como tropel de ilusiones que se deshacen al contacto de la realidad mundana; he visto desaparecer las estrellas una á una como almas en pena que dejan el azul visible por el azul soñado; he visto la flor marchita y la hoja seca ¿cómo no he podido ver el cielo risueño, alegre el sol y la tierra cubierta de flores?»

El de un enamorado:

—«Un dia solo se ha vestido por mí de gala la naturaleza; un solo dia del año: el dia en que la vi por vez primera.

»Sentí lo que sintió Dante al saludar á la *bella creatura de bianco vestita;* lo que sintió Becquer cuando *llegó al fondo de su alma el sol* y vió que *se sonreian los cielos* y *la tierra*.

»Ese dia ha perfumado los trescientos sesenta y cinco restantes: ha sido para mí, grano de almizcle, astilla de sándalo y lágrima de esencia de rosa.»

El de una dama del demi-monde:

«Durante todo el año, he sufrido, inútilmente la opresion del corsé, la pesantez del peinado, y el tormento de mis botitas francesas: otros senos, otras cabezas y otras plantas han brillado al par en los salones provocando mi envidia y mis celos.

»Tan sólo una noche pude vencer á mis rivales: cubrí mi seno de joyas y mis hombros de encajes, y pude presentarme más hermosa y más desnuda que ellas.

»Llevaba encima todo el precio de mi honra.»

Estos cuadernos y otros muchos se desarrollan durante la vida del individuo formando un todo mal compaginado: Átropos, una de las tres viejas parcas que cuidan de la maraña de nuestra existencia, segun los mitólogos, cortando el hilo de un tijeretazo, pone el *finis coronat* á la obra, y la entrega al anciano bibliotecario.

El último dia del año y el último dia del hombre tienen siempre un lado comun que sólo puede explicarse por el prestigio que ejerce en nosotros lo que va á dejar de ser ó lo que ha sido. En ambas ocasiones se acercan al mortal las Horas y las Hadas llevando en sus manos la lámpara de los recuerdos y el libro de las memorias.

Oigo en este momento sus voces que se confunden con los tañidos de la campana y con el ruido del péndulo; hé aquí lo que dicen al mortal en su misterioso lenguaje:

Hada 1.ª—Soy la Primavera: ¿te acuerdas? Soplaban las primeras brisas y abrian las primeras flores; el cielo estaba azul y la tarde hermosa. ¿Qué sentiste al ver á aquella elegante niña cuyo bonito tonelete azul y blanco la hacia asemejarse á una mariposa grande, con penachos de oro? ¿Por qué la seguiste sonriendo, y la ofreciste la mano para saltar la barda de la huerta?

¡Desdichado! Recuerdas su menudo pié, y comprendes á Tíbulo haciendo elegías al de su amada.

¡A tus años, preocuparse por dos almendras!

Hada 2.ª—Soy el Estío: ¿me tienes en memoria? La tendida era estaba llena de miés dorada. El labriego, sentado sobre el trillo, era la viva imágen del travieso Faetonte; tú veias saltar el grano de oro bajo los cascos de los corceles, y sonreias al hallar en tal punto la cosecha.

¿Qué sentiste al multiplicar imaginariamente aquellos granos que iban á llenar tus arcas?

Hada 3.ª—Soy el Otoño: ¿me has olvidado? El cielo estaba plomizo, tu esposa sonreia melancólicamente; sus labios húmedos como el lirio besado por la niebla, te decian algo incomprensible como un enigma de amor. Desde el balcon en que os encontrabais se divisaban el mar y el cielo lleno de constelaciones.

¿Qué pasó por tí, cuando contemplando el cuadrado del Pegaso y el seno de Andrómeda, la hermosa constelacion de las tres estrellas, te pidió que le alcanzaras la más grande?

Hada 4.ª—Soy el Invierno: ¿me sientes? Cae la nieve; el viento de la noche hace retemblar los cristales de la marquesina y azota los árboles del jardin cercano. El pobre mendigo que pasa cerca de tu morada se guarece, si se lo permite el rabioso can, en el estiércol del establo. Tú celebras la clásica fiesta de diciembre, cabe la chimenea encendida; rodeado de tus amigos ó de tus deudos; cerca de la amante ó de la esposa. ¿Qué dices del témpano y de la escarcha? ¿qué del chispeante noche-bueno y del pobre que tirita á tu puerta?

Yo diria que la injusticia cruza por la tierra embozada en una racha de viento.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Pero digan lo que quieran las Hadas y las Horas, preciso es no hacerlas caso, cuando hablan á soñadores y poetas.

Un año para el hombre que ni sueña ni poetiza es un poco de tiempo en el que pueden realizarse muchas cosas de provecho.

Para un comerciante, se traduce en trescientos sesenta y cinco negocios, por lo ménos; para un político, en cuarenta y ocho cambios de gabinete; para un bolsista en una serie determinada de negociaciones cabalísticas.

Un hombre de mundo ve en él un período de entretenimientos, un filósofo un espacio de tiempo como otro cualquiera, un desheredado una larga suma de privaciones y trabajos.

Unos cuentan los dias del año por los negocios que hicieron, otros por las horas de poder que lograron, estos por los aplausos, aquellos por las monedas; todos por los sufrimientos.

Para estos y para aquellos el pesar del año que huye es puramente relativo y transitorio. Y, en efecto, un año que huye no es más que el heraldo del año que llega.

Ola tras ola va rompiéndose el mar en las playas; año tras año va rompiéndose en el tiempo nuestra existencia.

Alguien ha dicho que en la cara está la edad. Esa es una verdad como un templo. ¿Qué importancia tendria para nosotros el tránsito de los años si no dejaran sobre nuestro rostro cabellos blancos y señales negras?

Una de las cosas más difíciles es determinar la edad de las mujeres.

Desde Lupercio Argensola hasta nuestros dias, no ha habido fisiónomo que lea en el rostro de una mujer que no quiere pasar de los treinta y cinco la verdadera edad que cuenta. Para determinarlo con claridad seria preciso arrancarles el corazon ó la careta.

He preguntado á una entretenida el por qué le entristecia el fin del año y me ha contestado, que porque un año más siempre supone un amante ménos; á una viudita reciente le hacia llorar el año nuevo porque veia desaparecer poco á poco el dolor que la acompañaba y se iba sintiendo cada vez más viuda y más sola.

Sé por experiencia propia que hay algo más triste que la última campanada del año que huye.

El sonido del último duro que sacamos de la faltriquera.

Con el último dia del año suelen irse las alegrías y los placeres.

Con el último duro se van siempre los admiradores y los amigos.

Dicen los ingleses que el tiempo es oro. Si esto es cierto el metálico de la humanidad se ha reducido en este momento á trescientas sesenta y cinco unidades.

Hé aquí la razon de la crísis monetaria por que atraviesa España. Los años que gastamos inútilmente.

BENITO MAS Y PRAT

---

## EL POSTRE DE NOCHE-BUENA

### I

Terminada la cena de Noche-Buena, con que nos obsequió el cónsul de Austria en Valencia, y ántes de tomar el café, la señora de la casa dijo:

—¿Me permiten Vds. que abra el balcon? hace aquí mucho calor.

—Aquí y en todas partes, señora,—observó uno de los comensales;—en nuestro país seria inconcebible esta temperatura en una noche de Navidad.

La bella y amable anfitriona abrió el cierre de cristales y todos salimos al gran balcon corrido del consulado, que da á la calle de las Barcas.

La noche, en efecto, estaba magnífica, y áun calurosa, especialmente para la mayoría de los invitados, acostumbrados á climas frios.

—¡Qué noche tan hermosa!—exclamé yo.

—Digna del gran misterio que hoy se conmemora,—dijo la señora del cónsul, que era sinceramente piadosa.

—Hoy parece que hay más estrellas en este cielo en el que siempre brillan tantas.

Súbito oimos un preludio, y dirigiendo á la calle nuestras miradas, vimos á un niño que apoyado en un árbol pulsaba las cuerdas de un arpa pequeña.

Tendria de doce á catorce años y estaba pobremente vestido. Sus cabellos, que asomaban por debajo de una gorra de forma extraña, tenian ese color rubio mate peculiar á las razas del Norte: el reflejo de la nieve acaso habia impreso en su semblante el color de deslumbrante blancura del tipo germánico, oscurecido en las mejillas por la accion del aire y del sol meridionales. Sus ojos eran azules, y su boca estaba modelada con una gracia verdaderamente infantil.

Al vernos, se quitó la gorra, que dejó en el suelo, hizo un breve preludio en el arpa, y con voz clara y penetrante que no carecia de expresion, acompañándose con una melodía que me recordó los melancólicos motivos galaicos, cantó la siguiente

#### BALADA

«Niño, muy niño, dejé las verdes montañas de Glaris, atravesé los prados de Uri que hormiguean en florecillas, seguí la ribera del Rhin, donde se abrevan los corzos y canta el regaliolo; y buscando los climas en donde el cielo es más azul y el sol calienta más, entré en Italia, la patria de los santos, de los poetas y de los héroes, con mi arpa querida.

»He visto Génova, la de los palacios de mármol, Milan, la de alegres plazas, Florencia, rica en jardines; he cantado en las orillas del Arno viendo tejer la paja primorosamente y aspirando el olor del heno segado, miéntras hacia resonar mi arpa querida.

»En Nápoles he acompañado en sus bailes á las gallardas pescadoras de la Margelina; en Bayas he visto la tumba de un poeta rodeada de tulipanes, y en Roma, en la plaza más hermosa del mundo, he recibido la bendicion del




GITANOS HÚNGAROS, CUADRO POR F. BOHM